

Bianca®

La novia prohibida

Cathy Williams

LA NOVIA PROHIBIDA

Cathy Williams

Argumento:

Él estaba empeñado en seducirla… y ella en no dejarse seducir…

El millonario griego Theo Toyas desconfiaba de la bella y cautivadora Abby Clinton. Estaba convencido de que, tras su aire de vulnerabilidad, se ocultaba su deseo de hacerse con la fortuna de los Toya. Así que se propuso seducirla para hacerla confesar…

Abby se sentía mortificada por la atracción que había despertado en ella aquel arrogante griego. Pero debía guardar su secreto… no podía enamorarse de Theo. Debía seguir estando prohibida para él…

Capítulo 1

DESDE la amplia terraza de su dormitorio, Theo Toyas disponía de una vista clara y despejada del sendero que conducía hasta la fabulosa villa de su padre. Eran las seis y media de la tarde y el calor feroz del día empezaba a dar paso a algo más aceptable. A pesar de ello, aún hacía demasiado calor para algo que no fueran unos chinos ligeros y una camisa de manga corta.

En una mano sostenía un whisky con hielo, del que había estado bebiendo durante la última media hora, satisfecho de permanecer sentado en la mecedora mullida y contemplar el paisaje magnífico. A la derecha, había una asombrosa piscina infinita que daba al famoso volcán Santorini. Unos jardines cuidados circundaban la piscina y se dirigían hacia el sendero de coches, con un impresionante diseño que daba la ilusión de que caía en picado por el borde del volcán muerto.

Había olvidado lo tranquilo y sedante que era el lugar, aunque rara vez visitaba la villa. Sencillamente, no tenía tiempo. Vivía entre Londres, Atenas y Nueva York, controlando el vasto imperio naviero que había fundado su bisabuelo y que en ese momento era su legado.

Sin embargo, cumplir ochenta años no era algo cotidiano, y el cumpleaños del abuelo, a celebrarse en la misma isla en la que había conocido a su mujer, era el equivalente de una convocatoria real. Casi toda la familia que vivía en la Grecia continental estaría presente para la fiesta. Otros, procedentes de tan lejos como Canadá, se quedarían a pasar el fin de semana en la villa o con otros miembros de la familia en diversas partes de Grecia. Muchos no se veían desde hacía bastante tiempo.

Theo planeaba quedarse sólo tres días, tiempo suficiente para presentarle sus respetos al abuelo y brindar por la buena salud de la que disfrutaba antes de retomar su intensa vida laboral en Londres.

Un taxi se había detenido en el sendero y con ojos entrecerrados vio cómo bajaba Michael, su hermano, seguido de la persona que lo acompañaba.

De modo que al fin iba a ver a la mujer misteriosa que había

aparecido en la escena. Todos habían experimentado una especie de alivio, principalmente su madre y su abuelo. Él podía estar soltero, pero disfrutaba de forma ostensible de la compañía de mujeres. También era un realista y comprendía plenamente las ventajas de casarse con la mujer adecuada con los contactos adecuados. Con cuarenta años, estaría casado, y así se lo había expuesto en una ocasión a los dos. Mientras tanto, no debían interferir con su vida personal.

Michael siempre había sido distinto. Cinco años menor que él, había sido un niño frágil, propenso a largos periodos de mala salud. Así como a él lo habían enviado a un internado en Inglaterra desde los trece años, algo que lo había ayudado a desarrollar la marcada independencia que se había convertido en la piedra angular de su formidable personalidad, a Michael lo habían dejado en casa. Lina Toyas no había sido capaz de separarse de ese hijo delicado y sensible. Siempre le había preocupado y aún lo hacía. El hecho de que nunca hubiera llevado a casa a una chica había sido un elemento más de dicha preocupación. Sabía que era tímido, y los hombres tímidos podían convertirse en solteros solitarios, y eso, para ella, habría sido algo peor que la muerte.

La súbita aparición de una novia, había provocado lágrimas de júbilo en los ojos de Lina.

Theo, al recibir la noticia por teléfono, se había mostrado menos encantado.

Las cosas no encajaban y sabía, como agudo negociante que era, que si algo no encajaba, lo más probable era que estuviera mal.

¿Cómo era posible que el nombre de Abigail Clinton jamás hubiera cruzado los labios de su hermano? De haber sido una pareja, en alguna de las muchas llamadas que le hacía a su madre la habría mencionado. De hecho, el nombre de esa joven sólo había surgido hacía dos semanas, cuando de forma sorprendente había anunciado que estaba prometido con una inglesa a la que llevaría a la celebración del cumpleaños del abuelo en Santorini.

Con tacto, él se había abstenido de exponer sus sospechas ante su madre. Pensaba emplear la estancia en la villa de forma constructiva. Observaría, interrogaría y determinaría si esa joven iba, tal como sospechaba, tras el dinero de su hermano. El hecho de que Michael viviera en Brighton y dirigiera un par de restaurantes y

un club nocturno, no significaba que la fabulosa fortuna Toyas no llegara hasta él. De hecho, era propietario de una importante cartera de valiosas acciones en la compañía y el fideicomiso al que a veces recurría se hallaba muy alejado de los sueños más descabellados de la mayoría de la gente. Llevaba un estilo de vida bastante modesto, y a primera vista podía dar la impresión de tratarse de un prometedor y joven hombre de negocios. Eso no era más que el modo modesto que tenía su hermano de disociarse de la fortuna familiar.

Además, haría cualquier cosa al alcance de su mano para evitar que se aprovecharan de su hermano. Aunque se preocupaba de Michael menos que su madre, seguía siendo muy protector con él. Su hermano confiaba en la gente, algo que para Theo representaba un inconveniente muy serio en la vida. Confiar significaba ser vulnerable. Sólo los necios eran vulnerables.

Se irguió y clavó los ojos negros en la joven que salía del taxi. Era pequeña de estatura, con un pelo largo y muy rubio, casi blanco. No dejaba de jugar con él, alzándolo con una mano hasta improvisar una coleta para luego dejarlo caer, al tiempo que miraba a su alrededor, con los labios entreabiertos, asimilando la opulencia del entorno.

«Evaluando el precio que debe poner alrededor del cuello de Michael», pensó Theo con cinismo.

Sin embargo, y a regañadientes, reconoció que el chico tenía gusto. No podía ver los detalles de la cara de la joven, pero tenía una complexión delgada, de piernas y brazos esbeltos. A diferencia de él, Michael jamás había mostrado interés en las chicas voluptuosas y sexys de Grecia.

Cuando desaparecieron de vista con las maletas, se incorporó y se dirigió a su dormitorio, bebiéndose el resto del whisky de un trago y dejando la copa vacía en el aparador de la habitación.

Su habitación era típica de casi todas las de la villa. Amueblada con lujo pero sencillez. El parqué del suelo estaba dominado por una alfombra grande de dibujos brillantes y las paredes pintadas de un tono terracota claro, a juego con las cortinas de color crema que colgaban del techo al suelo. Contra una pared había un impresionante arcón sirio adornado con nácar y sobre el cual colgaba un hermoso cuadro del famoso volcán de la isla al

anochecer. Casi todo el mobiliario era de madera oscura, lo que le daba a la habitación un aire decadente y opulento.

Pero apenas se fijaba en eso. Se hallaba concentrado en la mejor manera de encarar a la chica sin despertar las sospechas de su hermano ni provocar el disgusto de su madre.

Aún reflexionaba en el modo de desenmascarar a esa cazafortunas cuando, una hora más tarde, fue a uno de los salones donde sabía que se servían copas para los invitados que ya habían llegado. Aunque no muchos hasta el momento. Casi todos se presentarían al día siguiente; esa primera noche, se reducían a familiares cercanos. Su abuelo, desde luego, su madre, tíos y los hijos de éstos. Y Michael y la mujer.

Era en el salón que daba a los jardines traseros. Allí mismo había pasado antes unas horas agradables con su madre, discutiendo acerca del sentido práctico de iluminar el exterior con lámparas y, tal como había esperado, había perdido el debate. Sin embargo, al entrar debió reconocer que el efecto resultaba deslumbrante.

Los jardines parecían vivos con luciérnagas gigantes y varios de los invitados disfrutaban de las copas al aire libre, seducidos por el romanticismo del paisaje.

—Reconozco que se ve espléndido —comentó mientras recogía una copa de camino hacia donde su madre contemplaba el escenario que con tanto arte ella había preparado.

Lina se volvió hacia su hijo mayor y sonrió.

—A George también le gusta. Se quejó del esfuerzo que requeriría, pero míralo ahí afuera, inflado como un pavo real mientras acepta todos los cumplidos. Es una pena que tu padre ya no esté con nosotros. Habría disfrutado del momento.

Theo pasó un brazo por los hombros de su madre y asintió.

—No tenemos una de estas reuniones familiares desde... desde aquella boda de hace cinco años. La de Elena y Stefano.

—Llegarán mañana. Junto con sus dos hijos —lo miró con ojos críticos—. Podrías haber sido tú —señaló, sin molestarse en andarse con rodeos—. Ya no eres un muchacho. La dinastía necesita sus herederos, Theo.

—Y los tendrá —murmuró, tranquilizándola—, a su debido momento.

—Va a venir Alexis Papaeliou —aventuró Lina—. Sería una buena pareja, Theo. Su abuelo creció con George. Aún mantienen el contacto, a pesar de que no es tan fluido como lo fue en el pasado.

—Papaeliou... me suena. Alexis, un nombre bonito, y he de reconocer que tres meses de celibato empiezan a afectarme —sonrió cuando su madre se ruborizó ante la observación tan personal. Sin embargo, cuando ella le indicó que había estado al borde de la desconsideración, lo hizo con un tono indulgente—. Por supuesto —dijo con ligereza, mirando hacia la gente agrupada en el jardín—, ahora ya no hay prisa para mí, ¿verdad? Una vez que Michael ha ganado la carrera asegurándose una novia...

—Vamos, Theo...

—Sólo hago una observación, querida mamá.

—En un tono de voz que no sé si me gusta. He conocido a la joven y parece perfectamente amigable, aunque un poco aturdida por el entorno.

«Apuesto que sí», pensó. Pero ese aturdimiento le duraría el tiempo que tardara en sumar los millones que se asomaban por el horizonte. Pero se reservó sus pensamientos para no darle pie a su madre de tacharlo otra vez de cínico.

—¿Dónde están? —preguntó como al descuido.

—Bajarán en un rato —repuso Lina—. Y, Theo... sé bueno.

—Mamá, siempre soy bueno —la miró y sonrió cuando ella movió la cabeza y suspiró.

—Michael ama a esa mujer. Puedo verlo. No estropees nada...

—Lo tendré en cuenta —repuso, y antes de que pudiera arrinconarlo con promesas que no tenía intención de cumplir, se alejó con ella para que pudieran mezclarse con los invitados.

Tenía la mente centrada a medias en la conversación que mantenía cuando los vio llegar. En cuanto ella vio la escena, extendió la mano hacia el brazo de Michael en un gesto de reafirmación. Theo la observó alzar la cara y decirle algo a su hermano, quien le sonrió, evidentemente instándola a no sentirse intimidada.

«Una charada encantadora», pensó. ¿Sería en beneficio de su hermano o para los allí presentes, quienes en ese momento miraban con interés en la dirección de la pareja?

Iba vestida para impresionar a los invitados con su inocencia. El

vestido claro era una manifestación de recato. El escote era redondo y estaba abotonado hasta arriba, y aunque el cuerpo era ceñido, desde la cintura descendía con amplitud hasta las rodillas. Era de un rosado muy ligero, un color asociado con los niños. Ahí estaba, titubeante y nerviosa. Llevaba el pelo rubio en una trenza que le dejaba expuesto el cuello suave y vulnerable. De hecho, Theo pensó que parecía vulnerable. Apretó los dientes con impaciencia y fue hacia ellos, alterando la expresión a medida que se acercaba y realizaba los movimientos sinceros de saludar a su hermano antes de volverse hacia ella.

—Mi novia —presentó Michael con una sonrisa—. Abby. Aunque supongo que ya lo sabrás —se volvió hacia ella—. En esta familia, las noticias viajan a la velocidad del sonido.

Abby sonrió y trató de soslayar la presencia del hombre de pie junto a Michael. Le había hablado mucho de su hermano Theo, a quien evidentemente admiraba, y en su mente se había fabricado la imagen de alguien no muy distinto de Michael. Gentil, considerado, con el mismo humor burlón que la había atraído hacia él de inmediato.

No podría haber estado más lejos de la realidad.

Ese hombre no tenía nada de gentil, a pesar de que charlaba con soltura y facilidad con ellos. Hasta en el atractivo, de algún modo había logrado llevar al límite la apostura morena de Michael. Lucía el pelo negro más largo que su hermano y sus ojos eran como pedernal. También las facciones eran más duras y estaban más implacablemente definidas. Todo conformaba un envoltorio que intimidaba, que le provocaba leves escalofríos de temor por la espalda, aunque desconocía por qué debía sentir miedo.

En ese momento hablaba con ella, le preguntaba algo acerca del clima en Brighton, una pregunta perfectamente inofensiva, pero cuando lo miró, experimentó la inquietante impresión de que algo oscuro y amenazador se agitaba debajo de la superficie.

Se acercó a Michael y supo que Theo había notado el leve cambio de postura, aunque mantuvo el rostro educadamente impasible.

El hombre destilaba poder y amenaza. Se oyó tartamudear alguna tontería acerca del invierno en la costa, seguido de otro comentario tópico sobre el tiempo hermoso que hacía allí. En mitad

de la torturada respuesta, Michael se separó de ella para poder ir a ver a su madre y traer dos copas, dejándola indecisa y sumida en un súbito e inexplicable miedo.

—No puedes tener tanto calor —comentó él, cambiando también de postura, aunque para bloquearla de los invitados que tenía a la espalda. Sabía que en un minuto su madre caería sobre ellos y no quería perder el tiempo—. Estás temblando.

—Oh, sólo estoy... un poco nerviosa, supongo —apartó la vista —. Toda esta gente...

—No puedes estar nerviosa por mezclarte con nuestra familia. Conforma un grupo perfectamente corriente —no sonrió al decir eso. No dejaba de mirarla—. Aunque puedo entender que abordar a Michael solo puede ser algo diferente de tratar con... el resto de nosotros.

—¿Qué quieres decir con abordar"? —preguntó de inmediato.

—¿Por qué no vienes a conocer al resto del clan? —apoyó una mano en su brazo para conducirla en la dirección de los diversos invitados y notó el impulso instintivo de ella de apartarse.

«No es», pensó lúgubremente, «la señal de alguien locamente enamorada de su hermano y sin nada que ocultar». Con fácil aplomo la dirigió hacia su madre, tomándose tiempo para observar la reacción de ella, y siguió observándola el resto de la velada. Su hermano se mostró tan solícito como había esperado, y lejos de él, ella parecía relajarse.

Sin embargo, nadie más cuestionaba su presencia en la isla y en la vida de Michael.

La cena se sirvió en el comedor, construido para celebrar grandes banquetes. La mesa podía acomodar a veinte personas con comodidad y Theo se cercioró de ocupar una silla justo frente a ella, posición que haría que sintiera su presencia sin ser obvio al respecto. Como era habitual en las reuniones familiares, la bebida fluyó y la conversación se tornó más bullanguera a medida que transcurría la noche.

Le agradó ver que el abuelo se hallaba en su elemento. «¡Ochenta», exclamó en algún momento entre el primer plato y el café, «no es más que otro número de dos dígitos!»

Al llegar los licores, algunos de los invitados se habían ido a acostar, incluida su madre. El resto, encontraba excusas para alzar

las copas y brindar por cualquier cosa. Cuando reinó un momento de silencio en la conversación animada, Theo hizo sonar su cuchara en la mesa y aguardó hasta que todas las cabezas giraron en su dirección.

Notó que Abby parecía más cauta que expectante. Alzó la copa directamente en su dirección y dijo:

—¡Por la hermosa Abigail Clinton y su compromiso con mi hermano! —se oyó un bramido de consenso, y luego añadió en voz normal, mirándola—: A pesar de lo rápido que ha sido dicho compromiso...

Abby lo miró a los ojos y tembló. A la tenue luz de las velas, su rostro oscuro y atractivo parecía casi diabólico, pero de todos modos alzó la copa y el mentón con gesto desafiante.

—¿Por qué perder el tiempo cuando dos personas saben lo que quieren? —replicó con temeridad. Con las charlas sonoras que los rodeaban, su conversación tenía una corriente susurrada y eléctrica que hacía que pareciera que hablaban en un lugar muy íntimo y solitario.

Había esperado desconcertarlo, pero él simplemente alzó la copa en brindis silencioso y bebió un trago generoso, mirándola por encima del borde hasta que ella no aguantó más y rompió el contacto visual para buscar desesperadamente a Michael, ajeno a esas corrientes subterráneas mientras le contaba a uno de sus tíos su última incursión en el negocio de la vida nocturna. Tuvo que toser con mucha fuerza para atraer su atención, pero cuando la consiguió, se sintió aliviada de verlo ponerse de pie con equilibrio precario y despedirse de todos los aún presentes.

Sintió la mirada inquietante y sombría de Theo mientras abandonaban la sala.

Sólo se atrevió a suspirar aliviada cuando llegaron al dormitorio y cerraron a su espalda.

—Bueno —comentó Michael—, ¿qué te parece mi familia?

—Muy... animada —le sonrió y se acercó al tocador para comenzar a soltarse la trenza que contenía su pelo largo—. Tu madre es maravillosa, tan abierta. No estoy segura de lo que esperaba. Las madres pueden ser un poco posesivas cuando se trata de sus hijos —se miraron a través del espejo y él le sonrió.

—Ah, pero gracias al cielo, yo no soy el primogénito. Las

expectativas más pesadas recaen sobre los hombros de Theo. Y no es que no esté a la altura de ellas.

—Tú también, Michael.

—Difícilmente —la sonrisa titubeó un momento, pero luego se relajó y se acercó por detrás para masajearle los hombros hasta que parte de la tensión se evaporó—. Puedes ver por qué ayuda tanto que te haya traído... Abby, tú eres la única persona en quien confío y no sabes lo mucho que significa para mí...

—No lo digas —giró para mirarlo y tiró de él hasta tenerlo arrodillado delante de ella—. Yo también confío en ti... somos buenos el uno para el otro, Michael. Funciona en ambos sentidos. Sólo espero...

—¿Qué?

—Me parece que a tu hermano no le caigo bien —soltó sin rodeos—. ¿Lo has notado? Me da la impresión de que me miraba, quiero decir, de que realmente me miraba. Cuando todo el mundo estaba a la mesa y ofreció el brindis por nuestro compromiso, se inclinó hacia mí después de que todos reanudaran la conversación y dijo algo de que era un compromiso muy rápido.

—No te preocupes por Theo —la tranquilizó Michael—. No es más que un hermano mayor. Siempre ha sido así. No fuimos a los mismos colegios. Él fue a un internado en Inglaterra, pero recuerdo que cuando venía por las vacaciones siempre se presentaba ante la entrada de mi colegio, para asegurarse de que todo iba bien —una sonrisa de afecto iluminó las facciones de Michael—. Él sabía que había unos chicos que me amedrentaban. Yo no quería que mamá se involucrara, pero Theo no pensaba tolerarlo. Sólo tuvo que aparecer un par de veces para que jamás se repitiera. Es así, Abby. Siempre está ahí para la familia. —Sí, pero... —Pero nada. No te preocupes —le acarició el brazo con ternura—. Podrá ver que somos muy felices en la compañía del otro y eso bastará.

Abby no estuvo tan segura. Dos horas más tarde, todavía tenía la mente en Theo, en esa cara oscura y sexy que la miraba, la estudiaba, tratando de meterse en su cabeza.

En la oscuridad opaca, pudo distinguir la forma de Michael en el largo y elegante sofá junto a la ventana, con el pecho subiendo y bajando acompasadamente. Michael jamás vería la oscuridad detrás de la luz, era esa clase de persona. Theo Toyas la perturbaba. E

incluso en ese momento, en el santuario de la habitación, aún podía experimentar un escalofrío de aprensión por el simple hecho de pensar en él.

Las cosas no parecieron tan malas por la mañana.

Despertó temprano, echando de menos la comodidad de su propia casa y a su hijo. Michael todavía dormía. Le dedicó una sonrisa tierna a la silueta bajo la manta. Podría haber compartido su cama, él lo sabía, pero había elegido el sofá y eso la había aliviado. El único cuerpo con el que estaba acostumbrada a compartir su espacio era el de su hijo de cinco años, y habría resultado incómodo tener a Michael en la cama con ella, aunque sabía que no se habría movido del (lado que ocupara. Tenía un sueño apacible.

Se levantó. Desde que tuvo a Jamie, el reloj de su cuerpo parecía haberse adaptado a despertarse temprano y derrumbarse en la cama a las diez.

Se acercó a Michael y lo sacudió con suavidad hasta que entró en un estado de embotada vigilia.

—Necesito llamar a Rebecca y hablar con Jamie —susurró, alisándole el pelo que sobresalía en todas direcciones—. ¿Dónde hay un teléfono en esta casa? No quiero entrar en el dormitorio de nadie y lo mejor será que llame ahora, mientras todos duermen.

—Fuera del dormitorio... mmm... —se sentó a medias con el ceño fruncido—. Dios, hace tanto que no estoy aquí... ¿Por qué no usas mi móvil? Puedes bajar a la piscina y llamar desde allí. Sal por la puerta delantera, luego gira a la derecha y sigue un poco más. ¿Quieres que te acompañe?

—¿Y privarte de tu merecido sueño? —sonrió—. Ni se me pasaría por la cabeza.

Dedicó unos escasos quince minutos a lavarse la cara y cepillarse, luego se puso unos vaqueros cortados y una camiseta y salió con el teléfono de Michael.

Era la primera vez que se hallaba lejos de su hijo y lo echaba tanto de menos como había imaginado, a pesar de que sabía que estaría bien en Inglaterra. Por el día iba a la escuela y adoraba a Rebecca, quien se había instalado en su casa durante la semana para cuidar de él.

La zona de la piscina estaba alejada de la parte frontal de la casa y rodeada de un follaje protector. Se dijo que ya podría admirarlo

más tarde; le dio la espalda y encontró un pequeño punto privado en una silla en un lado. En ese momento, tenía que ponerse en contacto con su hijo antes de que se marchara a la escuela.

Después de unos minutos de conversación con Rebecca, la voz de su hijo le provocó una sonrisa. Alzó las piernas y se reclinó con los ojos cerrados, para poder imaginar su carita.

Sólo intervino aquí y allá, contenta de escuchar sus divagaciones infantiles. Podía imaginarlo con el pelo de color caramelo revuelto, con el uniforme de la escuela, las piernas delgadas colgando del taburete de la cocina.

—Te llamaré más tarde —prometió con voz trémula; respiró hondo para recobrarse—. No olvides hacerme un dibujo para cuando vuelva. Podremos ponerlo junto al del dinosaurio en el tablero.

Desde la terraza, Theo observaba en silencio mientras la llamada llegaba a su fin y ella permanecía donde estaba, el rostro suave, perdido en pensamientos propios e interiores.

Apretó los labios mientras la consideraba. Sólo había una cosa que pudiera hacer que una mujer pusiera esa expresión, y era un hombre. Y sólo había un motivo para que hubiera salido de la casa a hora tan temprana como las seis y media de la mañana para hacer una llamada, y era porque no podía realizarla delante de Michael.

Con los movimientos fluidos y silenciosos de una pantera, recogió la toalla del cuarto de baño y tomó la ruta más larga hacia la piscina.

Abby, aún agradablemente absorta en pensamientos de Jamie, fue ajena a su aproximación hasta que él habló y la sobresaltó, haciendo que girara aturdida.

—Lo siento —tartamudeó, incorporándose a medias cuando él se plantó delante—. No te oí llegar.

Sintió la fuerza plena de su belleza masculina como el golpe de un martillo neumático. Estaba más bronceado que su hermano y vibraba con un poderoso atractivo masculino del que Michael carecía. Parecía más imponente con el sol acentuando sus facciones duras y fuertes y esos ojos fríos e insondables que en ese momento la atravesaban con la misma falta de calor que la noche anterior.

—Nunca he desarrollado el hábito de dormir hasta tarde —indicó Theo—, ni siquiera cuando no trabajo. Y veo que tú

tampoco. No pude evitar notar que llamabas por teléfono.

—¿Quieres decir que me espiabas? —preguntó ella, cuestionándose el tiempo que llevaría allí sin hacer visible su presencia. ¿Habría escuchado la conversación? Michael y ella habían acordado que todavía no mencionarían la existencia de Jamie. Él había dicho que lo mejor era ir paso a paso, y el primero era presentarla a la familia.

—Qué comentario tan extraño —especuló Theo. La noche anterior había parecido joven y vulnerable, y aún lo parecía en ese momento. Joven, vulnerable y cien por cien natural. Ingredientes vitales cuando se trataba de atrapar a un hombre, porque, ¿qué hombre era capaz de resistir el encanto de lo inmaculado?—¿Por qué imaginarías que te espiaba? —replicó—. Desde luego, eso implicaría que pensaba que tenías algo que ocultar. Y no lo tienes, ¿verdad…?

Abby sintió que el color se extendía por sus mejillas. Estaba sentada erguida; se miraban a los ojos y abrió la boca para descartar ese comentario con una risa, pero de ella no salió nada durante lo que le pareció un tiempo muy prolongado. «Algo que ocultar». «¿Por dónde empiezo?», podría haberle preguntado. La idea de que pudiera averiguar algo, le puso la piel de gallina.

—Debería volver dentro —respondió al final, poniéndose de pie con rodillas trémulas.

—¿Por qué? Nadie va a levantarse hasta dentro de una hora, como mínimo. Yo voy a nadar un rato. ¿Por qué no te unes a mí? —tuvo ganas de pegarse. Para la captura, la primera regla era no asustar a la presa. Y lo primero que había hecho era agobiarla con acusaciones.

¿Unirme a ti? —preguntó, pasmada—. No, eres muy amable al invitarme, pero te dejaré en paz… —retrocedió un par de pasos, y entonces él sonrió. Fue una sonrisa de un encanto tan devastador, que a punto estuvo de hacer que trastabillara.

—Soy un hombre al que le cuesta estar en paz —murmuró con persuasión—. Es muy triste, ¿no crees?

—Sí; de hecho, sí lo es —respondió casi sin aliento, y él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—He de irme.

—No puedes. Sería una crueldad que me llamaras triste y luego huyeras sin molestarte en explayarte.

—Oh, no, no pretendía... lo que quería decir...

—Ve a ponerte el bañador. Podemos terminar esta conversación en la piscina. ¿O te sentirías mejor sentada en el borde del agua mientras yo nado? ¿Mmmm?

—¡Sí! Quiero decir... ¡no!

—Además —continuó Theo con lentitud—, a Michael le gustaría que llegáramos a conocernos mejor, estoy seguro. Puede que no hayamos crecido juntos en el estilo normal de una familia, ya que a mí me enviaron a un internado con trece años, pero seguimos estando muy unidos. Se sentiría consternado si pensara que yo... te he intimidado...

Capítulo 2

LA IMPLICACIÓN de que la intimidaba, de que quería huir de él, lo consiguió. Abigail se consideraba una luchadora. Había criado a Jamie sola, había pasado todo el proceso del embarazo sin ayuda de nadie y había resultado casi mortalmente herida por el colapso espectacular de la relación con el padre de su hijo. Carecía de padres a los que poder recurrir y ninguna red útil de parientes cariñosos que pudieran ayudarla cuando los llamara. Las dos únicas armas en su arsenal habían sido la determinación de traer a ese bebé al mundo y la resolución de ofrecerle todo el amor que era capaz de dar.

Que Theo Toyas insinuara que huía asustada era como agitar un capote rojo ante un toro.

Tal como había esperado, Michael se hallaba profundamente dormido cuando fue a buscar la crema protectora y el sombrero. Decidió no despertarlo y regresó a la piscina.

Lo encontró ya en el agua, surcándola con la fluidez de un pez. Lo observó unos minutos, fascinada por el movimiento de los músculos, y luego, despacio, fue hacia una de las tumbonas.

En esa ocasión, y a pesar de tener los ojos cerrados, fue consciente de que se acercaba. Lo oyó salir de la piscina y luego acercar una silla y sentarse junto a ella.

—No pensé que fueras a aceptar mi invitación —dijo Theo, mirando la piel blanca donde finalizaba el top y comenzaban los vaqueros. Los pechos eran dos pequeños montes que tensaban el tenue algodón.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Además, tienes razón; Michael querría que fuéramos amigos o al menos que intentáramos ser amigables.

—¿Es tu primera visita a Grecia? —preguntó. Ella seguía con los ojos cerrados y, sin ser observado, se descubrió mirando esos dos pechos pequeños y redondeados. Con cierto esfuerzo, apartó la vista.

Abby abrió los ojos y a regañadientes lo miró. Tenía el pelo mojado y echado hacia atrás, y el cuerpo aún exhibía un lustre

húmedo del agua. Deseó que volviera a ponerse la camisa, porque ese torso duro y bien definido era demasiado ante su cara.

—Mi primera visita a Santorini —respondió con frialdad, clavando la vista justo al frente, que le ofrecía un paisaje más tranquilizador—. Hace unos años estuve en Atenas.

—¿Con tu familia?

—No.

Como era evidente que no quería explayarse, se reclinó y aguardó en silencio. Tarde o temprano aportaría más cosas. La gente era predecible. Mostraría paciencia hasta que ella sola le suministrara los detalles que terminarían por enterrarla.

—No tengo familia. Al menos no en Inglaterra —Abby indicó al rato con irritación—. Mis padres se fueron a vivir a Australia hace siete años. Me temo que no nos vemos a menudo.

—¿Fuiste con amigos, entonces? —instó Theo—. Atenas es una ciudad hermosa, pero me sorprende que la eligieras como destino con amigos. Carece de la intensa vida nocturna de otros lugares, como Ibiza. ¿No es allí adonde van casi todos los ingleses a pasárselo bien?

—Casi todos —convino Abby, resistiendo el cebo. Atenas era una de esas cosas que no tenía intención de discutir. De hecho, pensar en aquel largo fin de semana allí la ponía enferma. Había sido la última vez en que había conocido una felicidad completa e inocente. Había estado enamorada, o eso había creído, y el mundo había sido un lugar de ensueño.

—De modo que no conoces mucho de nuestra isla. —Theo apenas fue capaz de contener la impaciencia en su voz—. ¿O sí? ¿Te ha hablado Michael de ella? No recuerdo la última vez que estuvo aquí.

—Oh, no. No la menciona mucho. Sólo me dijo que la villa era el hogar donde tu abuelo pasaba las vacaciones y que iba a celebrar aquí su cumpleaños.

—¿Y la has encontrado al nivel de tus expectativas? —inquirió con tono sedoso.

Abby se puso rígida.

—Realmente, no sabía qué esperar.

—Vamos, eso no puede ser verdad. Todo el mundo tiene una visión mental del lugar al que va de vacaciones.

—Es una casa magnífica —fue el comentario neutral de Abby. Se volvió hacia él y le dedicó una mirada , larga y fría—. ¿Es la respuesta adecuada o debería decir otra cosa? Me sorprende por su tamaño, pero sólo en cuanto residencia de vacaciones de una única persona.

Theo pensó que podía parecer una chica de diecinueve años, pero que no había nada infantil en su mente. ¿Es que acaso lo había esperado? Cualquier cazafortunas de talento tendría la astucia de un zorro y sería lo bastante inteligente para saber cómo y cuándo usarla. Desde luego, no habría intentado sonsacarle demasiada información a su hermano del lugar al que se dirigían. Eso despertaría sospechas. Hasta para el crédulo Michael.

—Se construyó en una época en que había más miembros de la familia para usarla. Mi abuela estaba viva y todos sus hijos seguían en casa. Luego, durante un periodo corto, hubo nietos. Los tiempos han cambiado, pero el afecto que siente mi abuelo por la isla no ha variado y elige venir aquí siempre que puede para poder disfrutar de la paz del entorno. A pesar de que el turismo ha crecido, él se queda en la casa y apenas es consciente de las tiendas y los hoteles que se han levantado en las últimas dos décadas.

—¿Y tú vienes aquí en las vacaciones? —preguntó Abby con curiosidad.

—No suelo tenerlas —le informó sin rodeos.

—¿Por qué no?

—¿Perdona?

—¿Por qué no te tomas vacaciones? ¿Eres una de esas personas que cree que relajarse es una especie de pecado?

La miró con incredulidad. El modo en que encaraba la pregunta, lindaba casi con la insolencia. Ésta era una cualidad que nunca encontraba, no en las personas que conocía en el trabajo y menos en las mujeres con las que entablaba contacto. Y el modo en que lo miraba, con expresión firme y levemente desdeñosa, le disparó el pulso con furia.

«¡Una cazafortunas», pensó, una mediocre e insignificante cazafortunas que cruzaba espadas verbales con él!

—Dirijo un imperio vasto y complejo, y a pesar de que pueda parecer una locura, tomarse unas vacaciones cada dos semanas no es un ingrediente clave en mi éxito.

—La gente siempre se considera indispensable, pero nunca lo es. Michael a menudo dice que puede haber abierto dos restaurantes y un club nocturno, y que pueden funcionar bien, pero el papel más importante que podría desempeñar es cerciorarse de que sigan funcionando bien aunque él no esté presente. Supongo que es un poco como tener un hijo. Se dedica todo a criarlos y, desde luego, te necesitan, pero al final, si los cuidados ofrecidos por los padres son medianamente decentes, terminan por ser lo bastante seguros como para extender las alas y encontrar su propio destino.

—¿Y qué sabes tú de niños?

Abby tuvo ganas de darse una patada. Theo Toyas era peligroso. Debería mantener la guardia alzada en vez de dejarse seducir para mantener una conversación significativa.

—Sólo digo que no parar nunca de trabajar me parece un estilo de vida inútil —se encogió de hombros.

Las palabras y el gesto le dispararon el nivel de furia. Su plan de averiguar más cosas sobre ella se le había vuelto en contra. Decidió postergar el interrogatorio un poco más.

—Desde luego, tengo a mi servicio a personas con mucho talento y de absoluta confianza, pero yo controlo las riendas de mi organización. Si quieres, llámalo el «estilo griego» de hacer las cosas.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo, qué1, —espetó.

—De acuerdo, lo llamaré el estilo griego de hacer las cosas, si eso te hace sentir mejor.

Le costó controlarse.

—Dime, ¿hace cuánto que conoces a mi hermano?

—Oh, un par de años.

—Un par de años. ¿Llevas saliendo un par de años con mi hermano y tu nombre sólo ha salido a la superficie ahora? Me cuesta creerlo. Michael llama a nuestra madre todas las semanas. Habría hablado de ti mucho antes.

—He dicho que lo conozco desde hace un par de años, y así es. Hemos sido amigos desde hace un tiempo —podía sentir que entraba en territorio peligroso. Sabía adonde iba él. Había percibido su mezquina y suspicaz mente nada más verlo, pero no podía permitirse el lujo de crear un antagonismo para que hurgara más.

Tenía que convencerlo de que todo era precisamente lo que parecía ser, y provocarlo no era la mejor manera de lograrlo. Le sonrió, y esperó que con calidez—. Conectamos de inmediato. Michael posee todas las cualidades que admiro en un hombre. Es amable, considerado y modesto. Todo su personal lo adora por ello, igual que yo.

—¿Y cómo os conocisteis? —podía captar la sinceridad en su voz, pero no podía abandonar la suspicacia de que todo era demasiado bueno para ser verdad. Y menos con tanto dinero de por medio.

—Trabajé para él —repuso con sencillez—. Era la contable de sus restaurantes cuando los abrió. Al principio sólo estábamos una secretaria y yo, pero a medida que el éxito se ha asentado, el equipo ha crecido. Ahora somos diez y trabajamos a tiempo completo. Nunca has ido a Brighton a ver a Michael, ¿verdad?

—Es más fácil que mi hermano vaya a Londres a verme a mí, por lo general para comer, aunque últimamente no nos hemos visto como habríamos esperado. Los dos tenemos agendas ocupadas.

—Sus restaurantes son espléndidos —aportó, ansiosa por tratar un tema inofensivo—. Uno tiene un estilo de pub. Un lugar acogedor y coqueto con una magnífica cocina francesa, y el otro es más elegante, aunque el menú es bastante sencillo. Hemos descubierto que la gente, cuando sale, no quiere encontrarse con una elección de cosas raras. Les gusta que su comida sea sabrosa y bastante campechana, de modo que preparamos unas salchichas y patatas al ajo deliciosas, y carne y otros platos de ese estilo. Es muy popular. De hecho, en la actualidad hay una lista de espera de dos meses para ambos restaurantes.

—Qué encantadora apología de las empresas culinarias de mi hermano —comentó Theo—. Estoy seguro de que ese entusiasmo le habrá resultado inspirador cuando empezasteis a salir.

Abby intentó no manifestar el intenso desagrado que le producía el hombre estirado en la silla de al lado.

—Eso espero —repuso con tono ecuánime—. Es duro empezar algo propio. El apoyo de otras personas puede resultar inapreciable.

—¿Y fue ahí cuando mi hermano comenzó a apre—. ciar tu inapreciable contribución a su vida?

—Oh, yo no fui la única que confió en su éxito.

—Deberías ponerte el bañador —comentó, cambiando de tema —. El agua está deliciosa.

—No he traído ninguno.

—¿No has traído ninguno?

Abby se ruborizó y apartó la vista.

—No... no me siento tan segura cuando se trata de nadar —confesó a regañadientes—. Pensé en traer uno para poder broncearme un poco en la playa, pero luego cambié de idea —por primera vez, la hostilidad y la aprensión dieron paso al simple sonrojo. Notó que la piel le hormigueaba bajo el intenso escrutinio al que la sometió—. No es tan raro —soltó, ceñuda—. Mucha gente no sabe nadar —vio que esbozaba una ligera sonrisa—. Para ti es normal... ¡creciste rodeado de piscinas y del mar! ¡No todos hemos tenido esa suerte!

Theo se sintió intrigado. Esa información inútil le había resultado curiosamente simpática.

—No sabía que había que estar rodeado de piscinas y del mar para aprender a nadar —comentó, sin apartar la vista del rostro ruborizado—. Creía que las escuelas en Inglaterra ofrecían lecciones de natación como parte de su programa docente.

—¡Probablemente así sea! —exclamó antes de poder reflexionar. No haría falta ser un genio para formular la siguiente pregunta lógica a su exabrupto.

—¿Quieres decir que no fuiste al colegio en Inglaterra? ¿Creciste en Australia? ¿Por eso tus padres han regresado allí?

Lo miró con expresión apesadumbrada.

—No, no crecí en Australia. Tuve una formación inusual —musitó al final.

—¿Cuánto de inusual? —adelantó el torso y apoyó los codos en las rodillas.

¿Es que no veía que se sentía incómoda?

—Mis padres eran... poco ortodoxos. Viajaban mucho.

—¿Quieres decir que eran gitanos?

—¡Claro que no eran gitanos! ¡Y que conste que no tengo nada contra los gitanos! Pero, ¿te parezco una gitana? ¿Con este pelo? —se quitó el sombrero y adelantó un tupido mechón de pelo hacia él.

Theo se dio cuenta de que estaba disfrutando de lo lindo con ese giro surrealista en la conversación. Tomó el mechón en la mano y

fingió examinarlo con detenimiento.

—Podría estar teñido —comentó antes de que ella le arrebatara el mechón.

—Nunca en la vida me he teñido el pelo.

—Entonces, explícate.

—De acuerdo. Si realmente necesitas saberlo, mis padres eran... eran... tirando a ... hippies —ya estaba. Esperó la carcajada y el ataque inmediato, pero vio que la observaba con auténtico interés —. No creían en las posesiones materiales o en asentarse en un lugar. Cuando me hice mayor, mi madre me dijo que la vida era una larga aventura y que no había nada aventurero en asentarse, con una hipoteca y un trabajo en un banco. De modo que se dedicaron a viajar. Claro que yo fui a la escuela, pero nunca a la misma durante mucho tiempo, no el tiempo suficiente para...

—¿Dar lecciones de natación? ¿Hacer amigos?

—¡Claro que hice amigos! Un montón a lo largo de los años.

Pero habían entrado y salido de su vida, y sus padres jamás habían entendido que así como para ellos • ese constante cambio de personas resultaba estimulante, para ella era muy duro. Jamás había tenido la oportunidad de salir con chicos al estilo normal. Y eso la había convertido en un buen blanco. Cuando sus padres se habían marchado a Australia y ella había podido lograr un poco de estabilidad en su vida, carecía de la experiencia adquirida de una persona corriente. Oliver James había sido encantador y persistente y ella había mordido el anzuelo hasta el fondo, sin percatarse jamás de las imprecisiones de su conducta, que cualquier otra chica habría atisbado a un kilómetro de distancia.

¡Pero eso era algo que Theo Toyas jamás sabría!

—Fue una actitud increíblemente egoísta por parte de tus padres. ¿Por qué decidieron irse a Australia?

—Más espacio para recorrer —sonrió con timidez—. Aunque me han contado que han abierto una tienda en Melbourne, en la que venden alimentos naturales y adornos étnicos. Incluso se han comprado una casita y planean venir a Inglaterra el año que viene para unas vacaciones de tres meses.

—Me gustaría conocerlos —él mismo se sorprendió diciendo eso. Luego se recordó que era el tipo de entorno que animaría a una chica a poner sus miras en un hombre con dinero, que pudiera

prometerle la seguridad que anhelaba—. No siempre tengo la oportunidad de conocer a nómadas en mi vida cotidiana —corrigió; le dedicó una sonrisa breve y se puso de pie—. Voy a nadar un último largo antes de entrar a desayunar. Por si no conoces la costumbre, el desayuno tiende a ser un bufé. Todo el mundo va a estar ocupado por la fiesta de esta noche, así que si fuera tú, yo no esperaría que me sirvieran.

Entonces le dio la espalda y se dirigió hacia la piscina, dejándola crispada por ese comentario afilado. Tuvo ganas de tirar el libro a la nuca de esa cabeza arrogante, pero sabía que sería una mala idea ceder a esa emoción.

A cambio, se puso de pie echando chispas y regresó a la villa.

Durante un momento, había olvidado lo desagradable que era. Y por el bien de Michael, debía mantenerse en guardia.

El objeto de su protección seguía dormido y lo pinchó con un dedo hasta que se dio la vuelta y la miró con ojos legañosos.

—No puedes quedarte todo el día en la cama —le informó sin preámbulo alguno y Michael le dedicó una sonrisa somnolienta.

—Suenas como una esposa.

—Michael, sé serio.

—Estoy siendo serio —sonrió—. ¿Dónde has estado?

—En la piscina.

—No sabes nadar.

—Lo sé, Michael. Estuve junto a la piscina con tu hermano, y empiezo a pensar que este asunto del compromiso no es una buena idea.

Eso lo impulsó a sentarse de golpe. La miró con expresión preocupada.

—Por supuesto que es una buena idea. No vas a dejarme plantado ahora, ¿verdad? ¿Lo vas a hacer?

—No lo pensé bien —musitó—. Puedo entender por qué tú lo anhelas, de verdad, pero ahora que estoy aquí, no me gusta engañar a tu madre. Y tampoco a tu abuelo. Son personas agradables.

—No los engañamos —susurró con tono urgente—. Y el motivo por el que hacemos esto es porque son personas agradables. Por favor, no te vayas ahora, Abby. Por favor.

—Y otra cosa —añadió incómoda—. Tu hermano sospecha algo.

—¿Qué?

—Para empezar, cree que voy detrás de tu dinero.

Michael sonrió al oírlo.

—Bueno, eso está bien. Se encuentra totalmente desencaminado.

—Cierto, pero el hecho es que va a seguir sondeando hasta que averigüe la verdad.

—Sólo ha venido por tres días, Abs. ¿Cuánto crees que va a poder sondear en ese tiempo?

—Supongo que podría mantenerme fuera de su camino ese tiempo —repuso, más para sí misma—. No debería ser tan difícil. Puedo pegarme a quien sea que tenga cerca y entablar conversación.

—Lo que lo convencería de que tienes algo que ocultar —musitó Michael—. Por otro lado, quizá sería mejor si trataras de convencerlo de que se equivoca. Quiero decir, habla con él, dale la impresión de que nos adoramos. Lo cual, a propósito, tampoco sería una mentira.

La sonrisa juvenil era contagiosa y a regañadientes Abby se vio arrastrada por su optimismo.

—Y no te preocupes —añadió él—, sólo hemos venido a pasar una semana, luego nos volveremos a Inglaterra. Me vestiré, desayunaremos y luego, ¿qué te parece si vamos a la ciudad a hacer turismo? —se levantó y la abrazó para tranquilizarla.

Después de la tensión de estar en compañía de Theo, se entregó al abrazo con alivio. Una de las cosas más maravillosas de Michael era la amistad que tan desinteresadamente le brindaba. Había aceptado el compromiso porque lo quería y había sucumbido a la maravillosa mezcla de ternura y afecto que le inspiraba.

—Pero tienes que pasar algo de tiempo con él —le dijo al oído —. De verdad, sé que Theo puede ser algo abrumador, pero siempre ha sido el hombre más justo que jamás he conocido.

—Si fuera tan justo...

—Justo pero aterradoramente anticuado en sus creencias. No tienes nada que temer en su compañía. No buscas mi dinero y nos queremos mucho. Así que dame unos minutos y bajaremos juntos a desayunar, ¿de acuerdo?

Capítulo 3

THEO la esperaba fuera. El corazón se le cayó a los pies al verlo de pie junto a uno de los coches, apoyado de forma casual sobre el capó de espaldas a ella, hablando por el móvil.

La intención de estrangular a Michael por la trampa que le había tendido para conseguir que su hermano la llevara, a Santorini de turismo, se había evaporado ante el primer obstáculo.

Le había sonreído con expresión seductora y, de algún modo, había logrado mitigar su irritación al suplicarle que fuera amable con Theo.

Le había asegurado que era la manera más rápida de desterrar cualquier suspicacia que pudiera albergar. Había argüido que una persona abierta y amigable era una persona que no tenía nada que ocultar, y su hermano no tardaría en perder interés al comprobar por sí mismo que ése era el caso. Abby había aceptado a regañadientes, pero se había sentido impulsada a señalarle que tenía una gran deuda con ella.

Pero de pie allí, mirando la espalda ancha de Theo, le fue imposible no sentir una cierta aprensión.

Se había disculpado con Lina, con la esperanza de que la mujer mayor considerara oportuno destinarla a algún deber para la fiesta, pero no tuvo esa suerte. La madre de Michael le había sonreído con expresión encantadora, prometido mantener conversaciones más largas en cuanto se acabaran las actividades frenéticas de la fiesta y expresado su deleite de que se llevara bien con Theo.

Él giró en redondo en cuanto ella comenzó a caminar hacia el coche, cerrando el móvil antes de metérselo en el bolsillo.

Llevaba unos bermudas de color caqui y una camisa de manga corta. Tenía un aspecto estupendo, casual y muy, muy sofisticado, en especial con las gafas oscuras que le ocultaban los ojos y le imposibilitaba saber qué estaba pensando.

—De verdad, no es necesario que hagas esto —anunció Abby en cuanto se acercó—. Tienes trabajo y a mí me encantará distraerme con un libro junto a la piscina o en el jardín.

Theo aceptó el comentario con una leve inclinación de cabeza y,

en vez de responder, abrió la puerta del lado del pasajero para que ella subiera.

—Aunque es poca aventura cuando se te ha prometido un recorrido de la isla, ¿no? ¿Leer un libro en el jardín? —murmuró una vez dentro.

Detrás de las gafas oscuras, Abby sólo podía imaginar la expresión de triunfo en sus ojos mientras contemplaba una mañana de exhaustivo interrogatorio.

—No he venido aquí en busca de aventuras —repuso Abby—. En realidad, ni esperaba tener la oportunidad de explorar la isla. Michael me comentó que * en cuanto se hubieran terminado las celebraciones, regresaríamos en una fecha posterior para ver todo lo que no pudiéramos ver en esta ocasión —al saber que pasaría un día bajo el sol intenso, se había puesto una falda corta de color verde lima que le ceñía las caderas y un pequeño chaleco blanco. En ese momento, se sentía espantosamente expuesta, a pesar de que sabía que a Theo no le interesaba mirarle las piernas.

—¿Qué te contó Michael de la isla?

—Que es pequeña y que tiene algunas tiendas bonitas.

Theo esbozó una mueca.

—Recuérdame que le diga que jamás se le pase por la cabeza entrar en la industria del turismo. Bueno, aquí tienes algunos hechos. La isla es uno de los volcanes más violentos del planeta. Algunos afirman que hace tres mil años, arrasó a toda la civilización mi—noica. Y, lo creas o no, no había turismo merecedor de mención hasta hace bastante poco, cuando la gente se dio cuenta de que si se sumaba un cráter famoso a unas asombrosas playas de arena negra, se tenía unas instalaciones de visita obligada.

—¿Y tú no lo apruebas? —sintió que era arrastrada a regañadientes a la conversación. Si su misión era mostrarse muy amigable y mitigar cualquier sospecha, entonces, ése era un punto tan bueno como cualquier otro por el que empezar, ya que le interesaba de verdad la historia del lugar.

—¿Qué isla pequeña aprueba el turismo? —la miró brevemente.

Abby volvió a desear que se quitara las gafas.

—¿Las que ganan un montón de dinero con él? —aventuró.

—No significa que a los nativos les guste —señaló Theo. Le señaló varias vistas y llamó su atención sobre los colores de las

piedras y la naturaleza del paisaje—. Desde luego —continuó con el tema original—, todos trabajan para fomentar el turismo porque eso significa mejorar su propio estilo de vida, pero, ¿no estás de acuerdo en que mina la autenticidad de un lugar?

—Si tuviera la elección de un techo sobre mi cabeza y comida en mi estómago, y el precio fuera ser cortés con unos turistas durante unos pocos meses al año, sé qué elegiría.

—Ah, una mujer pragmática. Y yo que pensaba que en el fondo todas las mujeres eran unas románticas. Supongo que vagar con tus padres puede haber dado como resultado no recibir una dosis lo suficientemente amplia de realismo como para extinguir la idea del romanticismo.

Abby apartó la vista del impresionante paisaje para mirarlo. «Recuerda que tienes que ser agradable, amigable y abierta», se dijo.

—Quizá, aunque he de decir que tuve una gran dosis de realismo en la forma de casas temporales y vecindarios peligrosos. No, miento, nunca nos quedamos cerca de algún sitio peligroso. Wolf y River preferían los pueblos a las ciudades.

—¿ Wolf y River?

Abby no había querido decir eso. Ni siquiera Michael estaba al tanto de los nombres estúpidos con que se habían llamado sus padres. Clavó la vista al frente, el mentón alzado y sin decir una palabra.

—¿Tus padres se llamaban Wolf y River? —miró el obstinado perfil. Era una cazafortunas algo más compleja. Probablemente, por eso había tenido éxito con Michael, quien jamás había favorecido lo obvio.

—Explicaban que necesitaban nombres que encajaran con las personas que eran. Por supuesto, yo seguí llamándolos mamá y papá.

—Apuesto que les encantaba.

—Aceptaban que yo era... no como ellos. En todo caso, todo eso es muy aburrido. Cuéntame algo de la isla. Has dicho que es volcánica. ¿No es peligroso?

Los ojos de Theo se desviaron fugazmente hacia esos muslos esbeltos, expuestos con generosidad gracias a la falda corta que se había subido, y trató de centrarse en la misión que lo ocupaba en

ese momento.

—¿Tenías tú un apodo? ¿Debería decir un nombre de libertad?

—Stream —repuso con parquedad—. Hice que me prometieran que jamás me llamarían por él en público. ¿Me hablabas del peligro del volcán?

—Supongo que podría haber sido un poco embarazoso delante de tus amigos.

Experimentó el súbito recuerdo de estar esperando que fueran a recogerla al colegio y la vergüenza que la invadió cuando llegaron y la llamaron por su apodo. Su breve estancia en esa escuela en particular no había sido de las más felices.

Pero lo más asombroso fue que se sintió tentada de confesarle ese recuerdo al hombre que tenía sentado al lado. Por suerte, se contuvo a tiempo y realizó un comentario inocuo sobre la isla, sintiéndose aliviada cuando él le siguió la corriente.

Le informó de que la enorme erupción acaecida unos tres mil seiscientos años atrás había producido tsunamis que habían llegado incluso hasta Turquía. El corolario de esa convulsión había sido la formación de cráteres nuevos.

—Están inactivos —añadió—. Pero bajo constante vigilancia.

—Eso es tranquilizador —ironizó.

—Ahora voy a llevarte a dar un paseo. Luego iremos de compras.

Éste resultó ser un imponente descenso en teleférico desde la capital hasta el puerto antiguo. Abby se dio cuenta de que se agarraba al brazo de Theo a medida que el teleférico pasaba por encima del borde del volcán, con sus corrientes de lava solidificada y formaciones rocosas. No fue capaz de obligarse a mirar en varios puntos y enterró la cara en su hombro, sin importarle en absoluto poder sentir la vibración de la risa contenida. Cuando llegaron abajo, prácticamente temblaba.

—Sádico —acusó, saliendo sobre piernas temblorosas.

—Cobarde —replicó él, con piernas perfectamente firmes.

—Podrías habérmelo advertido —musitó—. Y no es gracioso.

—No. Y sí, debería habértelo advertido —por primera vez se preguntó si se habría equivocado en el juicio que había hecho sobre ella. De ser así, sería la primera vez, pero no por ello imposible—. Te prometí que iríamos de compras —añadió, aguardando el

inevitable rechazo, que no tardó en llegar.

—No soy aficionada a ir de compras —la verdad era que quería comprar un par de cosas para Jamie, pero eso quedaba descartado con la vigilancia a que la sometía Theo.

—En ese caso, puedes mirar los escaparates mientras yo hago las compras.

Un poco mareada todavía por el descenso en teleférico, no pudo resistir la tentación de interrogarlo. ' Además, él no tenía el monopolio de las preguntas. Poco a poco, casi sin que ella se diera cuenta, le había ido sonsacando fragmentos de su pasado, mientras que ella no sabía nada de él, aparte de lo que le había mencionado Michael.

—No sabía que los magnates disfrutaban yendo de compras —lo aguijoneó—. ¿No es un poco femenino?

—¿Insinúas que soy «femenino»?

Sonó tan mordaz, que decidió insistir un poco.

—No hay nada de malo en que un hombre sea sensible. O que le guste ir de compras —le encantaba ser ella quien por primera vez condujera la conversación—. Supongo que algunos hombres necesitan saber que llevan lo mejor para poder impresionar al sexo opuesto.

—Quizá algunos hombres —acordó él con suavidad—, aunque no creo que tú seas una de esas mujeres impresionadas por el corte de un traje.

—No.

—Entonces, ¿te habrías enamorado de mi hermano de todos modos si lo hubieras visto con unos vaqueros manchados y un jersey agujereado?

¿Enamorado?

—Amaría a tu hermano llevara lo que llevara —respondió, evitando la fraseología de Theo—. En cualquier caso, se pone vaqueros casi todo el tiempo, y unos muy gastados, aunque sus jerseys no tengan agujeros.

—Tal vez debería realizar una visita a Brighton para verlo en persona —musitó Theo.

Abby sintió que la tensión le atenazaba la boca del estómago.

—Está muy ocupado casi todo el tiempo —comentó de forma vaga.

Se habían subido a un taxi, probablemente para ir a una de esas maravillosas tiendas donde él podría tirar su dinero. A pesar de ir vestido con informalidad, era evidente que la ropa que lucía le había costado un ojo de la cara.

Theo captó la evasiva.

—Sin duda no tan ocupado como para no recibir a su hermano mayor. Y menos ahora que es un hombre prometido. Cuanto más pienso en ello, más considero que sería apropiado que os hiciera una visita y os invitara a salir a celebrarlo a alguna parte...

—Creía que pasabas casi todo tu tiempo en Atenas —comentó ella en voz baja.

—Eso fue hace bastante tiempo. Antes de que la empresa se expandiera. Ahora paso una gran parte de mi tiempo en Londres. Tengo un apartamento en Knightsbridge.

—Podríamos ir a verte —indicó ella ansiosa. La idea de que Theo Toyas fuera a Brighton resultaba impensable—. De hecho, es una idea mejor. Sé que a Michael le encanta la ciudad y, bueno, sería agradable que yo lo acompañara. No voy a menudo a Londres —algo casi imposible siendo madre soltera. Sólo Dios sabía qué connotaciones siniestras proyectaría sobre ese hecho si lo averiguara. Sabía que si insistía, Michael terminaría por ceder. Y toda esa charada se había ideado para que su abuelo estuviera en paz en el conocimiento de que el nieto favorito se hallaba encauzado por el buen camino. Si alguna vez se enteraba... Y la idea de que fuera su hermano quien se enterara, el hermano que tenía como modelo, que era su protector, lo aterraba.

No por primera vez, deseó no haberse adentrado en ese sendero peligroso.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no qué...?

—Vas a Londres. ¿Es que mi hermano te exige que pases todo tu tiempo a su lado?

—¡Claro que no! Yo... nunca encuentro el tiempo para hacerlo. Ya sabes cómo es. Pretendes hacer cosas, ir a lugares, pero entonces, antes de darte cuenta, ha pasado otro año y no has podido hacer nada...

—¿Qué cosas quieres hacer?

—¿Qué cosas quieres hacer tul Tiene que haber algo. No puedes

ser feliz sólo trabajando.

—No sólo trabajo —repuso con pausa. Estaba apoyado contra la puerta del taxi, el cuerpo inclinado hacia ella, y le sonrió—. También soy un firme creyente de los juegos.

—¿Sí? —preguntó ella con cortesía—. ¿Y deportes practicas?

Theo rió con suavidad y enarcó las cejas divertido.

—Los que involucran a miembros dispuestos del sexo opuesto.

En el silencio que reinó, Abby sintió que se sonrojaba por momentos. Fue consciente de que la observaba, recreado en. el silencio agónico mientras ella imaginaba la clase de deporte que tenía él en la mente.

—Por supuesto, también practico otros deportes —fue a su rescate—. De naturaleza más convencional —continuó—. Nado y trato de ir al gimnasio al menos una vez a la semana. No siempre resulta fácil. Tengo varias bases alrededor del mundo, pero, a mi propia manera, soy tan nómada como lo fueron tus padres. Bueno, ya basta de hablar de mí. Es hora de que hagamos algunas compras.

Como en una nube, Abby se dio cuenta de que habían regresado a la capital. Hasta ahí llegaba el turismo. Sí, había visto algunos paisajes, pero había estado demasiado enfrascada en su acompañante como para asimilarlos. Ni una sola vez había sacado la cámara que había guardado en el bolso.

—Dijiste que no habías traído bañador, ¿verdad?

—Exacto.

—Es algo que vamos a cambiar...

Tarde, comprendió que Theo había tenido un destino en mente, y no era otro que una pequeña tienda de bañadores que rebosaba etiquetas caras y dependientas solícitas.

Se detuvo en seco y se volvió hacia él.

—No necesito un bañador.

—Creo que sí, sencillamente porque vamos a pasar un par de horas en la playa y es poco práctico ir a la playa completamente vestido.

—¡No voy a ir a la playa!

—¿Por qué no? Le dije a mi hermano que te llevaría a hacer turismo y las playas forman parte de la experiencia turística.

—A Michael no le gustaría...

—¿Por qué no?

—Porque... —se dio cuenta de que bloqueaban la puerta cuando una pareja los apartó con gesto de irritación.

—¿Cree que puedo hacerle alguna insinuación a su mujer?

—¡No, claro que no! ¡Y eso ha sido extremadamente grosero!

Theo echó la cabeza atrás y rió. Luego movió la cabeza y la miró a través de los cristales oscuros de las gafas de sol.

—Es gracioso, viniendo de ti.

—¿Qué quieres insinuar...?

En vez de responder de inmediato, la llevó a un lado, la pegó a la pared y se inclinó hasta que los ojos de Abby no tuvieron espacio para maniobrar más allá de su poderoso cuerpo. Sentía como si se ahogara en su presencia.

—¿Por qué no dejamos los juegos? —apoyó el brazo en la pared, casi sobre ella—. Los dos sabemos de qué va este así llamado compromiso. Te he observado con mi hermano y he esperado que me demostraras que me equivoco, pero nada de lo que has dicho o hecho ha conseguido convencerme de que no buscas el dinero de mi hermano.

—Te equivocas —titubeó, pálida—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Puedo decirlo porque no soy un tonto ingenuo.

—¿Y Michael lo es?

—Michael es... Michael. Cuando la mayoría de los chicos de catorce años descubría los juegos de testosterona, mi hermano pensaba en formas nuevas de marinar la carne. Hay una parte de él que vive en su propio y pequeño mundo e incluso una parte más grande que confía en la gente. Le da poco valor al dinero y espera que el resto del mundo sienta lo mismo. Yo sé que las cosas no son así.

—Tú no lo entiendes —sentía como si se ahogara en una marea de malentendidos, ninguno de los cuales podía aclarar ella.

—¿Qué no entiendo? —la voz fría la presionó como una fuerza física.

Apenas logró mirarlo a los ojos con cierto grado de control. Sin embargo, su voz no quiso cooperar.

Al ver que sólo recibía una mirada muda, él agitó la cabeza exasperado.

—Vamos a comprarte un traje de baño. Esta conversación no ha terminado, y conducirla aquí no es lo más ideal.

—¿Esperas que vaya a la playa contigo ahora? Después de que me hayas acusado… de…

—O mantenemos esta conversación en algún sitio privado o la tenemos en la villa. Tú eliges.

—¡No busco el dinero de tu hermano! —suplicó una última vez.

La respuesta de él fue girar en redondo y entrar en la tienda de bañadores; a Abby no le quedó otra opción que seguirlo. Conducir esa conversación en la villa, donde cualquiera podría oírlos, no representaba una posibilidad.

La esperaba en el centro de la tienda con los brazos cruzados. Una dependienta a su lado sonreía derretida, y otra, ante la caja, sonreía de igual manera desde cierta distancia. Al verla entrar, realizó un movimiento seco con la cabeza y sólo tuvo que mirar en la dirección de la dependienta para que ésta entrara en acción.

Abby jamás había recibido un servicio tan sofocantemente servicial.

—No quiero un bañador.

La vendedora sonrió como alguien que no termina de entender algo y Theo se lanzó a hablar rápidamente en griego, y el resultado fue que media hora más tarde salían del local con un biquini negro que Abby llevaba a regañadientes debajo de la ropa.

Condujeron a la playa en silencio, roto sólo cuando Theo le informó de que había toallas en el maletero del coche, al igual que una cesta que el ama de llaves había preparado casi en un abrir y cerrar de ojos.

Finalmente, Theo le indicó que habían llegado a una de las playas más populares.

Una vez que él había dejado claro cuáles eran sus intenciones, Abby quería que la conversación se acabara de una vez por todas, aunque no veía una salida.

La teoría de Michael de mostrarse agradable no había funcionado. Quizá su hermano tenía razón, tal vez Michael era básicamente una persona tan confiada, que no podía entender cómo ser amable con Theo pudiera representar una pérdida de tiempo y energía.

Él llevó la cesta a la playa y logró encontrar un rincón bastante aislado. Abby lo siguió, admirando a su pesar la famosa arena negra, que en realidad no era negra, y las aguas tranquilas y claras

que seguro estarían heladas.

—No hay necesidad de mostrarte tan deprimida —comentó él una vez que extendió las toallas, del tamaño de sábanas dobles.

Se quitó la camisa y ella pudo ver que los bermudas eran de cintura baja, dejando al descubierto los músculos lisos del estómago trabajado.

—No estoy deprimida —espetó—. Estoy indignada de que me hayas traído aquí como rehén para que no me quede otra elección que escuchar cómo me sueltas cosas que no son verdad. Estoy enfadada porque tratas a Michael como a un idiota al que hay que supervisar incluso cuando se trata de su vida amorosa. ¡No sé qué crees que vas a conseguir! ¿Planeas atacarme implacablemente porque piensas que me voy a derrumbar? ¡Eres arrogante y desdeñoso y, con franqueza, no mereces tener un hermano como Michael, que te tiene en tan alta estima!

Los labios de Theo se estrecharon hasta formar una línea fina. «Taimada cazafortunas», pensó. Esa representación de inocencia había cautivado a su hermano y tuvo que reconocer que había algo en ella que la hacía parecer transparentemente vulnerable... Dios, había despertado curiosidad incluso en él. Pero la máscara comenzaba a caérsele. En ese momento escupía fuego.

Soslayó el exabrupto y se estiró en la toalla, apoyando la cabeza en las toallas pequeñas que había llevado para ese propósito.

—¿Y bien? —demandó Abby. ¿No vas a empezar?

—Siéntate y deja de exagerar.

—¡Exagerar!

—Típico comportamiento femenino histérico —inclinó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados por el sol. Estuvo seguro de que si hubiera tenido a mano un cubo con agua helada, él habría sido el destinatario.

—¡Típico comportamiento femenino histérico!

—Esta conversación no va a llegar muy lejos si repites todo lo que digo, ¿no? ¡Y ahora, siéntate!

—¡Puede que pienses que el mundo te pertenece, Theo Toyas, pero a mí no puedes decirme lo que debo hacer!

—No, pero puedo señalar que estar de pie con este calor va a resultar bastante agotador en un minuto y que no tienes adonde ir. Las llaves del coche están en mi poder, aunque tampoco tendrías

idea de cómo regresar a la villa, e ir a otro punto de la playa sólo conseguirá que te achicharraras. Ésta debe de ser la única zona con algo de sombra no ocupada por otras personas.

Se volvió y esperó y se sintió gratificado cuando al final ella se tumbó en la toalla para poder mirarlo con ojos centelleantes desde un nivel menos elevado.

—Bueno, ve al grano entonces —espetó Abby—, pero no esperes ninguna aportación por mi parte, porque no la daré.

—¿Para cuándo está programada la boda?

—¿Perdona?

—La boda. ¿Se ha establecido alguna fecha?

—No.

—¿No? Me sorprendes. ¿Qué sentido tiene un compromiso si no vas a ir al altar lo antes posible?

—Abre un agujero en tu teoría, ¿verdad? —replicó con desdén —. Pensabas que ya me había comprado una calculadora para sumar todos los millones que iba a tener a mi disposición. Lamento decepcionarte, pero no hay una fecha y ni siquiera hemos hablado de una boda.

—¿Por qué? —se volvió para poder observar su expresión. Sorprendentemente, tenía un rostro muy gráfico y él se consideraba un observador penetrante. Invariablemente, la gente revelaba las emociones verdaderas y casi siempre él era capaz de detectarlas.

Aparte de poseer una inmensa experiencia con mujeres.

—¿Qué quieres decir con eso? No todas las mujeres consideran que su objetivo vital es ponerse una alianza en el dedo en el menor tiempo posible.

—No, pero sí la mayoría, y todas lo harían si obtuvieran una enorme recompensa financiera esperándolas a la vuelta de la esquina.

—¿De verdad? Entonces, ¿cómo es que tú nunca te has casado? Me sorprende que alguna mujer inteligente no haya tratado de lanzarse sobre la asombrosa riqueza de los Toyas.

—Oh, casi todas lo intentan —comentó con sequedad—. No hace falta decir que no llegan a ninguna parte.

—Pobre Theo —se mofó—. Destinado a estar solo por el convencimiento de que el único motivo por el que una mujer podría salir con un hombre rico es por su dinero.

—Esto no es sobre mí —indicó con frialdad. Se sentó para que quedaran cara a cara—. Y no tiene sentido tratar de desviar la conversación en la dirección opuesta. Aquí sólo estamos tú y yo, así que vayamos al grano. Jamás dejaré que te cases con Michael.

Abby se quedó boquiabierta por la conmoción.

—Puede que no hayáis establecido ninguna fecha, pero sospecho que eso, simplemente, se debe a que no quieres que se considere que estás ansiosa por alcanzar tu objetivo. Puede que Michael sea ingenuo de acuerdo con los patrones de otras personas, pero, desde luego, yo no lo considero un idiota e imagino que tú tampoco. Las alarmas se activarán si pasas del compromiso a planear la boda en un breve espacio de tiempo.

Abby había logrado cerrar la boca, pero tenía los ojos muy abiertos por la incredulidad a medida que su cerebro embotado asimilaba lo que él decía. Descartado había quedado todo fingimiento de cortesía. Ahí estaba el puño de hierro dentro del guante de terciopelo. No había ni el más leve atisbo de incomodidad en los ojos negros clavados en su cara.

—No puedes decirme con quién puedo o no puedo casarme —fue lo único que encontró para responder.

—Puedo cuando afecta a mi familia. Más allá de eso, en realidad poco me importa con quién te cases o qué hagas con tu vida —vio que le temblaban los labios y se pertrechó contra sentirse un cerdo por haber manifestado su observación de esa manera. «No es más que una representación», se dijo, «y el modo más apropiado de encararla es no prestándole atención».

—No puedo creer lo que oigo —musitó Abby.

—Claro que puedes —respondió él—. También debes haber sabido que encontrarías algo de resistencia en el camino. Lo que quiero establecer es cuánto valdría para ti abandonar el compromiso.

En un principio había pensado que podría llegar hasta ella, aguijonearla para que abandonara su fachada y, de algún modo, forzar su mano para que Michael pudiera ver por sí mismo la clase de mujer que era.

—No entiendo lo que dices —movió la cabeza en mudo desconcierto, a pesar de que ya estaba traduciendo lo que le decía en la medida que se aplicaba a ella.

Theo suspiró.

—Te he observado con mi hermano. He de reconocer que no he percibido ninguna pasión, pero es evidente que entre vosotros dos existe un lazo amigable. Soy un hombre justo...

—¿Tú? ¿Justo? —una burbuja de risa histérica comenzó y estalló en su garganta.

—Razón por la que estoy preparado —continuó como si no lo hubiera interrumpido— a pagarte generosamente por romper este compromiso. No me importa cómo lo hagas, pero estoy seguro de que ya se te ocurrirá algo. Me da la impresión de que eres una mujer muy creativa. Es una solución que funcionará para todos los involucrados. Yo me marcharé tranquilo sabiendo que le ahorro a mi hermano una vida de desilusión cuando decidas divorciarte de él más adelante. A ti te doy la opción de mantener una amistad con Michael hasta el momento oportuno en que poco a poco puedas salir de su vida, y recibiendo algo por tu cooperación. Afróntalo, lo mires como lo mires, estoy siendo asombrosamente generoso.

La sangre fluyó hacia el rostro de Abby en una oleada de color furioso. Pudo sentir todos los nervios de su cuerpo palpitar al adelantarse y abofetearle la cara. Con fuerza.

Capítulo 4

MICHAEL le había regalado el vestido que llevaría para la fiesta. Había insistido. Quería que estuviera hermosa y, después de escucharla con cortesía explicarle que podía comprarse algo en unos grandes almacenes, le había señalado de forma razonable que eso no serviría. Estarían rodeados por los ricos y poderosos, y terminaría por sentirse incómoda llevando algo barato y alegre.

En ese momento se hallaba delante del espejo de cuerpo entero de la habitación y se inspeccionó sin alegría.

El vestido de un rojo borgoña intenso resultaba deslumbrante, igual que la primera vez que se lo probó en Harrods. De hecho, mejor, porque llevaba maquillaje, zapatos de tacón alto y un bolso pequeño que era innecesario pero parecía muy elegante.

La espalda caía osadamente hasta la misma cintura, aunque la parte frontal era de un recato engañoso, con unos suaves pliegues que ocultaban el hecho de que no llevaba sujetador.

Antes de irse a saludar a todos los amigos y familiares que iban llegando en tandas, Michael le había asegurado que haría que todos giraran la cabeza para mirarla. A ella se le había ocurrido una excepción notable, pero se había contenido de mencionarla, igual que había evitado contarle el intento de su hermano de comprarla.

Ya eran las siete y media y la fiesta había comenzado oficialmente media hora antes. Había llamado por teléfono a Inglaterra y hablado con Jamie, pero ni siquiera el sonido de su voz pudo aflojar el nudo tenso y furioso que le atenazaba el estómago.

Theo sólo iba a estar en la isla un día más. De hecho, menos. Se marcharía a la tarde siguiente, y hasta entonces sería fácil mantenerse fuera de su camino, ya que la casa estaba llena de invitados. La mayoría se iría al día siguiente, pero, mientras tanto, habría suficiente gente entre la que perderse.

Abofetearlo no había conseguido nada, aparte de concederle una sensación momentánea de satisfacción.

—Se te excusa una vez por hacer eso —había siseado Theo, aferrándole la mano con fuerza y atrayéndola hacia él—. Una vez y no más. Y si yo fuera tú, reflexionaría mucho en la proposición que

te he hecho, porque, créeme, te marcharás o con el dinero en el bolsillo o sin nada. Pero te marcharás.

Habían regresado a la villa en un silencio cargado, con Abby pegada contra la puerta y mirando por la ventanilla. No parecía tener mucho sentido tratar de convencerlo de que se equivocaba con ella.

—Será mejor que baje —se dijo ante el espejo—. Tampoco voy a esconderme en las sombras.

Salió con la cabeza alta. Un matón sólo era lo poderoso que se le permitía ser. Theo Toyas estaba acostumbrado a que todo el mundo cediera para satisfacerlo.

Ella no tenía intención de hacerlo.

Encontró la enorme sala central llena de invitados.

A algunos los había conocido antes, al regresar de la desastrosa excursión turística, pero a muchos más no reconocía en absoluto. Esos invitados no iban a quedarse. Habrían llegado en barco o en helicóptero y se marcharían de la misma manera.

Los niveles de ruido reflejaban la atmósfera reinante. Carcajadas y la conversación cálida de personas que no se habían visto en mucho tiempo y se ponían al día.

Había imaginado que se sentiría desconocida y se había preparado para una noche de sonrisas educadas y charlas casuales, pero a los pocos minutos descubrió que bajo ningún concepto ése iba a ser el caso.

Fue recibida con entusiasmo e interés. Las mujeres la elogiaron por su elección de vestido, los hombres de mediana edad hicieron comentarios inapropiados y rieron con su sentido del humor. Casi todos hablaban un inglés excelente.

A Michael no se lo veía por ninguna parte, y a medida que Abby iba de grupo en grupo, charlando un poco con todos, se mantenía atenta a su posible aparición.

Se preguntaba por qué no había podido esforzarse más en buscarla, cuando una voz le murmuró al oído precisamente lo que estaba pensando.

—Parece que mi hermano necesita algunas lecciones sobre cómo cuidar a su mujer.

Abby se paralizó, respiró hondo y lentamente se volvió al encuentro de Theo.

Se lo veía absoluta y devastadoramente atractivo. Los pantalones negros eran una concesión a la formalidad de la fiesta, pero llevaba la impecable camisa blanca remangada hasta los codos, en desafío a todos los que, al menos en esa fase de la celebración, habían mantenido el código de etiqueta de chaqueta y pajarita. También él llevaba una pajarita, suelta para poder desprenderse los primeros botones de la camisa.

¿De dónde había salido? Tenía que haber estado al acecho, ya que no lo había visto desde que entró.

—No necesito que me cuiden. En todo caso, ¿sabes dónde está Michael?

—Quizá no cuidarte —corrigió Theo—, pero habría pensado que siendo tu novio, se habría quedado a tu lado como el pegamento. En particular con ese vestido.

—¿Qué le pasa a mi vestido? —se bebió el resto de su primera copa de champán, pero no logró relajarla. Sentía el cuerpo como una pieza elástica estirada al límite.

—Demasiada piel expuesta en la espalda —musitó Theo—. Hace que un hombre se pregunte qué hay delante —se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo de champán, pero en ningún momento dejó de mirarla a la cara.

—Lo siento, pero he de ir a buscar a Michael.

—¿Por qué? Pareces arreglarte muy bien sin él a tu lado. Algo extraño.

—No veo nada extraño en ello —repuso irritada.

—Os acabáis de prometer. ¿No deberíais estar dominados por la felicidad del compromiso, sin poder apartar las manos del otro, sin ser capaces de separaros ni por un segundo?

—No sabía que fueras un hombre romántico que pensara en esos términos —respondió, soslayando la pregunta, porque lo que él planteaba tenía perfecto sentido. En circunstancias normales, Michael estaría a su lado, presentándola a su familia.

—Soy la clase de hombre que, desde luego, no perdería de vista a su mujer.

—Las cosas son diferentes en Inglaterra. La posesividad desapareció en el medievo.

—Lo que probablemente explica por qué las mujeres inglesas pueden ser tan poco femeninas. Demasiada independencia puede

ser algo negativo.

—Oh, claro —olvidó que intentaba localizar a Michael para que pudiera rescatarla del hombre peligrosamente desconcertante que tenía ante ella—. A todas esas sufragistas que lucharon por el derecho de las mujeres, les encantaría oírte decir eso. Te lincharían en el árbol más cercano. Para tu información, la independencia es algo deseable. De hecho, y en lo que a mí concierne, sólo un hombre inseguro necesita tener a una mujer al lado que se ocupe de todas sus necesidades y lo ponga en un pedestal por encima de todo y de todos —lo había aprendido de la forma más dura. Podía dar conferencias sobre el tema.

—No me malinterpretes. Yo creo en los derechos de las mujeres. De hecho, no muestro tolerancia hacia los jefes que explotan a sus empleados según su sexo, como tratar de pagarle menos a una mujer que desempeña el mismo trabajo que su contrapartida masculina. Tampoco creo que las mujeres deban inclinarse cada . vez que aparezca su hombre. Sin embargo, estás aquí sola, conoces a muy poca gente. Era lógico esperar que tu novio estuviera a tu lado.

La lógica de lo que decía la dejó sin palabras durante unos segundos.

—Michael... —comenzó—. Sé que Michael quería ver a un montón de gente. Si hubiera insistido en que se quedara conmigo, lo habría hecho, pero eso habría sido injusto. Me gusta moverme como entre bambalinas, viendo cómo todo el mundo se divierte...

—¿Es lo que haces en Inglaterra? ¿Cuando vais juntos a las fiestas? ¿Moverte entre bambalinas mientras mi hermano se dedica a lo suyo?

—No vamos a menudo a fiestas —repuso con cautela—. Al menos, no como ésta. Y no olvides que Michael apenas tiene tiempo para hacer vida social. El negocio de los restaurantes es bastante agotador y ahora que también tiene un club, sus horas son peculiares la mayor parte del tiempo.

—¿Y eso no te molesta?

—Creo que deberíamos circular entre los invitados.

—Sólo siento curiosidad.

—¿Sí? —repuso con sarcasmo—. ¿O se trata de otro clavo que estás preparando para mi ataúd? Ya hemos pasado por tus

sospechas. No le veo sentido a seguir hablando de ellas. ¡Nada va a cambiar!

—Sea lo que fuere lo que yo pueda pensar sobre tus motivos para comprometerte con mi hermano, sigo sintiendo curiosidad por lo que piensas ante la idea de casarte con un hombre que rara vez estará a tu lado y, desde luego, nunca en horas sociales —llamó a una camarera con la mano y tomó dos copas de champán, entregándole una a ella.

Y no mentía. Sentía auténtica curiosidad. Lo asombraba que su hermano la hubiera dejado sola.

Si hubiera sido él...

—Las mujeres se relacionan con hombres que no tienen un horario habitual de trabajo...

—No hablo de las mujeres como pertenecientes a la especie en general. Hablo de ti.

Abby bebió champán y sintió el cosquilleo de las burbujas al bajarle por la garganta. El alcohol le dio vida a su rostro. El instinto le decía que se alejara de Theo. No había nada que pudiera decirle que no tuviera como último objetivo mellarle la armadura. La quería fuera de la vida de Michael y lejos de la posibilidad de que pudiera ponerle las manos encima a los millones de los Toyas. La ponía enferma pensar en ello. Pero algo en él hizo que se quedara.

Las dos copas de champán con el estómago vacío tampoco ayudaron.

—La gente necesita su propio espacio —se encogió de hombros —. Te da la oportunidad de dar un paso atrás y mostrarte objetiva con la persona con la que estás relacionada.

Theo jugó con el champán en la copa, pero sin quitarle en ningún momento los ojos de encima.

—¿Y crees que eso es bueno?

—Claro que sí. Significa que no terminas por convertirte en una tonta y en confiar en alguien que no es merecedor de esa confianza —se contuvo y logró esbozar una sonrisa tensa—. Hablando en general, por supuesto.

—¿Quién fue él?

—No sé de qué hablas —el sonido de las voces y de las risas pareció muy lejano, simple ruido de fondo.

—Claro que sí —musitó él, con un simple deje de sorpresa ante

el deseo de ella de querer negar la ver—'dad.

En la penumbra, él era todo sombras y ángulos. Su masculinidad lo rodeaba como un campo de fuerza, pero no parecía amenazadora. Parecía...

Abby tembló.

—¿Y bien? —instó Theo—. ¿Quién era? Desde luego, no hablas de Michael. Entonces, ¿de quién estás hablando? —bebió un poco más de champán y la observó como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Sujetó con fuerza el pie de la copa, porque durante un momento loco, quiso alargar la mano y tocarle el pelo, sólo para comprobar que su tacto era igual que su visión.

—Oh, alguien a quien conocí. Resultó que no era la persona que yo creía que era —soltó una risa breve.

El momento fugaz de querer tocarle el cabello se transformó en un impulso violento de matar a quienquiera que le hubiera causado esa desilusión. Contuvo con férrea voluntad el camino que empezaban a tomar sus pensamientos.

Pero aún quería saber...

Experimentó una punzada de irritación cuando Michael se acercó hasta ellos y pasó un brazo por los hombros de Abby para pegarla a él.

—¿No es la más guapa del baile? —le preguntó a su hermano—. A propósito, mamá quiere que conozcas a tu futura prometida, Alexis Papaeliou —sonrió con gesto travieso y alzó la copa—. Puedes correr, hermano, pero no puedes esconderte.

Theo trató de sonreír, pero deseó que su hermano se largara para poder terminar la conversación. Era una locura el modo en que la percibía con cada fibra de su cuerpo.

—Alexis Papaeliou... sí, creo que mencionó el nombre antes...

—Justo tu tipo, Theo. Una mata tupida de pelo oscuro, curvas y un vestido que deja poco a la imaginación. Me sorprende que mamá no te haya localizado ya para presentártela.

A Abby no le extrañó que esa mujer fuera su tipo. El tipo exuberante de cuerpo y pobre de mente.

Entonces se sonrojó por lo poco caritativa que era con alguien a quien jamás había visto.

—No tengo un tipo de mujer —corrigió Theo con irritación.

—¡Claro que sí! —Michael se hallaba en su elemento. Cuando se

relajaba, se relajaba con estilo—. ¿Recuerdas la chica que trajiste a casa cuando tenías diecisiete años? —miró a Abby y le susurró lo bastante alto como para que Theo los oyera—: Se llamaba Raquel, una verdadera belleza de pelo oscuro. Theo la llevó a casa para presentarla y se sorprendió mucho cuando todo el mundo objetó que tuviera treinta años. ¡Le había dicho que tenía diecinueve! ¡La verdad se supo cuando cometió el desliz de decir que tenía un hijo!

—Parecía más joven de la edad que tenía —comentó Theo.

—Luego estuvo Nora. La hermosa Nora. Una morena con curvas. ¡El problema es que tenía el cerebro de un guisante!

—Pero otros atractivos que distaban mucho de tener tamaño de guisante —aseveró Theo.

—Quizá deberías ir a conocer a Alexis —indicó Abby con cara seria—. No querríamos interponernos en tu camino hacia una posible pareja, ¿verdad, Michael?

Theo titubeó. En circunstancias normales, habría estado encantado de conocer a la chica, pero cuando miró al ángel rubio que le devolvía la mirada con inocencia, sintió una descabellada renuencia a marcharse.

¿Es que no recordaba que ese supuesto ángel estaba prometido con su hermano?

Hasta compartían la misma habitación, ¡la misma cama! Debía estar perdiendo el juicio... pensando en la novia de su hermano... preguntándose...

Alexis Papaeliou era todo lo que recetaba el doctor. Era vivaz, deslumbrante e inteligente. Y muy, muy directa. Trabajaba para la empresa de su padre y jamás había alimentado la ambición de hacer otra cosa. «Altamente recomendable», pensó Theo mientras buscaba y encontraba con la mirada a Abby, quien otra vez había sido abandonada por Michael, aunque no parecía irle mal entre un grupo de los hombres más jóvenes. Dios, no sólo tenía que cuidar de su hermano, sino también darle algunos consejos sobre cómo llevar a esa mujer.

Cuando se anunció a la multitud variada que la cena estaba servida, él escuchaba cómo su acompañante extendía las alas y le hablaba de sus aficiones. Le gustaba la equitación, y pensaba en seguir un curso de arte para poder pintar cuando se retirara del trabajo activo para casarse y tener hijos.

En ese punto, Theo llegó a la conclusión de que la conversación se tornaba un poco peligrosa para su gusto. No había mentido al decirle a su madre que seguiría el camino esperado al cumplir los cuarenta. Era una buena edad para casarse y asumir las responsabilidades de tener una familia. Con una buena chica griega, parecida a la encantadora joven cuya tarjeta encontró junto a él a la mesa.

Se había contratado un servicio profesional de catering para ocuparse del banquete, que era una cena formal. Se habían distribuido varias mesas en el jardín abierto para acomodar a los ochenta y tantos invitados, y tuvo que reconocer que la comida era magnífica. También servida con la eficacia de pagar lo mejor para que ofreciera lo mejor.

Aunque costaba decidir si la multitud disfrutaba de la excelente comida más que de los magníficos vinos servidos. Desde luego, en el transcurso de la velada, el nivel de ruido había crecido en proporción al nivel de alcohol ingerido.

Theo bebió lo suficiente para parecer sociable, y luego paró. Era divertido ver a todo el mundo perder la cabeza, pero él no tenía intención de imitarlos.

Sin embargo, ayudó a crear una atmósfera asombrosa cuando poco antes de la medianoche, su abuelo hizo sonar la cucharilla contra su copa de cristal y dio una discurso corto pero divertido acerca de alcanzar la edad de ochenta años. Rindió tributó a su maravillosa esposa perdida ya y con elegancia le dio las gracias a todos por haber realizado el tremendo esfuerzo de presentarse en la isla para poder acompañarlo en la celebración de su cumpleaños.

La ronda de aplausos fue apasionada. Varias personas ofrecieron discursos, para alegría de los invitados. Cuando el ruido se apagó, Michael, que siempre había sido el favorito de su abuelo, se esforzó por ofrecer unas palabras sobrias y casi tuvo éxito, salvo por el sonoro hipo final. Eso también fue recibido con vítores.

—Después de todo esto —comenzó Theo, poniéndose de pie y alzando su copa en un último brindis por el hombre que había afectado todas sus vidas de un modo u otro—, mis breves palabras sólo pueden llegar como un jarro de agua fría...

Lejos de ello.

Abby había bebido más de lo que acostumbraba, pero aún era

consciente de lo intenso y conmovedor que fue el breve discurso de Theo. Y al final, cuando todos los que aún podían ponerse de pie lo hicieron para unirse al brindis, ella los imitó. Durante un segundo, sus ojos se encontraron y experimentó algo raro en su interior.

Sin saber de dónde podía proceder, lo achacó a la influencia del champán. Había bebido bastantes copas de la bebida espumosa antes de la comida, para luego reemplazarlo por vino. Constantemente le habían llenado la copa.

Acabados los brindis, la gente comenzó a separarse, algunos yendo a abrazar al anciano antes de retirarse, otros dirigiéndose hacia el jardín. Por unos altavoces ocultos sonaba música de Nat King Colé.

Abby arrinconó a Michael y le susurró si no sería mejor que también ellos se retiraran.

—La noche aún es joven —le sonrió y la abrazó—. Cariño, has estado brillante. Estás preciosa y has cautivado a todo el mundo.

—Se nota que te cuesta hablar —comentó Abby con irritación. Con el rabillo del ojo, vio que Theo se alejaba con la morena del brazo.

—¿Te gustó mi discurso?

—Fue maravilloso.

—Bailemos y luego, si estás cansada, puedes ir a acostarte. Yo voy a quedarme hasta que amanezca.

Le pareció bastante razonable. Se unieron a los demás en la otra zona amplia de jardín que se había convertido en una pista de baile al aire libre. Sus ojos otearon la oscuridad y se posaron en Theo, que también bailaba con la morena bien pegada contra el cuerpo.

El corazón le dio otro vuelco, algo casi tan irritante como el hecho de que no había sido capaz de no buscarlo. Se preguntó si se marcharían juntos. La idea hizo que se sintiera encendida y molesta.

Permitió que Michael la tomara en brazos y apoyó la cabeza en su hombro. Era un bailarín maravilloso. Incluso borracho, sus pies parecían programados para hacer exactamente lo que debían. Abby se dejó llevar.

Cerró los ojos y apenas fue consciente de una canción lenta tras otra. En mitad de un tema, justo cuando sus pensamientos comenzaban a flotar a la deriva, la voz de Theo la devolvió con brusquedad al momento. Había estado tan lejos mentalmente, que

en su confusión tardó unos segundos en darse cuenta de que se había acercado para solicitar un baile con ella.

Antes de que pudiera protestar, Michael se apartó con cortesía y la comodidad segura de sus brazos se vio reemplazada por un abrazo más duro e infinitamente más peligroso. Abby sintió que el cuerpo se le tensaba y trató de imponer unos centímetros de espacio entre ellos, pero la lentitud de la música no la ayudó en las maniobras.

—Relájate —murmuró Theo en su oído—. Tu cuerpo debe cooperar con la música, no oponerse.

—¿No deberías estar bailando con tu pareja? —respondió con sequedad y él emitió una risita que le provocó escalofríos. A través de la bruma de su mente, una cosa emergía con claridad: que ese hombre era absoluta y devastadoramente sexy. La irritaba que su cuerpo reaccionara a la proximidad. Sus pechos habían adquirido una sensibilidad aguda y podía sentir cómo sus pezones se tensaban contra el vestido cuando, sin la barrera del sujetador, se pegaban y frotaban contra la camisa de él.

—No creo haber sido yo quien la llamara así —susurró Theo—. Aunque admito que encaja en el molde adecuado... Para los griegos tradicionales, las mujeres como Alexis son perfectas. La educación apropiada, los contactos familiares apropiados... y además tiene las ambiciones apropiadas en la vida. Quiere tener hijos y complacer a su marido...

—Qué papel para una mujer moderna —cortó Abby.

—¿Tú eres mejor? —murmuró con suavidad.

Se sentía demasiado lánguida para responder. La noche era cálida, la música seductora y el champán fluía por su sangre; no mucho, pero sí lo suficiente para amortiguar su hostilidad.

—No —respondió—. No lo soy, ya que soy una caza—fortunas. Durante un momento, olvidé que se suponía que soy una mujer vil y sin escrúpulos sin otra cosa en la mente que destruir la vida de alguien para engordar mi saldo bancario. Pero estoy cansada. Creo que me iré a mi habitación.

—Si miras detrás de ti, verás que Michael no parece dispuesto a retirarse.

—No espero que lo haga. Se va a quedar hasta el final. No me digas... no es el estilo griego... —suspiró—. Escucha, Michael se lo

está pasando bien y se lo merece. Trabaja casi todo el día en Inglaterra... desde luego, yo no le voy a echar en cara que quiera divertirse durante su estancia aquí...

—Qué pareja tan comprensiva... ¿Serías igual de comprensiva si la rienda libre que le das lo animara a encontrar a otra mujer...?

Abby no pudo evitarlo. Rió entre dientes. Theo la llevó a un lado, fuera de la improvisada pista de baile, para poder estudiarla ceñudo.

—¿Compartes la broma?

—Lo siento. No era mi intención reírme. Todo es por la bebida. No estoy acostumbrada a tanto champán y vino maravillosos. Se me han subido a la cabeza, junto con el agotamiento...

Theo seguía mirándola. Esa mujer lo confundía y no le gustaba. No sabía cómo encararlo.

—¿No crees que Michael se pueda ir con otra? ¿Tan segura estás de tus encantos?

Abby sintió que recobraba la sobriedad con rapidez.

—No, en absoluto... te lo he dicho... estoy cansada, no reacciono del modo en que habitualmente lo hago...

—Te acompañaré a tu habitación.

—¡No! —retrocedió un poco.

—Es lo correcto que te escolten a tu habitación —miró brevemente hacia donde su hermano parecía estar contando un chiste que requería mucha gesticulación y que su público apreciaba —. Y sería cruel interrumpir a Michael cuando parece enfrascado en una anécdota cautivadora.

Abby se volvió y no pudo contener una sonrisa. Al mirar otra vez a Theo, la sonrisa aún se asomaba por la comisura de sus labios.

—En realidad, es un niño. Apuesto que ha comenzado uno de sus chistes y no recuerda el final. Le sucede cada vez que bebe mucho. .

La expresión de su cara... y otra vez esa sensación confusa, aunque en esa ocasión más aguda. Respiró hondo. De pronto ella retrocedía, lista para marcharse.

No podía dejarla ir. Aún no. Y no podía descifrar por qué. Se marchaba de la isla al día siguiente y sabía que necesitaba hablar con ella un rato más. El impulso era tan fuerte, que lo sacudió hasta su mismo núcleo y durante un instante experimentó algo que nunca

antes ' había sentido... una absoluta falta de autocontrol. Durante una fracción de segundo, algo diferente lo controló y desconocía por qué o cómo.

—Te acompañaré a tu habitación —repitió con voz tensa y observó la pálida delicadeza de su cuello al darle la espalda antes de encogerse de hombros como resignada a algo que le era impuesto.

Metió las manos en los bolsillos, seguro de que en alguna parte en las sombras, Alexis probablemente los miraba y se preguntaba por qué se marchaba sin decirle una palabra. Menos mal que su madre y su abuelo ya se habían ido a acostar. Le habría costado explicar por qué acompañaba a la prometida de su hermano al dormitorio.

Capítulo 5

PARECES cansada —notó que se cercioraba de mantener la máxima distancia posible entre ellos sin chocar contra la pared.

—Lo estoy. Ha sido un día largo.

Theo dejó pasar unos segundos de silencio.

—Supongo que te refieres a nuestro paseo turístico.

Abby no tenía ganas de responder a la pulla. En la fiesta, se había sentido ligera y estimulada y el alcohol le había proporcionado una sensación de excitación que la había mantenido a través del difícil proceso de mezclarse y charlar con los familiares de Michael, gente a la que nunca antes había visto. Acabada la velada, se sentía extenuada. No la ayudaba que ese hombre caminara a su lado y la escoltara a su dormitorio.

—Espero que entiendas por qué tengo serias preocupaciones acerca de ti, Abby.

—No quiero hablar de eso. Otra vez. Estoy cansada y sólo quiero meterme en la cama y dormir.

Su tiempo en la isla prácticamente estaba agotado y no había conseguido nada en lo referente a la protección de los millones de su hermano. Cierto que esa mujer no había sido lo que había esperado, pero no había encontrado nada que emplear como advertencia para su madre y Michael. Ni tampoco ella había aceptado el cebo tentador de que se le pagara.

Y ahí estaba, despachándolo.

Abby sintió alivio al ver la puerta del dormitorio, ya que la presencia no solicitada de Theo la oprimía como una intimidad forzada, estirando cada nervio de su cuerpo hasta el punto próximo a la ruptura.

—Nunca lo he preguntado —comentó él como al descuido—. ¿Mi hermano y tú vivís juntos? —eso explicaría la forma indiferente con que parecían que daban por hecho casi todo en su relación. También justificaría la facilidad con que ella había descartado la zanahoria financiera que le había ofrecido para separarse de Michael. No representaría un incentivo si ya estaba disfrutando del botín mediante unos ingresos compartidos en una casa compartida

en alguna parte. Se recriminó no haber ido nunca a ver cómo vivía su hermano. Siempre había sido cómodo que Michael viajara a Londres para verlo a él. De ese modo, nunca había tenido que interrumpir durante mucho tiempo su vida laboral. Podía imaginar el lujo del que disfrutaba Abby.

—De hecho, no. Muy bien, gracias por acompañarme a mi habitación, aunque sospecho que habría llegado a salvo yo sola —apoyó la espalda contra la puerta y le dedicó una sonrisa luminosa.

—¿No vivís juntos? Confieso que estoy sorprendido.

Con un movimiento tan logrado que Abby ni siquiera fue consciente de que lo realizaba, Theo alargó la mano, abrió la puerta y entró antes de que tuviera tiempo de abrir la boca para protestar.

Fue el turno de él de encararla.

—No pensé que el convencionalismo de mantener alojamientos separados se aplicara aún en esta época cuando dos personas estaban prometidas.

A espaldas de Theo, la lámpara que había sobre la cómoda iluminaba el sofá en el que Michael se había echado y que ninguno de los dos se había molestado en arreglar.

Se habían mostrado escrupulosos en mantener las apariencias. Antes de que fueran a limpiar la habitación, toda prueba de ocupación del sofá se erradicaba. Por las dudas. Los empleados del hogar tendían a hablar demasiado y los rumores se propagaban.

Abby no tenía ni idea de por qué no disponían de habitaciones separadas, pero el razonamiento de Michael había sido que su abuelo se habría mostrado sorprendido. Más que su madre, y, desde luego, Theo habría quedado más que sorprendido. En Inglaterra, había parecido fácil ejecutar esos planes.

Se quedó quieta en la puerta y juntó las manos a su espalda. Unas manos nerviosas contaban su propia historia.

—Estoy acostumbrada a vivir en mi propio espacio —soltó, apartando los ojos del condenado sofá—. Me gusta tener mis cosas alrededor y, además... con el horario de trabajo de Michael, no pasaríamos todas nuestras noches juntos... —pensó en Jamie, corriendo por la casa, desperdigando los juguetes en el salón.

—Pero habría sido más conveniente, sin duda, no correr con los gastos de dos casas...

—Supongo. Bueno... —bostezó y dio un pequeño paso atrás,

para animarlo psicológicamente a imitarla y marcharse. No se movió.

—¿Adonde vas?

—¿Disculpa?

—Estás retrocediendo, Abby —alargó la mano y encendió la lámpara del techo, y al mismo tiempo giró y se hizo a un lado.

A regañadientes, ella entró y siguió la dirección curiosa de su mirada. El sofá no habría podido mostrar más indicios de ocupación. Dos almohadas, aún con la marca de la cabeza de Michael, cojines sobre la alfombra, y, como toque final, una sábana arrugada. La cama, por otro lado, estaba sin tocar.

—Vaya, vaya, vaya... —Theo avanzó, recogió los cojines y los distribuyó al azar en el sofá, luego se volvió con los brazos cruzados —. ¿Quizá una pequeña riña doméstica?

—¿Te he dicho lo cansada que estoy?

—Varias veces.

—Si tuvieras un gramo de decencia, aceptarías la insinuación y te marcharías. Pero ambos sabemos que la decencia y tú no sois compatibles.

—Qué curioso... —esbozó una sonrisa lobuna—. Me gustaría que me explicaras...

—No hay nada que explicar. Michael quería dormir una siesta y el sofá pareció un lugar tan bueno como cualquier otro.

—¿Incluso con una cama enorme a pocos metros de distancia? ¿Me estás diciendo que mi hermano es masoquista?

—¡No tengo nada que decirte!

Theo avanzó hacia ella y la arrinconó contra la pared y le bloqueó la salida con un brazo.

—No te acuestas con mi hermano, ¿verdad?

—¡Es una suposición ridícula! —de hecho, era una conclusión natural. Tuvo ganas de pegarse por no haber ordenado la habitación antes de marcharse, pero había estado tan agitada, que apenas había notado el desorden. Y tampoco había esperado que alguien entrara con ella en el dormitorio, y menos el hombre que tenía en ese momento.

—He de reconocer que me estoy preguntando por qué...

—¡Fuera! —demandó Abby desesperada—. O de lo contrario...

—¿Gritarás? ¿Me volverás a abofetear? ¿Te dará una pataleta?

¿Mi hermano no te atrae? —no supo por qué, pero eso le provocó una gran oleada de bienestar. Experimentó la satisfacción de haberla arrinconado. No como había imaginado en un principio, pero definitivamente la había arrinconado. Y no se acostaba con Michael—. ¿Y bien? —instó.

—No voy a responder a ninguna de tus preguntas y si Michael se entera de que me estás intimidando…

—¿Yo? ¿Intimidándote? No hago más que mostrar un interés sano. ¿Por qué mi hermano y tú compartís una habitación si ni siquiera dormís juntos? Tal vez… —los ojos le brillaron con algo oscuro—. Tal vez prefieres tentarlo con tu cuerpo… se mira pero no se toca…

—¡Eso es repugnante!

—¿Te lo parece? O quizá —musitó, disfrutando con ese pequeño juego de descubrimiento— el hecho de que mi hermano no te atrae te da absolutamente igual.

Abby fue consciente de los fuertes latidos de su corazón y de la fina capa de transpiración que le causaba hormigueos en la piel. Nunca antes se había sentido tan atrapada y así como el sentido común le indicaba que cualquier cosa que dijera Theo Toyas era simple especulación, no dejaba de sentir el miedo de la presa al ser acechada lentamente por el depredador.

Theo no se sintió disuadido por el silencio de ella. Ya no sabía si lo motivaba la necesidad de proteger a su hermano, objetivo que tenía al principio, o una necesidad aún más poderosa y desconcertante de averiguar cosas sobre esa pequeña mujer. Le habría gustado alargar la mano para rozarle la vena que traicionaba el pulso acelerado…

—No me importa lo que pienses, Theo.

—Claro que sí.

—¿Por qué? ¿Por qué debería importarme?

—Puede que no quieras estar interesada, pero lo estás, porque soy el hermano de Michael, porque te guste o no, Michael no vive en el vacío. Afirmas no tener interés en el dinero de mi hermano. Si ése es el caso, entonces, ¿por qué mantienes una relación con él cuando no te atrae?

—Jamás dije que Michael no me atrajera. De hecho, considero que es un hombre extremadamente atractivo.

—Pero no lo bastante atractivo para llevarte a su cama. ¿Qué va a suceder cuando mi hermano decida que ha llegado el momento de dejar de ser un caballero? ¿Entonces insistirás en que te ponga la alianza en el dedo? ¿De ahí surge tu recato femenino? ¿De la necesidad de mantener a Michael de puntillas, con la zanahoria colgando ante sus narices, para tenerlo donde realmente lo quieres? Muy inteligente. La cacería siempre es mucho más estimulante que la captura real...

Abby alzó la mano, guiada por la ira y el pánico, pero en esa ocasión no hubo conexión con esa cara arrogante. Con destreza, él le atrapó la muñeca y no la soltó.

—Mmm. Lo hiciste una vez y en mi opinión ya fue demasiado — la acercó un poco y sintió que la atmósfera cambiaba con velocidad eléctrica.

La respiración de ella se aceleró y las pupilas se le dilataron. En ese instante no parecía importar si la había estado atacando o no. El cuerpo de Abby respondía al suyo, ajeno a lo que le dijera la mente. Esa certeza lo elevó en una ola poderosa. Sintió la boca seca al verse atrapado en un remolino de deseo similar, porque no había otra manera de describir lo que sentía. La suspicacia y la curiosidad se fundieron en una devastadora atracción animal.

—¡Haces que desee abofetearte! —exclamó ella con voz estrangulada. Lo miró a la boca y de inmediato apartó la vista.

—¿Qué más te impulso a desear hacer, Abby? —murmuró con suavidad. En la intensidad del momento, Michael sólo era una imagen, que desaparecía con rapidez.

—No sé a qué te refieres —tartamudeó—. Te has equivocado.

—Sabes a qué me refiero —le soltó la muñeca, pero no retrocedió. La envolvió en un abrazo en el que no hubo contacto físico, porque ni siquiera la rozaba, sólo se apoyaba en la pared frente a ella, sobre las palmas de las manos, con los codos doblados de forma que quedaba únicamente a unos centímetros de Abby.

Sintió que se ahogaba. Pero le gustó la sensación. Era tan intensa y cegadoramente real. Con un sobresalto, comprendió el éxito que había tenido durante años en aislarse de cualquier contacto significativo con el sexo opuesto. Las puertas que siempre había tenido abiertas al mundo, las había cerrado y sellado. Desconcertaba que ese hombre, el menos apropiado en el mundo

por diversas razones, hubiera logrado abrirlas.

Quiso protestar, pero sólo fue consciente de que únicamente emitía un gemido cuando él se inclinó y le cubrió la boca con la suya y alzó las manos para enmarcarle el rostro, elevándolo de modo que todo el cuerpo se arqueó para recibir ese beso.

Necesitó un par de minutos, como mucho, para estar perdida. Todas las necesidades e impulsos que se habían secado en su interior florecieron a una súbita y jadeante vida. Respondió con todo su ser cuando la lengua de él le invadió la boca como algo que buscara ir directamente a su alma.

Entonces, las lecciones aprendidas y los años de autoconservación volvieron a enfocarse. Y con ellos la imagen de Michael.

Empujó con fuerza, luchando por liberarse y jadeando como alguien privado de oxígeno.

Theo se retiró de inmediato, enfadado consigo mismo porque no había querido que terminara. Había querido que los llevara a ambos a su destino.

En ese momento emergió la cara de Michael acusadora y su ira se proyectó hacia ella.

—¿Cómo te atreves? —demandó ella.

—Es un poco tarde para una furia santurrona, ¿no crees? —replicó—. Michael no te vale, ¿verdad? ¿O quizá has decidido que yo soy una presa mejor? ¿Eh?

—¡Qué palabras tan despreciables!

—Pero es que yo soy despreciable, como no paras de decir. Sin embargo, no tanto como para que no te derritas con mi contacto —se apartó, sabiendo que en ese momento disponía de la munición para hacer lo que había querido desde un principio, aportarle a su hermano pruebas suficientes de que su querida novia no era esa preciosidad tan pura por la que evidentemente la tomaba.

Sabía que podía dejarlo todo arreglado antes de regresar a Atenas. Entonces, ella quedaría fuera de la vida de su hermano y nunca más tendría que verla.

—Yo...

—¿Tú...? Continúa. Soy todo oídos...

—Deberías irte ahora.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—Michael volverá en cualquier momento...

—¡No finjas que te importa algo mi hermano o lo que piense! ¡Acabas de demostrar exactamente lo que te importa!

Durante unos segundos, ninguno pronunció palabra. El aire estaba denso por el remordimiento y las acusaciones y los restos de deseo que a Theo le resultaban tan difícil de erradicar de su sistema. Ella apartó la vista y él notó la palidez frágil de su piel y el modo vulnerable en que juntaba las manos, como si intentara evitar temblar como una hoja.

Lo asaltó el pensamiento traidor de que si había tenido que averiguar la realidad de ella de esa manera, le habría gustado haber recorrido toda la distancia, sacarle los pechos y probarlos, arrancarle el vestido y exponer cada centímetro de su desnudez. Acalló el pensamiento culpable y desagradable, pero su dolo—rosa erección aún le decía lo que no quería oír.

—Te haré el favor de no ser quien aporte la prueba de tu engaño a Michael. Dejaré en tus manos romper el compromiso, de la manera que más oportuna creas.

—Eres muy benevolente, pero, ¿cómo sabes que es eso lo que quiero hacer? ¿O lo que desea Michael, aunque fueras a verlo y le hablaras... bueno... de un beso...?

No era lo que Theo había esperado oír.

—Mi hermano puede verse cautivado por palabras bonitas y un aspecto atractivo, pero no creo que mi madre o mi abuelo adoptaran la misma actitud y, por si no lo has notado, mi hermano los tiene a ambos en muy alta estima.

Abby se ruborizó.

—De acuerdo.

—Y que ni se te pase por la cabeza cometer un fraude.

—¿Como cuál?

—Como callarte o, peor, exponer planes para una boda. No funcionará. Estaré en Atenas las próximas semanas, pero en cuanto acabe allí, me pondré en contacto con Michael y me cercioraré de que hayas hecho exactamente lo que te he dicho que hicieras —fue hacia la puerta y la abrió antes de volverse hacia ella—. Apuesto que ahora estás deseando haber aceptado mi oferta original de desaparecer con los bolsillos llenos...

Abby palideció pero permaneció en silencio. ¿Qué sentido tenía

responder? Sólo se dio cuenta de lo rígidamente tensa que .estaba cuando él se fue, cerrando la puerta con sigilo a su espalda, tal como haría un amante clandestino.

Luego se hundió. Apenas pudo obligarse a ir al cuarto de baño, desvestirse, enfundarse el pijama y quitarse el maquillaje. Pero lo hizo en piloto automático, como un robot.

Sus pensamientos eran caóticos, y los peores eran sobre lo que había sentido cuando Theo Toyas la había tocado. Toda la percepción que había almacenado inconscientemente se había descargado sobre ella, como una inundación que rompiera las paredes frágiles de un dique mal construido. Lo había deseado tanto, que su cuerpo le había parecido estar en llamas, un fuego desbocado que se había iniciado en lo más hondo de su ser para extenderse hacia fuera, devorando a su paso devastador cualquier atisbo de sentido común.

Bajo el confort del ligero cobertor, tembló de forma convulsiva en la habitación a oscuras y se preguntó por qué no se había opuesto.

La respuesta era que había estado desesperada por tocarlo y porque la tocara.

La aceptación de ese hecho la llevó a emitir un gemido. Se sentía desnuda. Todas las defensas que había erigido a lo largo de los años habían caído de un solo golpe y del modo más terrible posible.

Claro que se lo contaría a Michael, pero le dolía el corazón al pensar que Theo obtendría lo que se había fijado desde un principio, desvaneciéndose de su vida creyendo que era la mujer que se había inventado. Una cazafortunas calculadora que había atrapado a su hermano y que habría llegado hasta el final si él no la hubiera obligado a confesar. Se felicitaría por un trabajo bien hecho.

Al final el sueño la dominó, pero fue un reposo inquieto.

Había decidido que se lo contaría a Michael al día siguiente, pero, como cabía esperar después de los festejos, se hallaba profundamente dormido cuando ella despertó poco después de las nueve de la mañana, y no tuvo valor para despertarlo. Además, ¿de qué serviría su confesión a esas alturas? Haría que pasara el resto de las breves vacaciones ansioso. Decidió que lo mejor era dejarlo hasta que regresaran a Inglaterra.

Tal como había esperado, la villa se hallaba rebosante de actividad. La gente se marchaba y el vestíbulo enorme estaba lleno con todo tipo de equipaje. ' Lina estaba ocupada supervisándolo todo, cerciorándose de que el transporte que habían contratado hubiera llegado a tiempo. Abby se mezcló entre los invitados, la mayoría resacosos, sonrió e hizo comentarios sensatos sobre lo magnífica que había sido la fiesta, besó mejillas y emitió las palabras adecuadas acerca de esperar que volvieran a verse.

Por suerte, el único miembro del grupo al que no quería ver, no andaba por ahí. Como ella no iba a marcharse ese día, fue a desayunar algo y luego se retiró al rincón más alejado del jardín con un libro y sus pensamientos.

Después de elegir un banco apartado entre árboles, se sentó y abrió el libro, pero su cerebro se negó a asimilar las palabras de la página que tenía ante los ojos.

Hacía años que no tocaba a un hombre, que lo besaba, que sentía ese impulso por su cuerpo que hacía que deseara estar desnuda y abrazada a él.

Que llegara a suceder la asustaba. Que hubiera sucedido con Theo Toyas le resultaba aterrador.

Las letras se tornaron borrosas y parpadeó, aclarándose los ojos y diciéndose que no debía llorar. Abandonó el pretexto de leer, se reclinó en el respaldo del banco y cerró los ojos. La brisa era suave y cálida. Desde donde se encontraba, era imposible oír las voces de los invitados que se marchaban.

Habiendo dormido muy poco la noche anterior, pudo sentir cómo los párpados se le volvían pesados y le dio la bienvenida a la paz de no tener que pensar, de no tener que castigarse con recriminaciones por su propia estupidez.

No tenía ni idea del tiempo que había estado durmiendo ni de lo que habría seguido haciéndolo si no la hubiera despertado el sonido de algo fuera de lugar, que no tenía nada que ver con la brisa entre las hojas. Abrió los ojos y descubrió que se hallaba en la sombra, y no porque el sol se hubiera puesto en el horizonte.

Theo se erguía sobre ella.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Se lo veía vitalmente masculino con unos pantalones de color crema y una fina camisa de algodón de un azul suave. Tenía el pelo húmedo y hacia atrás. A

pesar de todo, era consciente del atractivo primitivo que ejercía sobre su cuerpo. Era una reacción instintiva sobre la que no parecía tener control y en ese momento era más aterrador porque la luz del día hacía que fuera de una realidad lúgubre.

—¿Qué quieres? —preguntó con sequedad, irguiéndose—. ¿Cómo me has encontrado aquí?

—Me pareció el lugar más obvio al que irías para esconderte ante la posibilidad de tropezar conmigo.

—¿Puedes culparme? —soltó sin rodeos.

Theo apreció la honestidad sin ambages. Le dedicó una sonrisa pausada que, sin saberlo él, le produjo un extraño cosquilleo en el estómago, como el aletear de mil mariposas.

—No, no puedo hacerlo.

—Entonces, ¿para qué has venido a buscarme? Ya has hecho lo que querías hacer, ¿no?

—¿Sí? ¿Le has dicho ya a Michael que vuestra relación se ha terminado?

—No.

—¿Por qué?

—¡Porque todavía duerme! ¡Sería complicado mantener una conversación con alguien que no está despierto!

En esa ocasión, la sonrisa de Theo fue auténtica. La ' chica era valiente y divertida bajo ese exterior duro.

—Pobre Michael. Durmiendo el sueño de los inocentes. Por no mencionar de los frustrados. ¿Cuándo piensas comunicárselo?

—Cuando volvamos a Inglaterra —se protegía los ojos del resplandor para poder mirarlo. Le daba una pequeña ventaja, ya que no le permitía leer su expresión. Como dándose cuenta de ello, él se puso en cuclillas, con el rostro a pocos centímetros del suyo.

—Bien —comentó con voz sedosamente agradable—, porque no quiero que olvides que lo comprobaré para cerciorarme de que lo has hecho.

—¿Te marchas ya? —preguntó con cortesía—. Porque no quiero ser la culpable de retenerte.

—¿No lo quieres? —murmuró—. Sí, me voy ya. Los negocios son una bestia que jamás duerme.

—¿Te vas solo? —había querido dejarlo con la pulla de despedida de que si se marchaba en compañía de Alexis, quizá debiera dedicar un tiempo a analizar su propia moralidad, pero antes de poder hacerlo, él le dedicó otra de sus sonrisas perezosas.

—Sí. ¿Por qué? ¿Pensaste que podría marcharme con la deliciosa Alexis? —movió la cabeza con pesar—. Quiere demasiadas cosas que no estoy dispuesto a proporcionar en este momento. Declaraciones de amor, solitarios con grandes diamantes y en el horizonte el sonido lejano de campanas nupciales.

—Quieres decir que prefieres ir de cama en cama —soltó con desdén.

—Tú lo llamas así —repuso Theo con humor—. Yo lo llamo tratar honestamente con los miembros del sexo opuesto. No hago promesas que no tengo intención de cumplir —a ese ritmo, se perdería la reunión que tenía programada para esa tarde—. ¿Por qué te interesa? —inquirió—. ¿Estás celosa?

—¿Celosa? —lanzó indignada—. ¡De verdad que eres el ser humano más arrogante y egoísta que he conocido!

—Pero no has contestado la pregunta...

La boca suave y entreabierta era una invitación que le resultaba incapaz de resistir y en esa ocasión sin culpabilidad. No se estaba acostando con Michael. Lo estaba utilizando. Que no lo hubiera reconocido abiertamente era una simple cuestión técnica.

Cerró la breve distancia que los separaba y le cubrió la boca con la suya. Volvió a sentir esa confusión mezclada con furia y deseo que había estado en ella cuando la había besado la noche anterior. El conocimiento de que lo deseaba a pesar de odiarse por ello fue como una descarga de adrenalina.

Experimentó su dura y palpitante erección presionada contra la cremallera y continuó saqueándole la boca. El beneplácito llegó cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y cuando él deslizó la mano por debajo del top sólo encontró un gemido de entrega. No llevaba sujetador. No sabía cómo su hermano podía ocupar el mismo espacio que esa mujer y mantener las manos quietas. Tenía que verla. Que la reunión esperara. Los ejecutivos se molestarían pero aguardarían, porque era demasiado poderoso para que lo dejaran plantado.

Alzó el top y se excitó. Las areolas eran grandes círculos rosados y los pezones sobresalían orgullosos, rígidos y erectos, pidiéndole que se introdujera uno en la boca para succionarlo, probarlo, para oír la respuesta febril.

Abby se retorció cuando le succionó un pezón al tiempo que le acariciaba el otro pecho con una mano. La provocó, la tentó, se llevó el capullo excitado a la boca, enviando todos sus pensamientos en caída libre. Nunca en la vida se había sentido de esa manera.

Los dedos de Abby se enredaron en su pelo y tiró de él hacia abajo, no deseando que frenara las exploraciones ardientes.

Pero en el momento en que la mano de él bajó para reclamar ese único lugar que en ese momento estaba húmedo por el deseo, fue

cuando la realidad atravesó las barreras de su mente encendida y trató de bajar el top con una mano y empujarlo con la otra.

—¡No! —se irguió y lo miró con ojos conmocionados. El top había vuelto a su sitio, pero los pezones aún le palpitaban del asalto al que los había sometido con la boca. El cuerpo entero le temblaba.

Theo necesitó unos segundos para asimilar la distancia que se había establecido entre ellos y sólo unos pocos más para darse cuenta de lo descontrolado que había estado. Aturdido, se preguntó qué diablos había pasado. Se irguió también, consciente de su erección que todavía clamaba satisfacción. Ahí estaba ella, el rostro sonrojado y con expresión consternada. ¿Es que se había vuelto loco?

—Un pequeño recordatorio —dijo, agradecido de que la voz no traicionara lo que sentía— de por qué necesitas romper tu compromiso.

Giró en redondo y se alejó. Abby observó la espalda y se preguntó cómo, después de sufrir todo tipo de mortificaciones la noche anterior, había permitido que le hiciera otra vez lo mismo. Cuando al final se puso de pie, segura en el conocimiento de que ya se había marchado, descubrió que aún temblaba.

Una y otra vez se repitió que se había ido para siempre y le dio las gracias a Dios por ello.

Capítulo 6

SABES algo de tu hermano? Abby miró a Michael, tendido en su sofá. Los domingos eran los únicos días que disfrutaba lejos del trabajo y siempre trataban de hacer algo juntos. Ese día habían ido a los Pavillion Gardens, donde Jamie disfrutó mucho. El clima había sido maravilloso y se habían llevado una cesta de picnic, preparada por Michael. Como siempre, había sido una comida deliciosa y exquisita para ellos tres y seis personas más que los habían acompañado.

Jamie había disfrutado siendo el centro de atención. Sabía que era difícil para él. Estaba llegando a la edad en la que empezaba a preguntar por qué no tenía padre, y Abby sabía que esas preguntas se tornarían más acuciantes con el tiempo.

Se había enfrascado en sus pensamientos cuando Michael la devolvió a la realidad dándole una respuesta afirmativa.

—¿Sí? —al instante se puso alerta. Habían transcurrido tres semanas y ya había empezado a pensar que tal vez Theo hubiera olvidado la amenaza de estar en contacto y cerciorarse de que había roto el compromiso. Se había serenado y pensado que lo que había parecido tan real e importante en Santorini, podría haberse fundido con el entorno bajo el ajetreo frenético de la vida cotidiana de Theo —. ¿Qué le contaste? No vendrá aquí, ¿verdad? —sabía que en su voz había pánico de que pudiera entrar en su ritmo normal de vida. En ese momento, esa cara dura, arrogante y ridículamente sexy se elevó de entre las brumas de la memoria como un puñetazo en el estómago—. No puede venir aquí, Michael. No quiero verlo.

—Quieres decir que te asusta verlo —se apoyó sobre un codo y sonrió—. ¡Oh, las tupidas telarañas que tejemos!

—¡No es gracioso!

—Lo es cuando te distancias y lo observas. Allí estábamos, haciendo nuestros planes con despreocupación, y tú terminas enamorada de mi hermano. ¿Quién habría podido predecirlo? No... —reflexionó unos momentos—. Yo podría haberlo hecho. Ha tenido ese efecto sobre las mujeres, prácticamente desde el día en que nació. Era un seductor entonces y lo es ahora. Pero te lo advierto...

te irá mejor si no te enredas con él. Es el típico rompecorazones.

—Dime algo que no haya descubierto —se mofó. Se puso de pie, completamente cómoda con los pantalones a cuadros del pijama y el chaleco sin mangas que había conocido días más vibrantes.

Eran poco más de las ocho de la noche. Jamie estaba dormido arriba, extenuado por el día tan activo físicamente, y ella no tenía planes de salir de casa. Lo más probable era que Michael terminara en el sofá cama. A las nueve y media daban una película que los dos querían ver y a menudo él se quedaba si consideraba demasiado esfuerzo ir a su ático con vistas a la playa.

—Y no me he enamorado de él. Es arrogante y reprobable.

—Pero altamente irresistible para el sexo opuesto.

—Cometí un error. ¿Cuántas veces lo has hecho tú?

—Demasiadas para mencionarlas, cariño, pero yo no soy tú.

Abby decidió esquivar esa línea de conversación. Michael la conocía demasiado bien.

—¿Qué le contaste?

—De hecho, poca cosa. Llamó anoche cuando estaba inmerso en tratar de arreglar un enorme fiasco con las gambas y no disponía de mucho tiempo para charlar.

—¿Te preguntó si seguíamos prometidos?

—Supongo que espera que sea yo quien aporte voluntariamente esa información.

Se tomó unos segundos en digerir eso. En lo referente a Theo, ella iba a ser la responsable de dejar a Michael, presumiblemente sin mencionar lo sucedido entre ellos. Por lo tanto, habría parecido extraño que preguntara si aún seguían juntos cuando carecería de motivos para formular dicha pregunta en primer lugar.

—¿Y qué le vas a contar?

—Ni idea —se reclinó en el sofá y clavó la vista en el techo. Abby no dejó de mirarlo—. No me gusta mentir —continuó Michael al rato—, pero sé que mi madre estará terriblemente preocupada si piensa que ya no soy un hombre prometido. Tendrá imágenes mías muriendo por el corazón roto, solo en mi apartamento sin más compañía que botellas vacías de vodka y la televisión. Y mi abuelo no está muy bien ahora. Todos esperamos que sea porque la fiesta le resultara excesiva, pero... —la miró con expresión preocupada—. También Theo está preocupado por él y es un hombre que jamás se

preocupa a menos que haya una razón válida. Le dije que me reuniría con él en Londres en algún momento de la semana próxima. Quizá pueda esquivar el asunto del compromiso y ocuparme de ello en algún momento del futuro…

«¿Esquivar? Tratar de ello en el futuro?» No eran palabras que asociara con Theo Toyas. Pero lo más inquietante era otra cosa. Iría a Londres a reunirse con su hermano. No había necesidad de que lo acompañara y no pensaba hacerlo.

—Dime cuando vayas a ir —hablar de Theo, saber que Michael lo vería en algún momento de la semana siguiente, la hacía temblar. Saber que iba a estar en el mismo país, mirando el mismo cielo, también la hacía temblar.

—Que es justo lo que debo hacer.

—¿Qué?

—Marcharme —so levantó del sofá con un profundo suspiro y entre las protestas de Abby, le explicó que iba al club a asegurarse de que todo iba bien. Mientras se calzaba, le explicó que iba a actuar un grupo nuevo de jazz de Edimburgo. Quería comprobar en persona si eran lo bastante buenos como para volver a contratarlos.

Abby protestó, pero sin mucho ánimo. Había sido un día agotador y estaría encantada de meterse en la cama.

Lo había acompañado a la puerta y apagado las luces de la cocina cuando sonó el timbre. Corrió al vestíbulo, ya que tenía un sonido estridente y la costumbre de despertar a Jamie. Una vez despierto, el pequeño se quedaría levantado durante horas.

Abrió la puerta y ahí estaba.

Tan alto, sexy e inesperado, que durante unos segundos sólo fue capaz de parpadear, como si con ello pudiera hacer que desapareciera o convertirlo en Michael.

Al final su cerebro se alineó con sus cuerdas vocales.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba por la zona —repuso Theo—. Pensé en hacerte una visita —comentó impasible.

Abby, por otro lado, luchaba por respirar.

—No puedes estar aquí —susurró con incredulidad—. No sabes dónde vivo.

—Supe dónde vivías en cuanto supe dónde trabajabas. No hace falta ser Sherlock Holmes para llamar a una oficina y conseguir

información relevante.

—¡En personal jamás te habrían dado mi dirección!

—¿Y por qué no? Te olvidas de que soy el hermano de Michael. Supongo que no quieres invitarme a pasar, pero vas a tener que hacerlo, porque no pretendo quedarme aquí a mantener una conversación, sin importar lo agradable que esté el clima.

—Verás a Michael la semana próxima. Él me lo dijo. ¿Por qué quieres verme ahora? ¿Por qué?

—Tú ya lo sabes. Si no te mueves, voy a tener que alzarte en brazos y moverte yo.

Lo miró consternada. Había logrado introducir el pie en el umbral. Si luchaba, iba a perder. No era rival para Theo Toyas. Se apartó y lo vio entrar en su casa y mirar alrededor con curiosidad e interés.

La casa era la más pequeña de las propiedades de dos dormitorios. La había comprado hacía seis años, solicitando la hipoteca más larga que le estaba permitido y, siendo sensata, había logrado mantenerla. Se hallaba en una pequeña urbanización próxima a una escuela primaria y estaba considerada una buena inversión. Las casas eran como cajas, pero cajas agradables y, dependiendo del tamaño, todas tenían un amago de jardín. En su caso, era una pequeña parcela de hierba en el patio de atrás, que cultivaba con celo creativo.

—¿Me pongo en contacto con Michael? —inquirió Abby, sintiéndose invadida por el modo en que estudiaba su casa—. Sé dónde está. Estoy segura de que le encantará venir a verte.

Theo no se precipitó en responderle. Continuó mirando a su alrededor durante unos segundos antes de volverse hacia ella. Podría haber esperado, podría haber visto a su hermano en unos días y averiguado lo que necesitaba saber, que era si ella había obedecido sus instrucciones o no. Después de todo, le había brindado la elección de marcharse con la reputación intacta o humillada por verse expuesta como una mujer feliz de estar comprometida con un hermano y hacer el amor con el otro.

Había ido a verla en persona porque en las últimas semanas había pensado en ella más de lo que le gustaba reconocer. Resultaba un estorbo.

La miró, observándolo con esos ojos castaños claros, resaltados

por ese exquisito cabello de color vainilla.

—No habría venido aquí si hubiera querido hablar con mi hermano. No, he venido a verte a ti —sintió una irritación y disgusto súbitos consigo mismo por haber hecho el viaje para ver a esa mujer que de forma manifiesta no lo quería en su casa—. ¿Entiendo que sigues en contacto con mi hermano? —más allá del pequeño vestíbulo, vio la cocina, y hacia allí se encaminó—. Sabes dónde está en este preciso momento de la noche. No es lo que quería oír —había llegado a la cocina. Se hallaba a sólo unos pasos de la puerta de entrada, y se detuvo. Y miró, apenas consciente de ella a su espalda. Llenaba el umbral.

Era pequeña pero bonita. Encimeras de color gris moteado, muebles de pino que parecían baratos pero funcionales, una pequeña mesa oblonga que aceptaba a cuatro personas siempre que no les molestara permanecer en un contacto físico muy próximo entre sí. Todo tenía una escala muy pequeña. Nevera pequeña, cocina pequeña, muebles suficientes para guardar sólo los utensilios básicos para que funcionara una cocina.

Sin embargo, Theo no contemplaba las dimensiones de la habitación. Miraba las fotos que había en la puerta de la nevera, sostenidas por imanes, y un pequeño tablero de anuncios en la pared junto a la mesa. Más fotos.

Se apartó y Abby pasó junto a él, respirando hondo mientras captaba la dirección que seguía su mirada. Era una locura. ¡Jamie no era un secreto!

—Unos dibujos interesantes —comentó, yendo hacia la nevera para inspeccionar los dibujos allí fijados. Uno era una versión de alguna escena submarina, otra era de la familia, consistente en una figura como un palo gigante con un montón de pelo blanco y otra mucho más pequeña con una cara grande y risueña, más diversos intentos de escritura.

Abby no tenía ni idea de por qué se sentía tan nerviosa. Se humedeció los labios y trató de relajarse.

—Eso creo.

—¿Tuyos? —retiró la escena submarina y lo estudió con interés exagerado antes de alzarlo para que ella lo viera.

—De mi hijo.

—Tienes un hijo. No es de...

—No, no es de Michael.

Theo sintió esa llama de intensa curiosidad recorrerlo. Con cuidado volvió a fijar el dibujo a la nevera y luego se volvió hacia ella.

—¿Te importa si me siento?

—Es tarde.

—¿Has roto tu compromiso? No, claro que no lo has hecho. El anillo sigue en tu dedo —no sólo prescindió de negárselo, sino que no le ofreció una disculpa. Sus ojos se oscurecieron—. Quizá pienses que estoy jugando, pero permite que te asegure que no es así.

—No dejaré que me ataques en mi propia casa —le informó Abby, cruzando los brazos en gesto protector. Se sentía nerviosa, intimidada y, entre todo eso, terriblemente atraída por el hombre sentado en su cocina, como si tuviera algún derecho. Verlo en persona hizo que reconociera cuánto lo había tenido en la cabeza y lo desastrosamente fácil que era que esos sentimientos ocultos recobraran la vida en contra del sentido común y de la razón. En ese momento le recordaban lo agradable que había sido que la besara, que la tomara entre sus brazos, que le acariciara los pechos... Cerró los ojos fugazmente y luego lo miró—. Jamie se despierta con facilidad. No quiero tener una discusión contigo aquí. Las paredes de esta casa son como el papel.

—Ah. Jamie. Eso pensaba.

—¿Qué significa eso?

—La caligrafía del trozo de papel en la nevera. Está aprendiendo a escribir su nombre. ¿Cuántos años tiene?

—Cinco.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Por qué te interesa?

—Siento curiosidad. ¿Por qué no lo mencionaste antes? A mi madre. A nuestra familia. Tuviste todas las oportunidades —la miró con ojos entrecerrados.

—No pensé que fuera el momento apropiado...

—Dame una pista acerca de cuándo habrías considerado apropiado contarlo. ¿Quizá en algún restaurante? ¿Cuando mi madre te preguntara si tenías algún hijo? ¿Crees que es una pregunta natural para que formule una futura suegra a la novia de su hijo?

—¡No eres gracioso!

—Quizá decidiste que podías conquistar a Michael para que fuera el papá de tu pequeño, pero darnos la noticia a los demás sería más complicado. ¿Es eso? Pensabas ir en fases, tal vez, antes que arriesgarte a que todos viéramos lo obvio.

—Y tú vas a iluminarme con lo que es tan obvio, ¿verdad? ¡Como si no supiera la dirección que sigues! —tenía las manos pequeñas cerradas y cada terminal nerviosa de su cuerpo lista para quebrarse por la tensión.

—¡Es lógico! —atronó Theo. Bajó el puño sobre la mesa con tal ferocidad, que Abby se sobresaltó—. No parecías la típica buscadora de fortuna, pero en su momento no poseía todos los hechos, ¿verdad? ¿Cuánto ganas al mes?

—¡No es asunto tuyo!

—Supongo que suficiente para mantenerte. Y permitirte unos pocos lujos. Pero, ¿un hijo? ¿Suficiente para mantener también a un hijo? Puede que yo no los tenga, pero sé que son un artículo que no resulta ba—' rato. ¿Por eso decidiste que disponer de una pequeña ayuda financiera en esa dirección podría ser útil? Y Michael habría sido un objetivo fácil, no la clase de hombre que se puede asustar por el añadido de un niño. ¿Lo enganchaste con alguna historia lacrimógena? ¿Hiciste que sintiera pena de ti?

—¡Los niños no son artículos]

—¿Dónde está el padre del niño? ¿Ayuda en algo la pensión de mantenimiento que te pasa?

—¡Detente! —gritó Abby—. ¿Cómo te atreves a entrar en mi casa y empezar a gritarme? ¡Me insultaste cuando estuve en Grecia, cuando estuve en tu terreno, pero no te atrevas a entrar en mi terreno creyendo que puedes seguir haciendo lo mismo!

Lo miró fijamente, la cara blanca por la furia, y en la súbita quietud, tardó unos segundos en darse cuenta de que él no la miraba a ella, sino hacia su espalda. Giró despacio y encontró a su hijo de pie en la puerta, observándolos con desconcierto y miedo. Las mamas no gritaban. Nunca. Abby jamás había gritado delante de él. De hecho, ni siquiera recordaba haber gritado en años. Temblaba cuando se agachó para mirar a Jamie.

—Hola, cariño. ¿Qué haces levantado? Sabes que deberías estar en la cama. Mañana hay colegio.

—Oí gritos —miró a Theo—. ¿Quién es?

—Nadie.

—Soy Theo, el hermano de Michael.

Abby pudo sentirlo detrás de ella, luego fue consciente de que se agachaba a su lado. Habló con voz suave, pero era el mismo hombre que había reconocido considerar a los niños como artículos. Con gesto protector, protegió a Jamie contra su hombro.

Pero el pequeño se soltó, ansioso por continuar con el inventario del hombre que había en la cocina de su madre. Logró soltarse del todo y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, con las manos de Abby cubriéndole las suyas.

—Te pareces al tío Michael. ¿No es verdad, mami?

—Veo una o dos diferencias —dijo ella con los dientes apretados.

Theo tuvo ganas de sonreír. Parecía un ángel pequeño, frustrado y encolerizado. Se recordó que después del examen lógico de la situación, después de las conclusiones concisas que había sacado acerca de la conducta y las motivaciones de ella, era cualquier cosa menos angelical, sin importar lo que indicaran las facciones.

—¿De verdad? —preguntó con inocencia—. La gente dice que nos parecemos mucho. Aparte de una pequeña diferencia de estatura.

—La gente dice que las víboras se parecen a las serpientes de jardín. Aparte de una pequeña diferencia en los niveles de toxinas.

Tuvo que esforzarse para no sonreír.

—Intento encontrar el cumplido en eso —repuso con gravedad y le encantó ver que el ángel lo miraba aún con más ferocidad.

Jamie se había animado ante la mención de serpientes y se lanzó a una complicada descripción de las serpientes que había visto en el zoo. Theo estaba extasiado por el parecido del niño con su madre. El pelo era de una tonalidad rubia más oscura, pero tenía los mismos ojos, nariz y boca.

¿Quién era el padre? ¿Dónde estaba? ¿Andaría por ahí, quizá aún dormía con ella? Ese pensamiento lo puso malo y de inmediato lo descartó.

El ángel había hecho girar al niño para que quedara de cara a ella y en ese instante le daba un discurso se—Vero sobre irse a dormir.

Theo se puso de pie y regresó a la mesa, observando en silencio mientras la madre alzaba al hijo en brazos. Ambos habían olvidado su presencia. Ella estaba centrada por completo en el pequeño, en llevarlo arriba.

¿Se habría visto Michael atraído por eso? Escuchó distraído el sonido de pisadas que se perdía escaleras arriba. ¿Habría encontrado su hermano a ese boceto de madre e hijo demasiado difícil de resistir? Si a la ecuación se añadía el hecho de que la madre en cuestión tenía el rostro de un ángel y un cuerpo que le negaba, ¿le habría sido imposible alejarse? Algo en el cuadro no encajaba, pero cuando intentó analizarlo, descubrió que su mente se desperdigaba. Pensaba en la expresión de ella al abrazar a su hijo, en el modo en que esos brazos esbeltos podían ser fuertes y dar apoyo, en los ojos que habían mostrado su orgullo como madre. Chasqueó la lengua con frustración y centró la mente otra vez en la tarea que lo ocupaba, que era averiguar si había roto el compromiso.

Había preparado dos tazas de café cuando Abby regresó a la cocina.

—Sigues aquí —comentó, de pie en el umbral, los brazos cruzados.

—No esperarías que me marchara, ¿verdad? Te he preparado café. Con leche, sin azúcar. ¿Es así como lo tomas?

Abby no contestó. Se sentó en la silla frente a él, lo más alejada posible, y suspiró con gesto cansado.

—Ya no puedo pelear más contigo —apoyó el mentón en las manos y lo miró.

—Yo tampoco quiero pelear, pienses lo que pienses.

—Lo sé —le dedicó una sonrisa débil—. Lo único que quieres es que me largue de la vida de tu hermano, para no poner mis pequeñas y codiciosas zarpas sobre sus millones.

Theo se acaloró. Después de todo, sólo decía lo mismo que él había estado pensando, pero de una manera que hacía que pareciera el villano y ella el cordero al que iba a sacrificar. Sin embargo, debía reconocer que sí parecía extenuada. En vez de lanzarse a otro ataque, decidió que no haría ningún daño aflojar un poco el ritmo. Un negociador inteligente sabía que la oportunidad del momento lo era todo. Se reclinó.

—Tienes un hijo guapo.

—¿No quieres decir un artículo guapo?

—Me disculpo por eso. Fue un simple error de locución.

—¿Sí? Bueno, de todos modos, no importa —bebió un sorbo de café, asombrosamente rico. O quizá era ella la que estaba asombrosamente cansada y cualquier cosa caliente le sabía bien. La luz fluorescente de la cocina hacía que todo resaltara, y en ese momento no lo necesitaba. Era lo bastante perceptiva sin la ayuda adicional de esa luz brillante. Se levantó con la taza en la mano—. Me voy al salón. Me voy a beber este café y luego te vas a marchar —no le dio oportunidad de que respondiera.

Había anochecido y cerró las cortinas, luego fue al sofá, se acurrucó en un extremo y observó con cautela cómo Theo ocupaba el mullido sillón que había junto a la puerta.

Era unos centímetros más alto que su hermano, pero parecía comerse la casa pequeña de un modo que Michael nunca había hecho.

—Romperé el compromiso —fue Abby la primera en quebrar el silencio, y en su voz había resignación y pesar. El condenado compromiso había sido una idea tonta desde el principio, aunque había servido admirablemente el propósito de ambos. Miró con gesto desafiante a la figura sentada en el sillón y vio que Theo asentía de modo imperceptible.

—No es el hombre para ti —murmuró.

—No, quizá no lo es —convino Abby amargamente.

No había hombre para ella. Hacía tiempo que les había cerrado el corazón. Sólo Theo había sido capaz de atravesar sus barreras y hacerla reaccionar, pero ésa había sido la reacción de una mujer joven y sana que anhelaba un contacto físico, algo que no había sido consciente de echar de menos—. Tal vez nadie lo es. Para mí, quiero decir. Fue estúpido pensar… —maldijo para sus adentros. Sintió que los ojos se le humedecían, más allá del punto en que podía controlar las lágrimas con un rápido parpadeo.

A través de la resplandeciente bruma de las lágrimas no deseadas, notó que Theo reducía la distancia que los separaba para ir a sentarse en el sofá junto a ella, alargando la mano para entregarle algo… un pañuelo. Abby lo aceptó agradecida y se secó los ojos, musitando una disculpa avergonzada, sin atreverse a

mirarlo por miedo a ver rechazo ante esa exhibición de emoción. Quizá imaginara que se la estaba inventando.

—Deja de disculparte —murmuró él. Pasó el dedo pulgar por una lágrima rebelde sobre su mejilla.

Abby tembló, irremediablemente atraída por él y furiosamente consciente de que no debería ser así.

—Deberías irte —susurró, bajando la vista—. Ya tienes lo que has venido a oír y también mi palabra. Acerca del compromiso.

—¿Qué te hizo?

—¿Michael? No me hizo nada... —unos ojos desconcertados lo miraron y al instante supo a qué se refería.

—¿Sabe que tiene un hijo?

—Es hora de que te vayas.

—Deberías desprenderte de ello. Aferrarse al pasado es un juego peligroso. Puede ser un maestro cruel.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le soltó Abby—. ¡Naciste con privilegios! Oh, no me digas... desde temprana edad aprendiste las penalidades de saber que podías chasquear los dedos y conseguir todo lo que querías. Pobre Theo. ¡Superar semejante desgracia!

—Algunos podrían decir que tener trazado tu destino desde el día de tu nacimiento es un viaje duro —indicó Theo con calma, permitiéndose el ridículo lujo de confiar en otra persona. ¿De dónde había salido eso? Desnudar su alma jamás había ocupado un lugar primordial en su lista de prioridades. De hecho, jamás había figurado—. Michael tal vez dispusiera de la libertad de hacer lo que le apeteciera, pero como heredero de un imperio, yo no tuve elección —continuó con brevedad— Lo que no quiere decir que dedicara mi vida a gimotear por ello.

—Yo no gimo por mi pasado —murmuró ella—. He aprendido de él.

—¿Qué te hizo? —repitió con curiosidad—. ¿Aún lo ves? Tienes que verlo cuando viene a recoger a su hijo

—El... jamás ve a su hijo —soltó. Observó la expresión de Theo endurecerse hasta la incredulidad, y la amargura que creía controlada invadió su sistema—. Bueno, tienes que comprender que cuando un hombre casado descubre de repente que su amante está embarazada, no es algo que suene a música en sus oídos...

—¿Te involucraste con un hombre casado? —no supo por qué se

sintió tan decepcionado.

—No me digas que te sorprendería si así fuera —comentó con sarcasmo, leyéndole la mente. Luego suspiró y apoyó el mentón en las rodillas—. Cuando me relacioné con él, no sabía que estaba casado. Yo tenía diecinueve años y él era un hombre fabulosamente sexy diez años mayor que yo. Las cosas fueron hermosas durante un año y medio, hasta que cometí el error de quedar embarazada.

—En cuyo momento, tu caballero de reluciente armadura reveló sus pies de barro —concluyó Theo.

—Me dijo que estaba casado, que lo que habíamos tenido no había sido más que algo divertido, algo que hacer en Londres durante la semana, porque los fines de semana siempre regresaba a Home Counties para estar con su mujer y su hija de dos años. De hecho, ¡yo ni siquiera había sido la única! Aunque fue lo bastante amable para decirme que yo era la única que había durado tanto. Ya. Querías saber y ya sabes —se puso de pie y se alejó de él—. Y ahora, vete. ¡Antes de que me digas que merecía lo que recibí!

Theo se levanta de un salto, pero ella ya corría hacia la puerta.

Lo oyó antes de tener tiempo de llegar más allá del salón. El agudo grito de dolor de Abby seguido de un gemido ahogado…

Capítulo 7

ABBY sintió como si alguien hubiera decidido darle un martillazo en el tobillo. ¿Cómo había sucedido? Un minuto corría hacia la puerta de entrada como perseguida por todos los perros del infierno y al siguiente la había abierto, dado un paso y ¡bang! Cayó, fallando el pequeño escalón que llevaba al sendero de entrada. El mismo por el que a diario le advertía a Jamie que sorteara con cuidado.

—¿Qué ha pasado? —él se arrodilló a su lado.

Abby le dedicó una mirada amargada.

—¿Tú qué crees? —exclamó—. Tropecé. Pero estoy bien —realizó un esfuerzo valeroso por incorporarse, pero de inmediato volvió a caer.

—No seas tonta —sin esperar una respuesta, la alzó en brazos y la llevó de vuelta a la casa, cerrando con el pie. Fue al salón, donde la depositó con gentileza en el sillón—. Bueno. Echemos un vistazo.

Abby no tenía que mirar para saber que el tobillo comenzaba a hinchársele. Clavó la vista al frente para luchar contra el impulso de quejarse como una niña del dolor. Sólo arriesgó a bajar los ojos cuando sus dedos gentiles le inspeccionaron el pie.

—No me gusta —la miró brevemente.

Desde luego, era un cambio tenerlo literalmente a sus pies, pero sentía demasiado dolor como para apreciar su propio humor. Tenía las manos cerradas y las uñas clavadas en las palmas.

—Gracias por esa opinión —comentó a través de dientes apretados—, pero, lo creas o no, yo ya había llegado a la misma conclusión.

—Te daré unos analgésicos, luego voy a tener que llevarte a Urgencias.

—¿Has olvidado la pequeña cuestión del niño de cinco años que duerme arriba?

—¿Hay alguien que pueda quedarse con él? ¿Quizá un vecino? ¿Quién lo cuidó cuando fuiste a Grecia para jugar a ser la pareja amorosa de mi hermano? Abby soslayó el tono burlón. —No conozco a ninguno de mis vecinos. Al menos no lo bastante bien

como para pedirle a alguno que venga a pasar una noche para cuidar de Jamie, y Re—becca vive en el centro de Brighton. Ella se quedó aquí una semana para hacerme el favor, pero no está cerca —hizo una mueca—. Necesito unos analgésicos. Están en la encimera de la cocina.

Theo se puso de pie ceñudo, y cuando regresó un par de minutos más tarde con un vaso de agua y dos grageas, había desarrollado la única solución.

—En ese caso, tendremos que despertar a tu hijo y llevarlo con nosotros.

—Mi pie puede esperar —el martilleo se había mitigado a unos pinchazos desagradables. Con un poco de suerte, los analgésicos erradicarían lo peor, permitiéndole descansar un poco y poder ir a Urgencias a la mañana siguiente. Comenzó a decírselo, pero él se puso a mover la cabeza antes de que hubiera acabado.

—Este pie tiene que ser examinado ahora, esta noche. Si no puedes o no quieres ir a ver a un médico, entonces un médico tendrá que venir a verte a ti.

—Es improbable que un médico salga para hacer una visita un domingo por la noche. Los analgésicos me ayudarán a pasar la noche...

—Los analgésicos están diseñados para el dolor de cabeza, Abby, no un posible tobillo roto.

—¡No está roto! —chilló. No podía permitirse el lujo de la inmovilidad, no con un hijo activo de cinco años al que había que llevar al colegio, alimentar, bañar y divertir.

—¿Cuál es el número de tu ambulatorio?

Abby se lo dio. Se lo sabía de memoria, aunque nunca lo había necesitado para una urgencia. Estaba demasiado ocupada con la creciente lista de motivos por los que no podía tener un tobillo roto como para darse cuenta de que Theo abría su móvil y marcaba el número. Desde luego, el ambulatorio estaba cerrado, pero ofrecía un número de emergencia en un mensaje grabado. El médico del otro lado de la línea no tuvo ninguna posibilidad de negarse a hacer una visita en cuanto Theo se puso en acción. Había urgencia en su voz, pero también la suposición muda de que el doctor Hawford no titubearía en abandonar la cama un domingo por la noche para presentarse a inspeccionar el tobillo ya hinchado.

—¿Los analgésicos han empezado a surtir efecto? —preguntó al cerrar el móvil y acercar una banqueta baja para sentarse junto a ella.

—Gracias por llamar al doctor —dijo Abby—. Estoy segura de que querrás ponerte en marcha ya. Es tarde y Londres no se encuentra a la vuelta de la esquina.

—Muy cierto —miró el reloj de pulsera—. Son más de las diez. No tiene sentido regresar a Londres. Tendré que quedarme aquí.

—¡Aquí! —chilló, horrorizada—. ¡No puedes quedarte aquí! ¿Te has olvidado de Jamie? Además, la casa es demasiado pequeña. Sólo hay dos dormitorios y los dos se usan. Si pisas el acelerador, no tardarás tanto en volver a Londres.

—¿Defiendes que supere el límite de velocidad por complacerte a ti?

—¡Te digo que no te vas a quedar aquí! —brevemente olvidó el dolor horrendo del pie ante el pensamiento más opresivo de tener a Theo bajo el mismo techo una noche.

—No proponía pasar la noche en tu casa —le aclaró—. Proponía quedarme con mi hermano.

—No puedes hacer eso —las palabras salieron de su boca antes de que su cerebro pudiera editarlas—. Quiero decir que no puedes hacer eso sin llamarlo primero. Michael tiene un horario raro. Puedes presentarte en su casa y descubrir que no está, y quizá tengas que esperarlo durante horas.

—¿Un domingo? —preguntó, levemente desconcertado por el rechazo inmediato de la idea. La estudió—. Tienes razón. No quiero quedarme esperando durante horas ante un apartamento vacío. Lo llamaré ahora. Además, estoy seguro de que querrá enterarse de tu pequeño accidente.

Antes de poder manifestar su opinión sobre la idea, él abrió el condenado móvil y en esa ocasión no le quedó más remedio que aguzar el oído para tratar de oír cada segmento de la conversación.

Sólo pudo captar un lado, pero no le resultó complicado aventurar una conjetura sobre lo que se decía del otro. O incluso imaginar a Michael en el club, con el teléfono pegado al oído y yendo hacia su despacho para que la voz de su hermano no se mezclara con el ruido y la música.

Hubo una breve explicación de su presencia en casa de Abby,

que logró sortear con éxito aduciendo que había ido allí con la esperanza de encontrarlo a él. Ella casi bufó. Luego le dio un parte breve de lo sucedido con el tobillo sin proporcionarle los detalles que habían conducido a la lesión.

—Pero ahora que estoy aquí —dijo Theo—, parece ridículo que regrese a Londres a esta hora. ¿Tu apartamento tiene sitio para más de una persona?

Frunció el ceño ante la respuesta que había obtenido, aunque Abby sabía que Michael había expresado alegría de que su hermano se quedara con él. ¡ Si había oído su exclamación desde donde se encontraba! Quizá había sido el ínfimo titubeo antes de contestar.

—Oh, a propósito —concluyó Theo—, lamento enterarme de que tu compromiso se ha roto...

—¿Cómo te atreves? —echó chispas ella cuando cortó—. ¿Cómo te atreves? —tenía las mejillas inflamadas. Eso resultó mejor analgésico que las pastillas. ¿Quién tenía tiempo de concentrarse en algo tan insignificante como el dolor cuando el cerebro le hervía de furia?

—Pensé que me saltaría la posibilidad de que tú no cumplieras con tu palabra. Después de todo, dispusiste de semanas para hacerlo, pero, de algún modo, no pudiste conseguirlo. Es gracioso, pero Michael no reaccionó como yo habría esperado... —clavó los ojos en el rostro encendido de ella.

—¿A qué te refieres? —preguntó incómoda.

—Guardó silencio durante unos segundos, pero luego manifestó pesar. No asombro, ni sorpresa, ni la oferta de venir de inmediato a solucionar las cosas, lo que cabría esperar de un hombre al que acaban de lanzarle semejante bomba.

—No tenías derecho a decir nada.

—No me dejaste elección. ¿Imaginas por qué mi hermano aceptó la noticia de forma tan incondicional? —algo no encajaba. Nada encajaba. En teoría, todas sus suposiciones resultaban lógicas; pero en la práctica, era como un rompecabezas al que le faltaran algunas piezas clave.

—Yo... nosotros... le insinué durante las últimas semanas que quizá estar prometidos no fuera lo más adecuado para nosotros.

—¿Por qué no me lo mencionaste?

—¡Porque no es asunto tuyo! —exclamó. Apartó la vista y rezó

para que el doctor hiciera algo útil como aparecer, y por una vez sus plegarias se vieron respondidas, porque oyó el. sonido de un coche deteniéndose ante la casa, seguido del ruido de una puerta al cerrarse y de pisadas por el sendero. Suspiró aliviada cuando sonó el timbre.

A él no le quedó más remedio que suspirar con impaciente frustración antes de desaparecer para dejar pasar al médico.

El doctor Hawford era un hombre de modales suaves de cincuenta y pocos años, amable con sus pacientes y tranquilizadoramente eficaz.

—Echémosle un vistazo, señorita Clinton —se puso en cuclillas junto al pie y lo manipuló con delicadeza, pidiéndole que le dijera cuándo y cuánto le dolía.

Al fondo, Theo acechaba como un depredador temporalmente aislado de su presa. Al menos eso es lo que consideraba Abby.

—Un esguince de grado dos —anunció el médico, incorporándose para ir a sentarse en el sofá con su maletín negro—. Ha hecho un buen trabajo para desgarrarse algunos de sus ligamentos, de ahí la hinchazón y el dolor. La buena noticia es que no se requiere ninguna intervención hospitalaria para un esguince de este tipo. La mala es que va a tener que estar en reposo completo unos días, posiblemente una semana.

—No puedo permitirme estar fuera de combate una semana, doctor.

—¿Se lo ha informado a su pie? —miró—a Theo—. Traiga un poco de hielo, o algo frío si no hay hielo en el congelador. Una bolsa de guisantes congelados es un buen sucedáneo. Es importante que tratemos de reducir la hinchazón. Y ahora, querida... —la miró no sin cierta simpatía—... sé que tiene un hijo pequeño, pero va a ser imposible que durante unos días pueda llevar a cabo sus tareas habituales. Y como intente apoyar demasiado pronto ese pie, podría provocarse un daño importante que la dejará inmovilizada mucho más tiempo.

—Pero...

—Tiene que estar inmovilizado, Abby. Ahora voy a recetarle unos antiinflamatorios que aliviarán el dolor y la hinchazón —sacó su cuaderno de recetas y comenzó a escribir—. Haga que su joven amigo se los compré a primera hora de la mañana.

—No es mi joven amigo —dijo con los dientes apretados cuando Theo regresaba a la habitación con una bolsa con verduras congeladas en una mano y un trapo limpio de cocina en la otra.

—Y quizá debería ponerse una tobillera —continuó el doctor, mirando a Theo por encima de las gafas para leer—. Cualquier farmacia buena tendrá lo que necesita. Pero, querida… —miró a Abby y se puso de pie—… no se la ponga muy prieta. Quizá se sienta cómoda, pero no es bueno que ese tobillo esté inmovilizado. En cuanto pueda, probablemente mañana, puede empezar a tratar de ejercitarlo. Pero sin excederse.

—Creo que voy a cancelar mi alojamiento con Michael, ¿no crees? —fue lo primero que dijo Theo después de acompañar al doctor a la salida y regresar al salón.

Abby lo miró en silencio consternado.

—Puedo arreglarme —respondió al rato.

Algo tan claramente falso que Theo ni siquiera se molestó en contestar. Sencillamente, fue a su lado y, sin prestar atención a sus protestas, la alzó en brazos.

—Cerraré y apagaré las luces después de meterte en la cama.

—¡No harás nada parecido! ¡Puedo arreglarme perfectamente sola!

—Igual que todos cuando no podemos caminar.

—Escucha… —respiró hondo y se decidió por el enfoque maduro —… en cuanto me metas en la cama, podré arreglarme perfectamente sola y llamar a la madre de Peter a primera hora de la mañana para que venga a recoger a Jamie y lo lleve al colegio. Y estoy segura de que a Rebecca no le importará venir en algún momento con algo de comida. Es un viaje algo largo, pero lo entenderá —sintió el torso duro contra ella y se mordió el labio con nerviosismo—. Quiero decir…

—¿Cuál es tu dormitorio?

—El de la derecha. ¿Has oído lo que acabo de decir?

—Cada palabra —abrió la puerta con el hombro y logró encender la luz sin dejarla caer—. Pero voy a ignorarlas porque debes saber tan bien como yo que estás diciendo tonterías —la depositó en la cama doble, luego se irguió para poder observarla—. Has oído lo que ha dicho el doctor. Nada de caminar. Así que explícame cómo piensas preparar a tu hijo por la mañana sin salir

de la cama. A menos que hayas dominado unas habilidades mágicas que nadie más es capaz de ejecutar, entonces no se puede hacer —metió las manos en los bolsillos a la espera de que intentara refutar su declaración—. Lo cual no me deja otra opción que quedarme aquí. En especial ahora que Michael y tú no sois pareja. Quiero decir... —volvió a sonar el móvil. En esa ocasión, la conversación con su hermano fue breve, una simple transmisión de información que no duró más de dos minutos—. Ninguna oferta para venir corriendo a tratar de arreglar las cosas. ¿Decepcionada?

—Por supuesto que Michael no puede venir aquí a cuidarme —murmuró con tono agrio—. Tiene un horario de trabajo cambiado.

—Oh, pero pensé que podría considerar el bienestar de su amada más importante que supervisar la cocina de un restaurante. Después de todo, supervisar cómo pican cebollas y la preparación de repostería no puede ser más importante que venir a visitarte, y menos cuando se ha encontrado súbitamente abandonado sin previo aviso.

—Eso fue culpa tuya. No tenías derecho a decirle que había roto el compromiso. Se lo habría dicho yo en persona.

Theo no se molestó en contestar. Fue hacia la cómoda y abrió el primer cajón. Abby soltó un grito estrangulado de horror.

—Necesitas cambiarte —explicó él sin darse la 'vuelta—. Y voy a tener que ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Ayudarme? ¿Cambiarme? —se incorporó en la cama y su tobillo protestó con furia por el movimiento repentino.

—¿Duermes con esto? —giró y de un dedo colgaba una camiseta grande—. He mirado, pero no logro dar con nada más que pueda pasar por un pijama, a menos que tengas guardado en otra parte los saltos de cama y los tangas.

—¡Puedo ponérmela yo misma! —él no dejó de hacer oscilar la camiseta de su dedo.

—Necesito ayudarte con ese chándal que tienes puesto.

—No soy una inválida.

—Ya has oído al médico. Nada de presión sobre el tobillo o te arriesgas a sufrir las consecuencias. Y ahora, ¿por qué no empiezas a comportarte como una buena niña y me dejas ayudarte?

Se dirigió hacia ella y Abby soltó un profundo suspiro de resignación. Estar desvalida ya era bastante malo, pero hallarse a

merced de ese hombre resultaba casi insoportable. Y encima estaba de un humor magnífico. Podía entender la causa. Había logrado aquello por lo que había ido hasta allí. No contento con ordenarle que dejara a su hermano, había tomado el tema entre sus manos y lo había hecho por ella. Dudaba de que se hubiera detenido a considerar las consecuencias de sus actos. Sencillamente, había hecho lo que mejor sabía, sortear todos los obstáculos y llegar a su destino por el camino más corto posible. Los sentimientos eran tecnicismos menores para los que carecía de tiempo.

En todo caso, tan pronto como pudiera iba a tener que telefonear a Michael para explicarle lo sucedido.

Mientras tanto...

Apretó los dientes y cerró los ojos cuando Theo, con delicadeza, le quitó los pantalones. Luego la acomodó debajo del edredón y con cuidado depositó la camiseta a su lado.

—Te estoy haciendo un favor —musitó; Abby abrió los ojos y lo miró con profundo escepticismo—. La idea de todo ese dinero debió de ser tentadora, en especial con todos los gastos asociados a la educación de un niño, pero, ¿de verdad puedes decir que hubieras sido feliz viviendo con alguien por quien no sientes nada?

—Siento mucho por Michael.

Extrañamente, no era eso lo que Theo quería oír. Apretó los labios al sentarse en la cama junto a ella.

—En el pasado te hirieron. Quizá tengas sentimientos por Michael, pero quizá sean la clase de sentimientos equivocados —la miró pensativo—. Puede que me haya equivocado contigo —musitó despacio—. Di por hecho que no eras más que una cazafortunas, dispuesta a poner tus manos en el dinero de mi hermano, sin importar lo que hiciera falta. Pero, analizándolo ahora, nunca encajaste con la imagen. No es que haya un patrón fijo para una cazafortunas. ¡Vienen en todas las formas y tamaños!.

Abby sintió que empezaba a sentir calor bajo su escrutinio. Sin embargo, algo dentro de ella experimentó placer ante la idea de que ya no la considerara de lo más bajo. Se dijo que no podía importarle menos lo que pensara de ella, pero eso no frenó la pequeña burbuja de placer, aunque mantuvo el rostro impasible.

—¿Debería sentirme satisfecha de que hayas cambiado de parecer? ¿Después de que tomaras el asunto en tus manos y le

hicieras ver a Michael que discutía mis asuntos personales primero contigo antes que con él?

—Es lamentable, lo admito.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir al respecto? —fomentó un poco de ira sana porque él comenzaba a inclinarse sobre ella, con las manos apoyadas a los lados de su cuerpo tendido, que temblaba con vergonzosa percepción—. Eres el más desagradable...

—Lo sé. Creo que ya me has dicho eso. Pero aun así, te hago sentir cosas que mi hermano nunca te ha hecho vivir ni nunca podrá. Reconócelo. No sé si habrías seguido adelante con una boda si yo no hubiera aparecido, pero aparecí y creo que los dos sabemos que te he hecho un favor.

—¿Cómo puedes estar ahí sentado justificando con tanta calma tu conducta?

—Todo es en nombre de la verdad —respondió—. Y soy lo suficientemente honesto como para reconocer cuando he cometido un error. Por supuesto, tú ibas a casarte con Michael por los motivos erróneos, pero la intención no era tan evidente como en un principio pensé. Eres una madre soltera con una profunda desconfianza hacia el sexo opuesto. Michael representaba al protector y el refugio seguros. Ninguna emoción poderosa, pero tampoco nada de química. Habríais sido una pareja destinada al fracaso.

Abby observaba el rostro oscuro y diabólicamente sexy con renuente fascinación.

—No necesito emociones poderosas —se oyó decir—. Las tuve y no me aportaron nada bueno.

—El hombre equivocado —murmuró Theo. A la luz tenue, la irregular subida y bajada de los pechos de ella resultaba hipnotizadora. La visión que había estado acosándolo semanas surgió en su mente con perturbadora claridad, el recuerdo de esos pechos, la sensación de tenerlos bajo las manos, el sabor en su boca. Debía salir de esa habitación o terminaría por comportarse como un triste y necio bruto, feliz de aprovecharse de una mujer que literalmente no podía huir de él. Se echó para atrás y se levantó, girando con rapidez para ocultar el bulto sobresaliente de su erección—. Necesitaré una sábana —anunció con brusquedad, sólo girando la cara para mirarla hasta no estar seguro de haber

recuperado el control de su cuerpo—. Puedo dormir en el sofá del salón. Si dejas la puerta del dormitorio abierta, podré oírte en caso de que necesites algo.

—No hay necesidad...

—Existe toda la necesidad —cortó con voz dura—. Es culpa mía que te cayeras y es responsabilidad mía cerciorarme de que no te causas más daño.

—¿Por qué es culpa tuya? —tuvo visiones de él subiendo a hurtadillas las escaleras por la noche para comprobar su estado, viéndola en toda su dormida vulnerabilidad...

—Si no hubieras estado huyendo de mí, jamás habrías tropezado con ese escalón. Si te hubieras hecho más daño, cargaría con ese peso toda mi vida.

Facilitaba las cosas pensar que sus motivos eran egoístas. Pudo respirar con alivio, porque encajaba en la categoría en la que desesperadamente quería meterlo.

—Y no podemos permitir eso, ¿verdad? —indicó con frío sarcasmo—. Hay sábanas en la cómoda del rellano, y también un par de almohadas extra. Siempre las tengo preparadas por si se queda a dormir un amigo de Jamie.

—De acuerdo. ¿Y su colegio está...?

—Puedo hacer que vaya acompañado de una dle las otras madres.

—Lo llevaré yo.

La expresión en sus ojos no la animó a pensar que el tema estaba abierto a debate; brevemente le dio las indicaciones pertinentes. En todo momento, había estado pensando en sí misma, en la pesadilla de tenerlo allí, incluso por una noche, y lo que eso le hacía a su frágil equilibrio. No había dedicado pensamiento alguno al hecho de que él era un hombre de negocios importante y que ese incidente imprevisto debía ser lo último que hubiera querido o deseado, pero se había quedado porque ella estaba físicamente incapacitada para hacer las cosas que con tanta vehemencia le había dicho que podía hacer.

—Gracias —dijo con sencillez—. Sé que esta noche te quedas porque te sientes obligado a ello, pero, de todos modos, me siento... muy agradecida.

—No hay necesidad de que te comportes como si te tuvieran que

arrancar las palabras —le dedicó una sonrisa traviesa—. ¿No sabías que no hay nada que le guste más a un hombre que estar con una mujer que siente la necesidad de proteger?

Ella le sonrió débilmente.

—Lo recordaré cuando te grite a las dos de la mañana exigiéndote otra dosis de analgésicos —y sabía que él no pondría ninguna objeción.

Esperó hasta que se marchó, luego alargó la mano hacia el teléfono que había junto a la cama y marcó el número del móvil de Michael. Éste se mostró en su forma más perversa al reconocer la voz.

—Pensó que te tomaste nuestro compromiso roto muy bien —indicó Abby, cortándolo en mitad de una especulación acerca de que su hermano pasara la noche allí—. Así que, para que lo sepas, le dije que habíamos hablado sobre la posibilidad de que nuestro matrimonio podía no ser la ruta ideal a seguir.

—Estaré adecuadamente apenado.

—Michael... siempre podrías decir la verdad.

—Prefiero el papel de ex novio destrozado, gracias —rió pero cambió de tema, preguntándole por el pie y por los detalles de cómo había sucedido. Luego, sin una prisa especial por lo tarde que era, le ofreció una extensa descripción del grupo de jazz que esa noche había tocado en su club—. Puedo presentarme durante los próximos días y asegurarme de que tanto Jamie como tú tengáis lo suficiente para comer —añadió al final—. Pasaré de todos modos —afirmó sin esperar una respuesta—. ¿Quién va a estar a mano durante tu convalecencia? ¿Podrás contar con la ayuda de Rebecca?

«Ni soñarlo», pensó Abby. La deuda que mantenía con una persona era lo bastante mala como para extenderla a otra. Sin importar lo que hubiera dicho el médico, estaba segura de que podría ir a la cocina a saltos, y mientras Jamie quedara satisfecho con la tele y algún juego de tablero, ella estaría bien. No le cabía ninguna duda. Pero sabía que si lo mencionaba, Michael se encargaría de que alguien se presentara para asumir la responsabilidad de ocuparse de la casa durante unos días. «Eso», pensó con sequedad, «es lo que le ha dado su entorno privilegiado». Siempre estaba convencido de que lo podía conseguir todo. Al conocerlo, había supuesto que el rasgo surgía de su disposición a

correr un riesgo, algo que sí había hecho, pero en ese momento sabía que siempre había sido consciente del hecho de que si caía, lo habría hecho sobre un cojín mullido, no el suelo de cemento.

De inmediato le aseguró que tenía todo a mano y le afirmó que su hermano se marcharía a primera hora de la mañana.

Lo cual no pareció ser el caso cuando abrió los ojos al sol que entraba débilmente a través de las cortinas y a una llamada delicada a la puerta, entreabierta.

Theo Toyas no parecía un hombre adecuadamente vestido para regresar a su trabajo en Londres. Abby se incorporó un poco más y miró el reloj. ¡Las diez y media! Gritó.

—Estabas muerta para el mundo —fue hacia ella con dos pequeñas grageas en una mano y un vaso de agua en la otra—. Así que no te desperté y me cercioré de que Jamie fuera silencioso como un ratón. Le gustó el juego.

—¡No debiste dejarme dormir tanto! —apartó el edredón, pero el simple acto de tratar de sacar las piernas de la cama hizo que gritara de dolor.

—No. ¡Debería haberte sacudido hasta que te despertaras y luego insistido en que bajaras! —le dio las pastillas y mientras se las tragaba, la puso al corriente de lo sucedido. Se había levantado a las seis, se había ocupado de Jamie, lo había llevado al colegio y de regreso había parado para comprarse algo de ropa y comida. Y, desde luego, los medicamentos recetados—. Y ahora... —se sentó en la cama—... te ayudaré a ir al cuarto de baño. Luego el desayuno. Te bajaré en brazos. ¿O prefieres que te lo suba en una bandeja?

Abby estaba consternada. No parecía un hombre a punto de marcharse de su casa. Sino un hombre que se había tomado demasiado en serio las responsabilidades asumidas. ¿Y por qué tenía que estar tan atractivo? Sintió que los pechos sueltos le rozaban la camiseta y que los pezones se le ponían duros; lo miró ceñuda.

—Lamento haberte estropeado la noche, pero no pienso estropearte el día. ¿No tienes que regresar a Londres? Michael dijo que apenas disponías de unos minutos libres cuando venías aquí.

—De hecho, estoy más bien ocupado en este momento, pero eso es lo bueno de la vida moderna que llevamos. Por suerte, siempre meto el portátil en el coche cuando salgo de Londres, de modo que

puedo estar al corriente de lo que sucede desde aquí. He tenido que cancelar algunas reuniones, pero dispongo de gente que puede ocuparse de las cosas siempre que no puedo finalizar algo —le dedicó una sonrisa irónica—. Les pago bastante. De vez en cuando, tienen que justificar sus elevados ingresos.

—Pero...

—Te prepararé un baño.

La dejó debatiéndose en lo que parecían unas súbitas arenas movedizas de mercurio y regresó antes de que pudiera resignarse a lo inevitable.

—Sólo por este día, entonces —dijo mientras la alzaba con suavidad de la cama y la llevaba al cuarto de baño, girándola en la puerta para protegerle el pie.

—Si tú lo dices —murmuró Theo de buen humor. Podía sentirla cálida y vulnerable en los brazos, podía oír las maquinaciones de su cerebro mientras aceptaba la presencia de él y era consciente de los latidos rápidos de su corazón.

Volvía a sentirse como un joven de dieciocho años, presa de emociones desbordadas...

Capítulo 8

LA MUJER era un cúmulo de contradicciones. Clavó la vista en la pantalla del ordenador portátil que había colocado en la mesa de la cocina. Sin embargo, su mente no se hallaba centrada en los correos electrónicos que parpadeaban ante él.

Con un gruñido impaciente, se puso de pie y se preparó una taza de café mientras se preguntaba qué estaría haciendo ella en el salón. Para alguien que había estado preparada para venderse en un matrimonio sin amor en un intento por conseguir estabilidad financiera, se había mostrado muy puritana cuando llegó el momento de ayudarla con el baño. De hecho, lo había echado y se lo había dado ella sola, aunque tuviera que tardar cinco veces más de lo necesario, algo que él le señaló varias veces a través de la puerta cerrada. Sólo había aceptado solicitar su ayuda cuando tuvo que bajar las escaleras para ir al salón, e incluso entonces, se negó a que la cargara.

Esa noche Michael iba a ir a visitarla, sacando tiempo de su apretada agenda para ver a la mujer que lo había dejado. No tenía sentido. A Theo nunca lo había dejado una mujer, pero estaba seguro de que si así hubiera sido, lo último que querría hacer sería verla, y menos mantener una visita social y civilizada con una taza de té de por medio. Todo era desconcertante y él odiaba los misterios. Miró el ordenador y, con una decisión súbita, vertió el café en el fregadero, recogió el portátil y se fue al salón.

Abby se hallaba en el sofá, con las piernas estiradas, la lesionada apoyada sobre un cojín. El tobillo estaba inmovilizado por una venda elástica.

Alzó el rostro del libro que leía.

—¿Sí? —enarcó las cejas con la pregunta—. ¿Quieres algo?

—¿No estás aburrida de leer? ¿Quieres que te dé el mando a distancia del televisor? —dejó el portátil sobre la mesilla junto al sofá y comenzó a caminar inquieto por el salón.

—Me gustaría que dejaras de merodear, Theo. Me agota.

Él se detuvo y se volvió para mirarla.

—¿Cómo puedes sentirte agotada por alguien?

—Sé que te sientes encerrado aquí y ya te he dicho que dispones de libertad para marcharte. Me arreglo muy bien sola. De hecho, la hinchazón prácticamente ha desaparecido y puedo funcionar. No muy rápidamente, pero no tengo prisa en este momento en particular.

—Me voy a quedar hasta que tu pie haya sanado por completo.

—¿Por completo? —preguntó, boquiabierta por el asombro—. Creía que te marchabas esta noche.

—¿No sería conveniente antes de que llegara mi hermano?

—¿Por qué iba a querer que te fueras antes de que viniera Michael?

—¿Quizá porque temes que le pueda hacer una o dos preguntas afiladas...? —sabía que buscaba una discusión y conocía la causa. ¡Estaba celoso de su hermano! Ya no había compromiso alguno, pero lo irritaba que aún hubiera un trato cálido entre ellos. Quizá la amistad sin sexo había sido la base perfecta para una relación permanente. El sexo, después de todo, era transitorio—. Sea como fuere, eso es irrelevante. Aún no has respondido mi pregunta. ¿Estás aburrida?

—No, claro que no estoy aburrida —miró más allá de la figura imponente y vio que la fina llovizna que caía detrás de la ventana amenazaba con convertirse en un chaparrón—. Es un día perfecto para estar en casa con un pie fastidiado —comentó con melancolía —. Quizá si brillara el sol, tendría ganas de estar al aire libre, haciendo algo útil en el jardín; pero con este tiempo, es maravilloso estar bajo techo.

Era la frase más larga que le había dicho en toda la mañana. Theo abandonó todo pensamiento de trabajo. Se retiró de la ventana y se sentó en el sillón frente a ella con las piernas estiradas.

—Bajo techo sin hacer nada.

—Estoy leyendo —alzó el libro para que viera el título de la novela de misterio—. No dispongo de tiempo suficiente para hacerlo. Llevo casi seis meses con este libro y apenas voy por la mitad. Por si no lo has notado, el tiempo va a un ritmo frenético cuando hay niños de por medio.

—Sí, de hecho, lo he notado —respondió.

—Jamie no ha sido mucho problema, ¿verdad?

—Se comportó muy bien. De hecho, creo que disfrutó

teniéndome cerca.

—Disfrutó teniendo cerca un hombre —lo corrigió con celeridad —. Está llegando a una edad en la que le interesan los coches y el fútbol y envidia a sus amigui—tos, que tienen padres que comparten esos intereses con ellos.

—A Michael jamás le han interesado los coches ni el fútbol —sintió el impulso de señalar—. Puede que hubiera sido una presencia masculina y un proveedor de seguridad financiera, pero ahí se habría acabado todo.

—No es eso por lo que...

—¿No? Entonces, dime por qué... —cortó su exabrupto con rapidez.

—Tienes razón. A Michael no le gustan esas cosas. Bueno, al menos no el fútbol. Conduce un Porsche muy bonito, que Jamie insiste en querer montar cada vez que viene a casa. En todo caso, y a lo que ibas, no estoy aburrida. Me gusta el sonido de la lluvia en el exterior y encuentro muy relajante no hacer nada. Deberías intentarlo algún día —obtuvo como recompensa una sonrisa tan deslumbrante y divertida que contuvo el aliento.

—Creo que es lo que estoy haciendo ahora —comentó. Cuando giraba el cuello de esa manera, parecía tan delicada y vulnerable. El deseo de ir junto a ella, arrodillarse al lado del sofá y apartarle los mechones sueltos fue tan abrumador que tuvo que cerrar las manos con fuerza.

—Has venido con tu ordenador.

—Pero sólo lo he mirado esta mañana y ya es... casi mediodía... un récord personal...

Abby se torturó buscando algo prosaico que decir para diluir la súbita intimidad de la conversación.

—Bueno, pues será mejor que empieces —bromeó con ligereza —, o de lo contrario corres el peligro de descubrir que te gusta estar sin hacer nada.

—Oh, pero tampoco he estado del todo ocioso, ¿verdad? —la miró con los ojos oscuros entrecerrados—. Te he estado atendiendo...

—¡Jamás te lo pedí!

—Puedes ser extremadamente predecible en tus reacciones...

—Lo cual es bueno —le soltó—. Me gusta ese rasgo en una

persona —no podía esquivar esa conversación ni podía alejarse físicamente. Maldijo su inmovilidad.

—¿Sí? —suspiró—. Bueno, a pesar de lo que me gustaría continuar aquí sentado, charlando toda la mañana, no puedo evitar el trabajo de forma indefinida.

—¡No!

—Lo que me recuerda el motivo por el que vine a interrumpirte en primer lugar, perturbando tu apacible y solitario descanso...

—¿Sí...? —lo miró con cautela.

—Como no he podido ir a mi despacho hoy...

—Lo que técnicamente no ha sido por mi culpa...

—Y con toda probabilidad tampoco iré mañana...

Abby se tomó unos segundos para asimilar la inevitabilidad de esa declaración y sólo captó el resto de lo que decía una vez completada la frase y cuando él esperaba una reacción de ella.

—¿Quieres que trabaje para ti!

—Sólo mientras esté aquí. Tengo algunas cosas que dictar y mi mecanografía tiende a funcionar únicamente con dos dedos y mucho tiempo perdido —recogió el ordenador y fue hasta donde se hallaba ella—. Creo que la mesa de la cocina puede volverse incómoda pasado un rato. Toma. Puedes apoyarlo sobre tu regazo y en cuanto empieces a sentirlo un poco molesto, me lo dices.

Abby apretó los dientes cuando al dejarle el ordenador, le rozó los pantalones con los dedos.

—Sabes usar estas cosas, ¿verdad? —añadió él.

—¡Claro que sí! Pero no estoy segura de satisfacer tu nivel de exigencia.

—No sabes cuál es mi nivel de exigencia —señaló Theo, situándose detrás de ella al tiempo que se inclinaba para poder manipular el teclado desde atrás—. ¿Está bien? Dime si la presión sobre tu pie es excesiva —debía haberse lavado el pelo. Olía a menta y a eucalipto. Fresco y limpio. Como todas las rubias verdaderas, hasta las raíces de su pelo eran claras. Escuchó que ella le preguntaba algo acerca de los ficheros a los que debía acceder.

Theo musitó algo y movió el cursor a la carpeta en cuestión. Tuvo una imagen poderosa de esos dedos largos y finos acariciándolo y sintió que se ponía duro en reacción inmediata a la imagen mental.

—¿Lo echarás de menos? —murmuró.

Abby inclinó la cabeza con un ligero sobresalto ante la pregunta irrelevante. Sintió que el corazón le daba un vuelco, para luego latir con demasiada fuerza.

—¿Echar de menos a quién?

—A mi hermano. Sin compromiso, no hay Michael. ¿Lo echarás de menos? —le gustaba estar inclinado sobre ella de esa manera, aspirando su fragancia mientras esperaba una respuesta. Podía sentir su tensión. Se notaba en la quietud de su cuerpo. Ya no movía los dedos.

—Michael y yo siempre nos veremos —carraspeó y se afanó en fingir que el hombre grande que tenía detrás no le electrizaba todo el cuerpo. ¿Por qué se hallaba tan cerca, respirando sobre ella? Era todo un logro que hubiera podido hablar, ya que sus cuerdas vocales parecían estar sometidas a un extraño proceso de sequedad —. So... mos amigos —tartamudeó—, y uno no deja a los amigos en una cuneta cuando ya no se adaptan a ti.

Theo se retiró, pero en vez de alejarse, se situó en cuclillas junto a ella.

—Pero no se trata sólo de una amistad, ¿verdad? Era algo más... aunque nunca se consumara la relación

—Quizá deberíamos dejar esta conversación y continuar con el trabajo —musitó, enrojeciendo—. No soy una experta. Sé algo sobre ordenadores... —esos ojos fabulosos que la miraban hacían que se sintiera incómoda. Casi se retorció—. Además, no sé cuánto tiempo puedo permanecer aquí sin moverme. Empiezo a sentir el pie un poco rígido...

—¿Sí? —de inmediato mostró su preocupación—. Quizá una bolsa con hielo te ayude —se puso de pie y fue a la cocina. Tres minutos más tarde, regresaba con una bolsa de plástico fuerte llena de hielo y con gentileza procedió a apoyarla sobre su pie—. Te ayudará —manifestó para justificar lo fría que estaba—. Te pintas las uñas de los pies.

—Muchas mujeres lo hacen.

—Y también algunos hombres —alzó la cabeza y le dedicó una sonrisa perversa—. Me refiero a pintar las uñas de sus mujeres. ¿Te lo ha hecho un hombre alguna vez?

—¡No, claro que no! —se hallaba completamente a su merced

mientras movía la bolsa de hielo alrededor del tobillo.

—Suenas horrorizada. ¿Por qué? Es algo muy sensual.

—Siento el pie mucho mejor, gracias —graznó.

—Parece mucho mejor —retiró la bolsa con hielo y la estudió—. Bien, vuelvo en un minuto. ¡No te vayas! —se puso de pie y desapareció con el hielo, regresando un momento más tarde con un bote—. Crema —lo alzó—. Noté que tenías algunos botes en el cuarto de baño. La inmovilidad es muy mala para la circulación —continuó, abriendo el tapón—. ¿Lo sabías?

—Si estás semanas en cama —aportó ella con desesperación—. ¡Pero llevo en cama menos de un día! No creo que mi circulación se vea afectada. ¿Qué haces?

Sabía perfectamente lo que iba a hacer, pero, aun así, su cuerpo reaccionó con conmoción encendida cuando deslizó los dedos por su pie bueno y comenzó a pasarle la crema de forma minuciosa, al tiempo que comentaba los milagros de un buen masaje para eliminar las molestias, los dolores, el estrés y, desde luego, el inexistente problema de circulación que afirmaba que sufría.

—Relájate —le dijo—. Puedo sentir tu tensión.

—¿Qué esperas?

Pero sus manos eran espantosamente relajantes y poco a poco sintió que empezaba a disfrutar el movimiento de sus dedos entre el pie, por los lados, contra el talón. Se reclinó en el sofá y entrecerró los ojos. Lo imaginó pintando las uñas de los dedos de los pies a una mujer, alguna voluptuosa diosa griega. Sintió que se ablandaba por dentro y de pronto abrió los ojos y vio la cabeza oscura aún concentrada en lo que hacía. Y haciéndolo muy bien.

—Ha sido muy agradable —comentó.

—¿Agradable? Jamás me gustó esa palabra.

—Ya estoy preparada para un trabajo duro —soslayó su intento de prolongar una conversación que ella no se sentía capaz de encarar.

Se esforzó por adoptar una postura semierguida y Theo le acercó la mesa de centro para que pudiera apoyarse en ella. Desde luego, tuvo que permitirle que le acomodara el pie sobre la superficie. Más contacto. «Un contacto inocente», se recordó.

—¿Sabes en qué programa tienes que entrar?

Cuando ella asintió, él continuó ofreciéndole instrucciones

concisas sobre lo que tenía que hacer, al tiempo que mantenía una distancia segura. Abby jamás se había sentido tan agradecida por poder disponer del refugio seguro de una pantalla de ordenador.

Le dictó con una pronunciación pausada y perfecta, sin la necesidad de reflexionar en lo que tenía que decir. Cuando calló, era la una y media y le dijo que debía comer algo.

—Te llevaré fuera —anunció, frenando su objeción con una mano alzada—. Me aseguraré de que sea un pub y aparcaré justo delante para que tengas que caminar poco apoyada en mí.

—No conoces ningún sitio por aquí. De verdad, no es una buena idea...

—¿Por qué no? Soluciona el problema de que tengas que comer lo que te prepare.

—Pero... —la asustaba pasar tanto tiempo en su compañía. No quería conocer ninguna faceta de él que no pudiera encuadrar en categorías y que no le desagradara de inmediato—. Pero necesitas volver a tu propia vida en Londres... De verdad, ¡no me debes esta atención! No soy más que una cazafortunas. ¿Lo has olvidado?

—Saqué conclusiones y las revisé —la miró en silencio unos momentos—. ¿Te asusta estar en mi compañía? —inquirió con suavidad. Abby se apresuró a dar una negativa vehemente—. Bien. Entonces, ¿dónde está el problema?

Lo que significó que veinticinco minutos más tarde se encontraban sentados a la mesa en un rincón de un elegante restaurante francés que él había localizado con su agenda informática. Abby hizo preguntas inofensivas que recibieron respuestas divertidas que la mantuvieron animada durante el trayecto y la magnífica comida. La figura unidimensional que había proyectado sobre Theo al conocerlo, rápidamente se iba convirtiendo en un hombre tridimensional de carne y hueso, agudo, ingenioso, educado y en absoluto parecido al hombre que debería interesarle... o al menos es lo que se decía.

—Y ahora sugiero que recojamos a Jamie a la vuelta —le dijo mientras pagaba la cuenta.

Desconcertada, Abby comprendió que el tiempo había desaparecido.

—¿Y tu trabajo? —preguntó—. Una vez que Jamie llegue a casa, olvida la posibilidad de acabar algo.

—Supongo que entonces tendremos que retomarlo más tarde —se levantó y la ayudó a ponerse de pie—. O tal vez —murmuró después de ayudarla a subir al coche—, incluso mañana.

Ya había incorporado otro día. Y lo peor era que una cierta dosis de placer hormigueó en su interior ante la idea de tenerlo más tiempo en casa. Se preguntó de dónde había salido eso. Incómoda, se dijo que era simple gratitud por la generosidad mostrada al quedarse con ella cuando no había necesidad. Costaba no experimentar un sentimiento cálido por una persona que se había desvivido por ella.

Y entonces no hubo oportunidad de pensar más en ello porque Jamie estuvo en el coche, contando excitado el día que había tenido, sacando dibujos que había hecho como un mago saca conejos de una chistera, al tiempo que los ametrallaba con la inacabable mezcla de preguntas prácticas y ridículas que siempre provocaban una sonrisa en Abby.

Sin embargo, a las siete los ojos de Jamie comenzaron a cerrarse en mitad de una historia que le contaba, y terminó por perderse por completo en un sueño reparador mientras Theo lo subía a su habitación.

—¿Te has divertido? —le preguntó cuando reapareció cinco minutos más tarde y se dejó caer con gesto agotado en el sillón.

La miró con ojos entrecerrados como si no hubiera experimentado una diversión tan sencilla en mucho tiempo.

—He cancelado la visita de Michael —anunció, evitando la pregunta de ella—. Le dije que aún no estabas preparada para visitas.

—¿Que has dicho… qué?

—Me has oído —indicó—. Veré a mi hermano antes de irme y como es evidente que los dos mantenéis una amistad que va más allá de mi simple comprensión, podrás verlo cuando te plazca. No esta noche.

—¿Y no me has consultado?

—Correcto. Dime qué quieres para cenar. Me arreglo con la pasta, pero algo más complejo podría resultar incomestible. Me temo que fue Michael quien heredó todos los genes culinarios.

—¡No puedes… no puedes… cancelar mis citas sin preguntármelo primero!

—Ya lo he hecho —la miró con calma mientras ella se sumía en la resignación.

—Habría sido agradable... Habría pensado que podrías haber querido ver a tu hermano. No mantenéis un contacto estrecho. Michael se habrá sentido terriblemente ofendido... He de llamarlo, explicarle que no fue mi idea...

—No tienes que explicarle nada a Michael —pudo sentir que perdía la ecuanimidad. No sabía qué diablos estaba ocurriendo ahí —. ¿Y por qué te preocupa tanto lo que piense mi hermano? ¿Ejerce alguna influencia sobre ti? ¿Le tienes miedo por algún motivo?

Abby lo miró con auténtico asombro.

—¿Cómo podría tenerle miedo alguna vez a tu hermano? ¡Es la persona más amable que he conocido!

—Entonces, entenderá tu necesidad de reposo —soltó Theo.

Cuando avanzó unos pasos hacia ella, el corazón comenzó a latirle más deprisa. Se humedeció los labios con nerviosismo y fue incapaz de apartar los ojos de su abrumadora masculinidad.

—Además... —añadió con un murmullo ronco, intensamente sexual y desestabilizador—... quizá sea positivo que mi hermano no vaya a estar por aquí esta noche. Puede ser el tipo estupendo que acepta con elegancia la ruptura del compromiso, pero, ¿qué sentirá con la atmósfera que hay entre nosotros?

—¿Qué atmósfera? —una pequeña parte de ella deseó estallar en una carcajada histérica ante la reacción que experimentaría Michael, lo último que esperaría Theo. Pero casi todo su ser trataba de reconciliarse con lo que sucedía ante ella y el martilleo constante de deseo que se incrementaba por segundos.

—Tú sabes qué atmósfera —se hallaba de pie justo ante ella, notando con satisfacción la aceleración del movimiento de su pecho mientras respiraba nerviosa. Alargó la mano y con delicadeza le acarició el antebrazo con un dedo. Casi pudo oírla suspirar, algo que lo excitó más allá de la imaginación más descabellada—. Estaba presente en Grecia —murmuró, sin darle tiempo a recobrarse. Se puso de rodillas y se inclinó para besarle la delicada línea de la clavícula.

Abby tembló y logró musitar un débil:

—No.

—Sí. Me deseas de un modo que nunca podrías desear a mi

hermano. Te lo demostré una vez y ahora quiero más.

—No puedes…

—¿Porque tú no quieres? ¿Porque no me deseas? ¿Por qué no me dices que he estado imaginando todas tus reacciones conmigo? Que Dios me ayude, esto es lo último que esperaba, pero lo inesperado siempre nos sorprende… —con la boca trazó la curva de la mandíbula—. Dime que no quieres esto y te dejaré en paz para siempre. Sin condiciones con mi hermano. Si decides casarte con él, sin importar cuáles sean tus motivos, no interferiré.

—No soy la clase de chica que… se acuesta…

Theo no tardó en señalarle la incongruencia de su declaración.

—Pero eres la clase de chica que se casaría con un hombre que no la atrae físicamente sólo por conseguir seguridad. Se podría pensar que se trata de una moralidad más dudosa.

Abby se separó de él. No tenía respuesta para su afirmación.

—No todo es sexo.

—Te voy a llevar arriba. Éste no es sitio para hacer el amor y no te preocupes, seré muy gentil.

Abby se estaba derritiendo. Con cada paso silencioso escaleras arriba, podía sentir los bramidos salvajes de su cuerpo, deseándolo de un modo que nunca había creído poder volver a desear a un hombre, más de lo que podía recordar haber deseado jamás a Oliven Pero eso se debía a que hacía años que nadie la tocaba.

Abrió la puerta con el hombro, la cerró a su espalda y la depositó en la cama. El silencio de ella era tan revelador como un torrente de palabras. Su cerebro le decía que parara, pero el cuerpo no quería escuchar. Theo encendió la pequeña lámpara que había sobre la cómoda, con la luz suficiente para mostrar las siluetas de sus figuras.

—Tu tiempo para la indignación y las protestas llega a su fin —comentó con voz ronca, deteniéndose al pie de la cama y devorándola hambriento con la vista.

La tela suave de la falda de ella se había subido y revelaba la palidez de sus muslos y sus ojos estaban muy abiertos. La entrepierna le palpitaba de deseo. Despacio, comenzó a desabotonarse la camisa, mirando cómo lo miraba. Se la quitó y la tiró al suelo sin dejar de observarla. Bajó los dedos a la cintura de los pantalones y se detuvo. Más allá de ese punto, no había marcha

atrás, pero, por Dios, era difícil, cuando todos los instintos lo instaban a arrancarle la ropa y a tomarla salvajemente. Olvidar el arte de la seducción y el refinamiento. Sólo quería estar dentro de ella y sentir cómo lo envolvía.

—No pares —susurró Abby. Sus palabras cayeron en el silencio denso con la contundencia de una puerta al cerrarse, y no le importó. No le importaba si el sexo era el único plato del menú, no le importaba si la consideraba una mujer de principios dudosos, no le importaba nada salvo que ese hombre grande la poseyera absoluta y completamente.

Había dicho que sería gentil con ella y sabía que debería serlo, aunque sentía bien el pie, pero la asombró descubrir que no quería que fuera gentil, que lo ' quería encendido y rudo.

Observó mientras continuaba quitándose la ropa y gimió suavemente cuando la última prenda se unió al resto en el suelo. Era magnífico. Hombros anchos, un torso duro y trabajado que se estrechaba hasta llegar a una masculinidad que no le dejó duda alguna de que estaba tan excitado como ella. Cuando se tocó levemente, no pudo contener que un gemido pleno escapara de sus labios. Se sentía más que húmeda. Un simple contacto la haría estallar.

—¿Te gusta lo que ves, Abby? —preguntó con voz ronca y la vio asentir—. Ahora es tu turno —le dedicó una sonrisa lenta y ella se la devolvió con timidez.

—Puede que no te atraiga lo que veas, Theo. No soy una de las mujeres que te gustan de tipo voluptuoso.

—Ya he disfrutado de un vistazo, por si lo has olvidado, y créeme, me gustó lo que vi. No, no te quites nada, eso quiero saborearlo yo.

Consciente de su pie, Theo se situó a horcajadas de ella, luego la ayudó a quitarse la camiseta. Cuando iba a soltarse el sujetador a la espalda, la detuvo.

—Poco a poco —susurró.

¡Dios, le temblaban las manos como a un adolescente en su primer encuentro sexual! El amante consumado se había convertido de pronto en un novato que apenas era capaz de contenerse. Había pensado a menudo en esos pechos, pero al bajarle las tiras del sujetador, se vio asaltado por un poderoso impulso de lujuria. Esos

pezones grandes y sexys con las cumbres enhiestas eran el pináculo de la belleza. Los probaría pronto, disfrutaría del placer de lamerlos y del embriagador estímulo de sentirla encogerse bajo su lengua exploradora. Pero, por el momento, había más que ver, mucho más. Le quitó el sujetador y liberó en su plenitud esos maravillosos pechos, y durante unos momentos se sintió satisfecho sólo de devorarlos con los ojos.

Luego, lenta, cuidadosamente, bajó la falda de cintura elástica. Su cuerpo era esbelto y firme, con una gracia de muchacho que hizo que se preguntara cómo había podido encontrar excitantes esos cuerpos de pechos y curvas generosos. Enganchó los dedos en los costados de las braguitas y muy despacio se las bajó y contuvo el aliento cuando su desnudez quedó finalmente expuesta. Un vello rubio y suave le cubría el sitio que anhelaba y necesitaba probar. Tuvo que recurrir a una fuerza de voluntad férrea para recordar que debía ser gentil. Y lo fue mientras se inclinaba y le besaba la boca entreabierta, lanzando la lengua contra la suya pero tomándose tiempo, descendiendo desde la boca hasta el cuello, y de allí a los pechos, donde se perdió en el deleite de succionarlos. Luego bajó aún más, deslizando la lengua por los planos lisos de su estómago para jugar con el ombligo diminuto, hasta continuar a la humedad dulce entre sus piernas. Apoyó las manos en los costados de sus muslos y, con un gemido apagado, introdujo la lengua curiosa en esa intimidad, buscando y encontrando el pequeño capullo que excitó hasta que ella no pudo contener más los gemidos suaves que lo instaban a continuar mientras le apoyaba la mano en la nuca y sus piernas se abrían para acomodar la boca hambrienta…

Capítulo 9

LLENA de pereza, desde la cama miraba a Theo vestirse. Le encantaba y lo detestaba al mismo tiempo, porque marcaba el final del fin de semana, y eso la acercaba a perderlo.

Todavía le costaba creer que se hallara en la posición en la que se encontraba en ese momento, esclava de un amante que no la amaba, adicta a su personalidad con una compulsión que no era recíproca y aterrada por la inevitable pérdida. Ni una sola vez en las últimas semanas le había susurrado una palabra cariñosa. Ni siquiera dominado por la pasión.

Disfrutaba con ella y así se lo decía, pero, ¿amor...? No. Aunque ya no la viera como una cazafortunas, en el fondo de su mente seguía siendo la mujer que había estado dispuesta a vender los principios propios y personales por el bien de la seguridad financiera y emocional. Había utilizado a su hermano, lo quisiera reconocer o no, y por ello no tenía dudas en utilizarla a ella.

Era la peor de todas las situaciones posibles, pero aun así Abby lo aceptaba, porque no podía evitarlo.

Theo viajaba para verla los viernes, a veces los sábados, y siempre se marchaba los domingos por la noche, después de que Jamie se hubiera ido a la cama. Ya estuviera en Atenas o, con más frecuencia, en Londres, realizaba el viaje.

Pero todo era por sexo. Al menos para Theo. Ni siquiera estaba segura de que a él le gustara eso, por la debilidad que representaba. Había ocasiones en las que haciendo el amor se hallaban ante el abismo, cuando decía que Abby era su pequeña bruja, y ella era tristemente consciente de que no lo manifestaba como un cumplido.

Pero ahí estaba, amándolo más con cada fin de semana que pasaba, a sabiendas de que era una tonta. Puede que no estuviera casado como había sucedido con Oliver, pero era igual de peligroso para su salud.

—Estás muy pensativa —comentó sin volverse, mientras se ponía los pantalones y la camisa—. ¿En qué piensas?

«En nosotros y hacia dónde vamos», quiso responder. «En lo que va a ser de mí cuando te aburras y decidas seguir adelante. ¿Me lo

harás saber o, simplemente, dejarás de aparecer? Después de todo, una mujer carente de ética moral no merece la dignidad de una despedida, ¿verdad?»

—Oh, en nada. Supongo que en el trabajo de mañana. Odio los lunes.

—Siempre podrías dejarlo —se volvió para mirarla mientras seguía abotonándose la camisa.

—Oh, sí. Qué buena idea. Puedo dejarlo y dedicar mi tiempo esperando que el dinero comience a crecer de los árboles —rió, pero él no la imitó—. Bromeas, ¿verdad? —sintió que los ojos le recorrían el cuerpo desnudo. Le gustaba mirarla cuando se vestía y había descubierto que también a ella le gustaba esa sensación licenciosa de que él estuviera totalmente vestido y ella no llevara puesto nada.

—Soy rico —se encogió de hombros, pero sus ojos se mantuvieron atentos y penetrantes—. Puedo permitirme el lujo de mantenerte.

Abby trató de no reflejar que se sentía como si acabaran de darle una bofetada.

—Quieres decir que puedes permitirte el lujo de comprarme.

—No necesito comprarte, Abby. Ya eres mía.

—Dios, Theo —se puso de costado y se cubrió con la colcha—. A veces me sorprendes —contuvo las lágrimas.

—Sólo expongo un hecho —rodeó la cama y se sentó junto a ella, inmovilizándole la cara cuando quiso girarla—. Al llegar el fin de semana, estás agotada. ¿Qué hay de malo en que un hombre quiera hacer algo para aliviar la extenuación de su amante? Para mí es perfectamente lógico.

—Lo que demuestra que vivimos en planetas diferentes, porque para mí carece de lógica. Me gusta mi independencia, me gusta ganar mi propio dinero y no tener que depender de nadie.

—Estabas dispuesta a depender de mi hermano —señaló. De inmediato se dio cuenta de que había sido una mala idea introducir a Michael en la conversación, cuando estaba a punto de irse. Sabía que a veces lo veía durante la semana, que a veces se la llevaba a ella y a Jamie a comer fuera, o los invitaba a uno de sus restaurantes para poder sentarse con ellos y charlar aunque fuera sólo unos minutos.

Abby lo miró y guardó un silencio tenaz. Michael y ella habían preservado su secreto, pero sabía que la relación que tenían crispaba a Theo.

—¿Y bien? —presionó él, sin hacerle caso a la voz que le decía que dejara el tema—. En todo caso, me encuentro en una posición financiera mucho más fuerte para cuidar de tus necesidades, por lo tanto, ¿dónde está el problema? —sintió que el fuego lento comenzaba a cobrar ímpetu—. También considero que Jamie debería ir a una escuela privada. Es demasiado brillante para una escuela antigua.

Se sintió momentáneamente distraída por la mención de su hijo. Los dos tenían una química especial y Jamie lo adoraba.

Otra complicación que iba a tener que encarar en algún momento, y pronto.

En un principio, había empezado con todas sus buenas intenciones. Había cedido a la abrumadora atracción que sentían el uno por el otro. Pero en algún punto del camino, las cosas habían empezado a torcerse y ella no había hecho nada para detenerlo.

—La educación de mi hijo no es asunto tuyo, Theo.

El sintió que se ponía tenso y de inmediato se dijo que ella tenía toda la razón, algo que debía agradecer.

—Sólo expongo un punto de vista.

—Gracias. Pero, de verdad, no puedo ni siquiera pensar en poder pagar un colegio privado.

—Tú no tienes que pagar nada —dijo con impaciencia—. Yo lo haría.

—¿Podemos hablar de esto en otra ocasión?

—¿Dentro de un par de meses, quieres decir? Ya hemos dispuesto de eso. ¿Esperamos otros dos?

Abby se sentó y lo miró, boquiabierta, a medida que en su cabeza cobraba vida un pensamiento súbito.

—¿Qué has dicho? —preguntó con la boca seca. Theo la miró con ojos entrecerrados.

—¿Qué sucede?

—¿Perdón? ¿Qué? —Abby parpadeó, desesperada por que se fuera y poder consultar la agenda que tenía en el bolso.

—Olvídalo. He de irme.

A veces, las despedidas se demoraban porque un simple contacto

hacía que él volviera a meterse en la cama. En ese instante, apenas fue consciente de que le alzaba el mentón para poder mirarla y darle un beso.

—Es sorprendente. Sigo sin tener suficiente de ti —murmuró. Pasó los dedos por su cabello.

—Sí, es asombroso, ¿verdad, Theo? —replicó con más sequedad que la pretendida.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con voz súbitamente fría.

—Que la mayoría de los seres humanos no vería un par de meses como una asombrosa proeza de resistencia —sonrió con la intención de desterrar el tono de sarcasmo empleado—. Aunque —bromeó— los dos sabemos que tú no eres un ser humano normal.

—Con suerte, eso no representará una disfunción en todos los sitios adecuados —murmuró con voz ronca y sexy que sabía que podía volverla gelatina.

—Deberías irte. Son más de las siete. Dios sabe cómo logras funcionar con lo poco que duermes —le acarició la mejilla.

—Es bonito ver que te preocupa, cariño —rió y la sometió a un beso prolongado, seguido de una lenta exploración de sus pechos. «Algo dulce para llevarme en el viaje de vuelta», se dijo, alzando la vista del pezón que había estado succionando.

La agenda que aguardaba en su bolso cayó en un olvido momentáneo al echarse con un suspiro para disfrutar de la sensación de la boca alrededor de su pezón, de cómo disfrutaba de él. Cerró los dedos en el pelo de Theo.

—Parece que tengo más hambre de lo que pensaba... —murmuró él con sonrisa traviesa.

—Theo, deberías irte, en serio... —¿ésa era su voz?

¿Débil por el deseo?— Además, mañana he de levantarme temprano...

—No tardaré mucho...

Apartó la cocha con la que se había cubierto antes, cuando aún tenía algo de sentido común, y le separó las piernas para poder enterrar la boca en la suave y húmeda feminidad, extrayéndole un jadeo apagado de placer mientras probaba la dulce feminidad de ella.

Satisfacerse a sí mismo quedaba en segundo lugar ante la satisfacción que podía brindarle a Abby, y eso hizo con una

minuciosidad que la derritió debajo de él, mientras se arqueaba al encuentro de su lengua. Pudo sentir ese pequeño capullo contrayéndose y floreciendo bajo las caricias húmedas y sintió el estallido de placer incontrolable al alcanzar la cumbre de excitación, para quedar anegaba bajo una oleada tras otra de satisfacción sexual.

Abby lo miró con expresión somnolienta cuando subió para darle un beso leve en la comisura de la boca.

—Dulces sueños —dijo—. Siempre y cuando sean de nosotros dos.

—Como si pudiera soñar con otro —susurró con sinceridad. «Como si pudiera».

Al oír el clic de la puerta de entrada al cerrarse, tuvo la tentación de quedarse dormida, pero sólo duró el tiempo suficiente de darse cuenta de que así únicamente postergaría un problema en potencia. ' Se dijo que no iba a haber ningún problema mientras bajaba en puntillas con la bata. «No», recalcó, recordando que se le retrasaba el periodo. Aunque eso podía significar cualquier cosa. Su reloj corporal jamás se había comportado de forma predecible y, además, tomaba la píldora, de modo que no podía estar embarazada.

Prácticamente no hacía falta tomarse todas las molestias de comprar un test en la farmacia para demostrar lo que sabía que iba a probar, pero a la mañana siguiente apenas pudo concentrarse y a las doce y media se fue a la farmacia en lo que consideraba un trayecto inútil.

Tenía que serlo.

Le costó no ir a los servicios durante el transcurso de lo que fue una tarde muy ajetreada para calmar sus nervios.

Bastante más tarde, se preguntó si en el fondo no había sabido ya que recibiría la información que no quería, que no podría comportarse con normalidad en el trabajo si así resultaba ser. De ahí su decisión de esperar hasta que Jamie se hubiera ido a la cama poco después de las siete..

En la oscuridad del dormitorio, yacía en la cama y trataba de que su mente soslayara la pesadilla de que realmente estaba embarazada. No podía entender la causa, salvo que la píldora hubiera fallado en el peor momento posible.

Tenía cada músculo del cuerpo rígido por la tensión mientras intentaba dar con una salida a ese lío. No podía contárselo a Theo. Intentó imaginar la conversación y el modo de lanzar esa pequeña bomba mientras estuvieran hablando. ¿Cómo reaccionaría él?

Sólo pensar en ello le provocaba náuseas.

Ahí había un hombre que no quería una relación, y menos una con ella. Se mostraría frío, indeciblemente furioso. Hasta era posible que pensara que lo había hecho adrede para atraparlo en una situación que jamás le habría ofrecido por propia voluntad. Peor aún, sin duda insistiría en tomar el control financiero.

Las lágrimas se asomaron a los costado de sus ojos y no se molestó en secarlas.

Quería imaginar una conclusión cuerda a cualquier conversación que pudiera mantener con Theo sobre esa súbita paternidad a la que se enfrentaba, pero no fue capaz. Se hallaba más allá del reino de su imaginación.

Cuando su cerebro ya no pudo asimilar la enormidad de la pesadilla, se quedó dormida, y despertó con sólo unos felices momentos de paz antes de que la pesadilla recobrara su implacable ritmo.

Era mucho peor que cuando había descubierto que estaba embarazada de Jamie. Al menos entonces la había embargado el optimismo de que Oliver sería feliz, de que estarían juntos, una familia unida. Cuando sus esperanzas quedaron aplastadas, no hubo especulaciones acerca de lo siguiente que iba a pasar en ese escenario. Ella criaría sola a su bebé y Oliver desaparecería.

En esa ocasión, no había optimismo. Tampoco certeza hacia dónde conduciría el camino, y cuanto más analizaba las infelices opciones, más llegaba a la conclusión de que Theo no iba a marcharse y a desentenderse del niño. Le gustara reconocerlo o no, era un padre natural. Lo había visto en el modo en que se relacionaba con su hijo.

Con la proximidad del fin de semana, empezó a ver una luz tentativa al final del oscuro túnel.

Tuvo que reconocer que no era una luz moralmente muy edificante, pero sí una luz, al fin y al cabo.

Le había preguntado si aceptaría su ayuda financiera, si se convertiría en su amante mantenida, a todos los efectos. Volvería a

sacar el tema, se aseguraría de cruzar los límites que había estado evitando de forma escrupulosa durante semanas. Le preguntaría por la relación que tenían. Con un solo atisbo de esperanza, se lo contaría, confiaría en la esperanza ciega de que pudieran alcanzar una solución amistosa. Si existía algún afecto, ¿sería del todo imposible? Lo intentaría partiendo de amistad.

Si no había nada, entonces rompería la relación y desaparecería. Significaría dejar atrás al querido Michael, pero, ¿de qué otra manera podría hacerlo?

Sin embargo, al llegar el viernes, seguía siendo un manojo de nervios. La había llamado para decirle a qué hora debía esperarlo y, como de costumbre, le había dicho lo mucho que la había echado de menos, extrañado su cuerpo sexy, despertar junto a ella en la cama. Abby trató de sonar natural y se preguntó cuánto durarían esos sentimientos si descubriera* que a su cuerpo sexy le quedaba un tiempo limitado para adquirir un tamaño considerable.

Dijo que estaría con ella a las diez. Las reuniones le habían ocupado todo el día, de ahí la ridícula hora a la que iba a llegar.

Por primera vez desde que se había iniciado su frágil aventura, oyó el clic de la desconexión telefónica. Decidió que se trataba de una advertencia ominosa de lo que sucedería.

Y más ominoso aún fue que llegó tarde, aunque lleno de disculpas al cruzar la puerta poco después de las once.

—Disculpas y champán —dijo con una sonrisa, haciéndola girar para que lo mirara cuando iba a irse a la cocina—. ¿Qué sucede? —preguntó, introduciendo los dedos en su cabello para obligarla a permanecer donde estaba y enfrentarse a su penetrante mirada.

—Nada.

—¿Nada? ¿Es por eso que, por primera vez, te sientes súbitamente cansada?

—La gente se agota, Theo. No todos poseen tu resistencia —bajó la vista, con la esperanza de mantener una semblanza de control, aunque podía sentir el martilleo de su corazón—. Y gracias por el champán. De verdad. Pero creo que me quedaría dormida con la primera copa.

—Ya te he dicho cuál es mi solución para tu problema de agotamiento —dejó la botella en el aparador junto a la puerta, se quitó la chaqueta y antes de que ella pudiera protestar, la alzó en

brazos y se dirigió al salón—. Por lo general —murmuró—, no vendría en esta dirección, pero necesitamos hablar.

Ella asintió y dejó que la posara en el sofá, con los pies sobre su regazo para poder masajearlos.

—Tienes razón. Necesitamos hablar, Theo.

La mano de él se paralizó unos segundos antes de proseguir con la lánguida caricia de los pies.

—¿Has pensado en la oferta que te hice? —instó con voz satisfecha.

En ningún momento se le habría pasado por la cabeza que ella pudiera rechazarlo en serio. Retiró los pies y los acomodó debajo de sus piernas, fuera del alcance de esos dedos seductores.

—He pensado en ello y... —se preguntó cómo exponer lo que necesitaba decir—... no sé por qué querrías mantenerme. Creía que despreciabas la clase de mujer que busca a un hombre para que le pague todos los gastos.

—Jamás he dicho que despreciara a esa clase de mujer —corrigió con irritación—. Dije que despreciaba a las mujeres que se dedicaban a atrapar a los hombres para que las mantuvieran.

—¿Cómo puedes pensar en pagarme todo? ¿Cuánto duraría? Tú debes saber que... bueno...

—Continúa.

La voz no era amable y Abby tragó saliva.

—Llevamos viéndonos casi dos meses —comenzó con titubeos—. Me gustaría saber hacia dónde ves que se encamina esta relación. Quiero decir, a largo plazo, por exponerlo de una manera.

—¿A largo plazo? —la miró detenidamente—. ¿Por eso tu estado de ánimo? ¿Te preocupa que pueda estar a punto de dejarte?

—Eres propenso al aburrimiento cuando se trata de mujeres. Tú mismo me lo has dicho.

—Tú no me aburres.

—Aún no, en todo caso —se miraron. Si la situación no fuera tan seria, hasta podría ser cómica.

—¿Qué quieres que diga, Abby?

—Quiero que me digas adonde crees que vamos. No es la pregunta más difícil del mundo.

—¿Y cómo voy a saber adonde vamos? ¡No tengo una bola de cristal!

—Sé sincero, yo no soy la clase de mujer que alguna vez hayas tenido en mente para una relación a largo plazo, ¿verdad? —preguntó. Había pasado el momento de dar rodeos. Todas las preguntas que diplomáticamente había guardado, salían del escondite—. Soy una mujer que estuvo relacionada con tu hermano. Soy inglesa. Tengo un hijo de otra persona. Jamás podría representar una unión de dinastías, como aquella… aquella chica que te presentaron en la fiesta de tu abuelo en Santorini.

—No. Tienes razón. No eres la clase de mujer con la que haya contemplado casarme.

La contundencia de sus palabras cayó como veneno en el silencio entre los dos. Abby se preguntó qué había esperado. ¿Que le hablara cálidamente de compromiso? ¿Quizá que introdujera la palabra amor en la conversación?

Theo observó cómo la derrota se asentaba en las facciones de ella como una sombra tangible. No supo por qué no había previsto esa situación. Debería haber sabido que, tarde o temprano, ella querría algo más de una relación que el simple placer de disfrutar del cuerpo del otro. «Es mejor así», pensó. Desde que la había conocido, había dejado de centrarse en lo único que valía la pena en el mundo; a saber, su trabajo. La tenía constantemente en la cabeza y no le había mentido al decirle que no era la clase de mujer con la que hubiera pensado casarse alguna vez. Ya tenía planeado mentalmente su eventual matrimonio. Con una mujer griega, probablemente con los mismos contactos amplios que su familia. Sí, podía llamarse una unión de dinastías. Sonaba frío pero sería práctico, y las cosas prácticas duraban. Miró el rostro dulce, en ese momento inescrutable, y se enfadó consigo mismo por la confusión y pánico agudos que sintió ante el pensamiento de no volver a verla, tocarla, estar con ella.

—¿Cómo imaginas que puedo considerar una relación a largo plazo contigo, cuando en el fondo de mi mente soy consciente de que estabas preparada para ofrecerte a mi hermano por los motivos equivocados? No soy un monstruo, pero me gusta pensar que soy inteligente —expuso con voz distante y fría.

Abby no dijo nada. Apartó la vista con los ojos brillantes y se mordió una uña.

—¿Quién puede afirmar que no has cambiado de alianza

conmigo porque soy una mejor apuesta financiera que mi hermano?

—¡Eso es cruel e injusto!

—Es la implacabilidad de la lógica.

—Y en tu vida no hay espacio para nada que no tenga la implacabilidad de la lógica, ¿verdad, Theo? Una relación lógica y comprometida requiere a la chica adecuada con las credenciales adecuadas, y, bueno, en tu vida no hay espacio para lo ilógico, ¿verdad? ¡No, ése sería un delito en el mundo de Theo Toyas!

—Es una conversación ridícula.

—Es una conversación necesaria. Cualquier chica, incluso una con las credenciales inadecuadas, tarde o temprano quiere saber hacia dónde está yendo.

—¿Y dónde crees que terminaríamos, Abby? ¿En el pasillo de una iglesia? Creía que los dos disfrutábamos dónde estábamos —suspiró—. ¿Por qué estropear las cosas?

—Creo que es hora de que te marches.

—¡Esto es una locura! —se puso de pie y comenzó a recorrer la estancia. Dio un puñetazo en la pared, y lo satisfizo ver que ella giraba la cabeza para mirarlo. Sus manos anhelaban tocarle el cabello, tocarla a ella otra vez, y esa debilidad lo estaba volviendo loco. Se detuvo delante de ella y se inclinó con cara lúgubremente furiosa—. ¿Por qué formular preguntas sobre el futuro cuando puedes destruir el presente en el proceso?

Abby pensó en la vida que crecía en su interior.

—Ni siquiera suenas como si yo te gustara, Theo —comentó con voz vacía.

—¡Por el amor de Dios! ¡Claro que me gustas! —se apartó—. ¿Qué clase de comentario autocompasivo es ése?

No lo miró. Clavó la vista en la puerta del salón, casi cerrada. Necesitaba que se marchara. Ya. Tenerlo allí, compartiendo su espacio, la estaba destrozando.

—¿Y bien? —demandó él con aspereza—. ¿Crees que alguna vez podría acostarme con una mujer que no me gustara?

Abby se encogió de hombros.

—Dímelo tú, Theo. ¿Lo harías? No es mucho peor que acostarte con una mujer en la que no confías, ¿no?

—Estás decidida a empujar esto a una conclusión, ¿cierto? —interpretó el silencio que obtuvo como una confirmación—. ¿Cómo

puedes esperar que alguna vez confíe en ti?

—Porque…

—¿Porque formamos un buen equipo entre las sábanas?

Eso dolió. Empezaba a costarle controlarse.

¿Era lo único que veía? La risa, los momentos que habían compartido con Jamie, la conversación… ¿para él todo se reducía a una parte necesaria con el fin de llevarla entre las sábanas para poder pasarlo bien? No podía creerlo, pero era lo que estaba diciendo. Se serenó el tiempo suficiente para señalar la puerta del salón.

—Fuera.

—Cuando salga por esa puerta, no volveré —afirmó con voz sombría—. Jamás he suplicado por una mujer y bajo ningún concepto pretendo empezar ahora.

Abby, que no soportaba mirarlo, apretó los dientes. Prolongar la conversación era una pérdida de tiempo. Jamás podría convencerlo de que podía confiar en ella, y aunque pudiera, daría igual. No la amaba y nunca lo haría.

Fue consciente de que se movía.

—¿Qué le vas a contar a Jamie? —inquirió desde la puerta.

—¿Te importa? —vio que apretaba la mandíbula y que la expresión se le ensombrecía—. Le diré que… que tuviste que regresar a Grecia y que probablemente no volvamos a verte… Lo entenderá. Los niños se adaptan. En dos semanas se habrá olvidado de ti —ni notó la sombra que cruzó el rostro de Theo. Ya estaba saltando a una vida sin él.

—Sí —¡ni siquiera lo miraba! Había entrado por esa puerta con champán y disculpas, y se marchaba con un montón de recuerdos.

Se dijo que era lo mejor. Abby había sido una distracción placentera, pero nada más, y habría sido injusto para ella haber continuado durante más tiempo con lo que tenían.

Al final, se volvió, recogió la chaqueta y se marchó cerrando la puerta casi sin hacer ruido.

Liberada de la tensión, Abby sintió que se quedaba floja como una muñeca de trapo. Al rato, oyó el ruido del motor del coche al alejarse de ella y de su vida.

Entonces, y sólo entonces, aparecieron las lágrimas.

Luego, después de que se hubieran secado, y sin haberse movido

del sofá, contempló lo siguiente que debía hacer.

Marcharse de Brighton. En ese momento todavía no se le notaba el embarazo, pero no sería igual en un par de meses, y no podía correr el riesgo de que la viera accidentalmente en caso de que fuera a visitar a Michael. Debía marcharse de Brighton como una ladrona en la noche y enfrentarse sola al embarazo. Otra vez.

Apoyó la mano en el estómago y cerró los ojos. No tenía sentido sentir pena de sí misma. Debía continuar y lo haría como mejor pudiera.

Capítulo 10

VUELVES a estar melancólica, Abby. Sabes que no te lo puedes permitir. Jamie lo percibe y lo hace infeliz.

Abby miró a su madre y de alguna parte logró sacar una sonrisa. No sabía desde cuándo ésta llevaba el pelo bien peinado y cortado ni se vestía con un traje pantalón.

Las últimas cuatro semanas habían sido una serie de revelaciones y actividades frenéticas, y todo porque al día siguiente de que Theo se marchara de su vida para siempre, había alzado el teléfono y llamado a sus padres.

Había esperado recibir vagas muestras de simpatía y una invitación por compromiso para ir a Australia en cuanto lograran asentarse y empezaran a ahorrar algo de dinero. Ése había sido siempre su estribillo.

Pero había recibido un consejo claro y pragmático de su madre y la decisión inmediata de ir a Inglaterra para poder ayudar a su hija.

, Eso había sido hacía tres semanas y media, tiempo durante el cual había vendido su casa de Brighton, acompañado a su madre a una búsqueda vigorosa de propiedad en Cornualles y recibido las palabras directas y sensatas de consuelo que ni en un millón de años habría esperado.

En ese momento miraban una cabaña, la quinta propiedad que habían visto en igual cantidad de días.

—¿Qué te parece? —Mary Clinton sacó su bloc de notas, en el que había estado tomando apuntes sobre cada casa que habían visitado, y comenzó a escribir.

—Mamá... no sé... ¿y si no funciona? ¿Y si odias estar aquí? Quiero decir, has vivido con papá en Melbourne durante tanto tiempo y Cornualles... bueno, no es Melbourne...

—De eso ya me he dado cuenta —cerró el bloc y miró el rostro bonito y agotado de su hija—. Pero es el momento propicio de trasladarnos. Íbamos a hacerlo a principios de año, a sorprenderte con una visita en Navidad para darte la noticia, pero éste es tan buen momento como cualquier otro. De hecho, mejor. Mudarnos en pleno invierno no habría sido tan divertido, ¿verdad? Así, podremos

celebrar la Navidad juntos en una casa nueva, en un lugar nuevo... —pensativa, se palmeó el pelo corto.

Abby pensó que su madre estaba espléndida. El rostro le brillaba con buena salud y no había perdido nada de la elasticidad y esbeltez que había tenido de joven. Sólo estaba enfundada en una ropa diferente. Se habían acabado las faldas largas y amplias y las camisetas multicolor.

Pero, tal como había descubierto durante las muchas conversaciones que habían compartido en esas semanas, los tiempos habían cambiado para sus padres. La tienda de alimentos naturales se había convertido, poco a poco, en un restaurante de primera clase y los adornos étnicos habían tenido tanto éxito en la venta, que habían abierto una tienda. De hecho, se habían convertido en empresarios en la mediana edad. Su padre había sacado a relucir sus habilidades empresariales y se había dedicado a llevar la contabilidad. Su madre se había convertido en una compradora astuta. La aventura vaga que habían emprendido se había convertido con paso lento pero seguro, en una empresa muy rentable, y el traslado a Cornualles en realidad era una expansión empresarial. Un amigo y director continuaría llevando los locales de Melbourne.

Según su madre, el mercado en Cornualles estaba maduro para una empresa similar. Había mucho dinero en circulación, turistas y un importante número de gente dispuesta a pagar por algo un poco diferente en lo referente a alojamiento y cocina.

Habían hablado del negocio mientras tomaban el té, habían hablado de que se fuera con ellos y los ayudara a llevar el negocio el tiempo que quisiera dedicarle. De lo único de lo que nunca parecían hablar era de Theo, y Abby sabía que era culpa suya. A su madre le habría encantado poder charlar sobre lo sucedido, pero, de algún modo, ella no conseguía tocar el tema. Quizá con el tiempo. Todavía le dolía demasiado pensar en él.

Lo único que le impedía caer en la desesperación era Jamie. Se había entregado a la abuela que acababa de descubrir con entusiasmo infantil e incondicional y había recibido la noticia del traslado a Cornualles sin vacilación. Era un rayo de luz en su mundo crepuscular.

Tampoco había desaparecido por completo de la vida de

Michael. Seguirían comunicándose, aunque era poco probable que lo viera, pero siempre sería un vínculo, y en ese momento era algo que resultaba de ayuda. La consolaba saber que estaba al corriente de lo que sentía por su hermano, de que le transmitiría información si alguna vez se la pedía, aunque le había advertido de que jamás mencionara a Theo a menos que ella sacara el tema. Con el tiempo, tal vez le hablara del embarazo, aunque no sabía si sería justo colocarlo en una posición tan insostenible.

Emergió de sus pensamientos y se dio cuenta de que su madre especulaba con hacer una oferta por la cabaña, de cuyos dormitorios Jamie y Abby podrían disponer de los de la parte de atrás, con la distante vista del mar.

Eso pareció recordarle a Jamie que le habían prometido un paseo por la playa.

—No hace falta que vengas, cariño —dijo Mary, captando el estado de ánimo de su hija.

Odiaba verla tan encerrada en pensamientos desdichados, pero debía soportar el proceso de dolor para poder superarlo. Con el tiempo, ese hombre que la había herido se convertiría en una parte de su pasado y ella continuaría con su vida. Mientras tanto, sencillamente tendría que enfrentarse a la tristeza y aprender a encajarla en su vida.

Abby sonrió agradecida y permaneció sentada a la mesa de la cocina, viendo a Jamie agarrar la mano de su madre. Desaparecieron de vista y ella continuó sentada, mirando por la ventana, sin concentrarse en nada específico. Pasados diez minutos, con indiferencia realizó un recorrido de la cabaña para ver si lograba acopiar cierto entusiasmo. Se sentía apática y cansada. El hecho de estar embarazada de dos meses no ayudaba a incrementar sus niveles de energía, aunque el hecho de saber que siempre tendría una parte de Theo en cuanto naciera el bebé, le proporcionaba una sensación cada vez mayor de satisfacción serena.

Al bajar—la escalera oyó el sonido de ruedas sobre la grava y supuso que sería el agente inmobiliario.

Era una pena que por un cuarto de hora no pudiera ver a su madre.

La llamada educada a la puerta se había tornado más insistente y, fugazmente, se preguntó si tenía alguna esperanza de esconderse.

Teniendo en cuenta que el hombre dispondría de una llave, abandonó la idea, ya que no le parecía muy digno que la sorprendieran debajo de la mesa de la cocina.

Abrió la puerta y parpadeó. El sol era brillante e intenso y envolvió la silueta del hombre en una perspectiva oscura. Se protegió los ojos con una mano y entonces un mareo intenso comenzó a extenderse por ella, emanando desde lo más hondo de su ser hasta que le llenó cada centímetro del cuerpo. Apenas era consciente de respirar y sólo dispuso de una advertencia de un segundo de que iba a desmayarse.

Recuperó la conciencia y se encontró tendida en el sofá del salón. Durante unos momentos de desorientación, se preguntó si se había quedado dormida y sufrido una pesadilla altamente improbable, pero parpadeó y ahí estaba, arrodillado en el suelo junto a ella. Cerró los ojos con rapidez y volvió a abrirlos, convencida de que el espectro que había a su lado se desvanecería. No fue así. Habló.

—Te desmayaste. Si aguardas unos segundos, te traeré agua.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz débil. Se sentó y miró boquiabierta al hombre que con calma le devolvía la mirada.

Las semanas transcurridas desde la última vez que lo había visto le habían provocado líneas de tensión en la cara. Los ojos oscuros estaban velados.

—Fui a tu casa. Imagina mi sorpresa al descubrir que la habías vendido. ¡Todo en el espacio de dos semanas!

—¿Por qué? —siguió mirándolo como si hubiera visto un fantasma—. ¿Por qué has venido aquí? ¿Cómo me encontraste? —con cada sílaba, la voz dominada por el pánico se elevaba un poco más.

—¿Qué pregunta quieres que conteste primero? Empezaré por la más fácil, ¿te parece? —se apartó para acercar una silla al sofá y ponerse más cómodo—. Fui a ver a mi hermano. Había intentado contactar conmigo con urgencia, pero yo no aceptaba llamadas. Al final, decidí ir a Brighton y hablar con él en persona. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué?

—¿Por qué me dejaste pensar...? —desvió la vista y se reclinó, cruzando los brazos. Su expresión era de una vulnerabilidad

intensa. Cuando volvió a hablar, su voz estaba controlada, pero gracias a un esfuerzo supremo—. He pasado por un infierno estas últimas cuatro semanas...

—¿Perdona? —murmuró Abby.

—No esperaba encontrarte aquí sola. Creía que tu madre y Jamie podrían estar contigo. Esperaba... —unos ojos demacrados estudiaron su rostro—... un poco de tiempo antes de lanzarme a este discurso...

—¿Has preparado un discurso?

—Michael me contó que había venido tu madre, que pensabas en trasladarte a Cornualles. No sé si no hubiera tardado mucho más en localizarte de no haber encontrado en la repisa de su chimenea la postal que le mandaste. «Echo de menos Brighton pero me alegro de haberme ido. Te llamaré pronto». Me puse en contacto con todas las inmobiliarias de la guía, hasta que di con la que habíais empleado para ver este lugar —rió con pesar—. Jamás pensé que tenía pasta de detective, pero al parecer las situaciones extrañas revelan talentos ocultos.

—Sigo sin entender...

—Ni yo tampoco —por primera vez, la miró directamente a los ojos y sonrió con leve humor—. He pasado las últimas cuatro semanas a la espera de que mi vida recuperara la normalidad, de interesarme y centrarme en mi trabajo, de que me volviera a gustar la comida y mis amigos me divirtieran. No sucedió. La única persona en la que podía pensar eras... tú.

Abby se quedó boquiabierta y descubrió que apenas podía respirar. Un zumbido dulce le llenó los oídos. «Si es un sueño», pensó, «ojalá duerma para siempre».

—Michael llamó repetidamente y me negué a aceptar sus llamadas. Pensar en él, en que podría no volver a verte jamás pero él sí, me llenaba de furia. Y también de celos.

El corazón de Abby surcó las alturas. Hacía falta mucha honestidad para haber admitido eso y lo amó por el gesto.

—Pero al final tuve que verlo. Y me contó todo y sólo quiero saber...

—¿Qué te contó? —susurró Abby.

—Me habló de su sexualidad, de que es gay, de que vuestro compromiso fue algo que os inventasteis los dos. Dijo que le daba

respetabilidad con la familia y a ti seguridad de hombres indeseables.

—Pobre Michael —los ojos se le humedecieron—. "Tiene que haber sido lo más duro que jamás haya hecho. Tenía tanto miedo de decepcionaros a ti y a tu madre —se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Yo no podía decir una palabra, Theo.

—Y a cambio dejaste que creyera...

—No tenía elección.

—Y te amo por ello.

Durante unos momentos preciosos el tiempo se detuvo mientras ella saboreaba las palabras que había anhelado oír. ¡La amaba! ¡Ese hombre grande, poderoso, controlado e invencible, la amaba! El pensamiento del bebé que llevaba en el interior, el secreto que le había guardado, la devolvió a la tierra con un aterrizaje doloroso. Tragó saliva y se levantó, dándole la espalda mientras iba a la ventana con los brazos cruzados. El lenguaje corporal era expresivo.

Theo la miró y experimentó un frío de miedo puro serpentear por su cuerpo. No había trazado plan alguno al conducir como loco a Cornualles, recorriendo la distancia en tiempo récord. Sólo había sabido que tenía que verla, que tenía que expresarle lo que había mantenido oculto de ,sí mismo hasta que no pudiera ocultarlo más. Su amor había sido una fuerza incontenible.

¿Qué había creído? El modo en que se hallaba erguida, la distancia que había puesto entre ellos, la expresión velada e insegura en la cara... Nada de eso había figurado en sus planes.

—Theo...

—No lo digas —cortó él con aspereza—. He dicho demasiado —se levantó y metió las manos en los bolsillos.

—Theo, te amo. Te he amado... Siento que te he amado desde siempre, pero hay algo que debo contarte y no sé qué vas a decir tú. Bueno, puedo adivinarlo... te vas a enfadar, pero no sentí que me quedara otra elección, igual que no la tenía en el asunto de contarte lo de Michael...

—Me amas. Eso es todo lo que cuenta —fue hacia ella, preparado a luchar por esa mujer asombrosa y vulnerable que se había apoderado de su corazón.

—¿Recuerdas cuando hablamos por última vez? Me dijiste que no había futuro para nosotros, que jamás podrías confiar en mí, que

nunca podría ser la clase de mujer con la que podrías tener una relación...

—Debes perdonarme por eso —musitó con voz ronca. Pudo captar la desesperación en su voz y no le importó—. Nunca antes había sentido algo así por alguien. Ni siquiera lo reconocí por lo que era. Dios, aún me aferraba a la creencia de que podía sobrevivir sin ti y no puedo.

Abby se humedeció lo labios con gesto nervioso.

—Tenía tanto miedo —murmuró—. Sabía que sin amor y confianza, sólo habría odio entre nosotros si te contaba...

—¿Contarme qué?

Cerró los ojos.

—Si te contaba que estoy esperando tu bebé... —aguardó la reacción conmocionada, que le dijera que lo había engañado, que había permitido que se alejara de su propio hijo. No llegó. Terminó por abrir los ojos y lo miró a la cara.

—¿Estás... embarazada?

—Pensé que me odiarías, que creerías que lo había hecho a propósito para tratar de obligarte a mantener una relación que no querías. Pensé que podrías tratar de quitarme al bebé... porque yo no te importaba, porque pudieras considerarme una madre inapropiada... 'tuve miedo...

—Vas a tener a nuestro bebé —había maravilla en su voz; entonces sonrió.

—¿No estás furioso?

—Estoy furioso por haber desperdiciado semanas, por haberte dejado vivir esta incertidumbre tú sola. Estoy furioso conmigo mismo porque... Puedo entender que tuvieras miedo de contármelo después de haberte aislado... Dios... —se le quebró la voz y en esa ocasión ella fue a sus brazos y se perdió en él, en su abrazo protector—. Sabes que vas a tener que casarte conmigo, ¿no?

—Theo... entiendo que tal vez quieras ir paso a paso.

—Nada demasiado grande, pero tengo mucha familia... —la miró—. No quiero volver a perderte de vista nunca más —añadió—. Quiero casarme contigo. De hecho, insisto —le dio un beso suave en la boca, probándola como un hombre que bebe néctar.

—En ese caso... sí. ¡Sí, sí, sí! —le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con intereses.

Cuando él apoyó la mano en su estómago, Abby experimentó un júbilo y un amor tan grandes, que creyó que se desmayaría.

Luego, mucho más tarde, después de que hubiera conocido y conquistado a su madre y de que Jamie estuviera en la cama en el apartamento que habían alquilado, los dos bajaron a dar un paseo por la playa.

Lo puso al corriente de la nueva situación de sus padres y del giro inesperado en su propia vida. Hablaron de Michael y acordaron que lo mejor sería que fuera sincero consigo mismo y con la gente que quería.

Abby creía estar en una nube. Cuando él preguntó con tono seductor si, al ser futuros padres, ya eran demasiado mayores para hacerlo en el coche, ella no pudo evitar reír.

Pero en esa ocasión, fue un acto de amor especial, exquisitamente gratificante.

El coche se hallaba a kilómetros de alguna parte.

—Me siento como un crío —gimió él, haciendo que se sentara encima—. Es demasiado pequeño, demasiado incómodo y las ventanas se están empañando. Pero, Dios, ¡cuánto te deseo!

—Bien —se abrió la blusa para que pudiera ver la plenitud de sus pechos y experimentó un poder embriagador y gozoso al oírlo gemir.

—Tus pezones ya están más grandes y oscuros —probó uno con la lengua—. Y tus pechos más pesados —como para demostrarlo, los sopesó con las manos, como si se tratara de fruta madura, antes de regresar a la tarea de probar lo que sostenía—. Estoy impaciente porque tu vientre crezca con nuestro hijo —murmuró mientras se lo acariciaba—. He echado de menos tocarte, hablar contigo, despertar a tu lado. Ahora eres mía y nunca voy a dejar que te vayas.

Abby suspiró cuando él se inclinó para succionarle los pechos. Suya para siempre. De ese hombre complejo, maravilloso y tierno. De su amante oscuro, exigente y entregado...